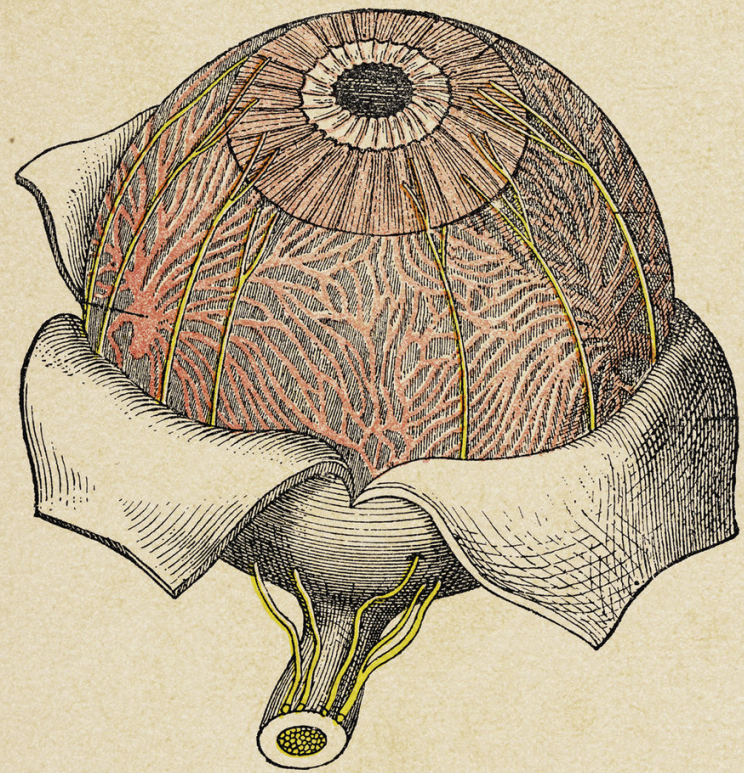
ALFAGUARA

Claudia Aboaf

El ojo y la flor



Narrativa Hispánica

Claudia Aboaf

El ojo y la flor

Alfagura

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Guille, Juan y Milo.
Y para mi hermano Martín.

El libro de Juana

Se abdica del idioma materno porque se abdica del llanto y se abdica del llanto porque solo dejando de llorar se puede escribir [...] una lengua sin lágrimas.

FABIO MORABITO

Vamos a contarles sin hundirte las astillas. Ni siquiera vas a enterarte de estas palabras. No van a dolerte, tampoco pueden traerte de vuelta.

¡Sacaste la cabeza de los planes torcidos, de la vejación reiterada! ¡Bravo, Juana!

Todo empezó cuando la mente de Juana aún comandaba su vida y padeció lo peor antes de crecerle las tetitas. El cuerpo chico de un hombre grande manejaba el suyo con cierta discreción, sin huellas. La arrastraba hasta la orilla del camarín de su madre en el teatro y la subía sobre la balsa improvisada con almohadones de pana. Partían juntos en una tempestad dislocada sin nadie que la rescatara. Todo se volvía cuerpo, y su mente quería huir del amasijo. Juana se veía sacudida entre truenos y olas que le estallaban encima. Entonces inventaba —quitada su pequeña vestimenta salvo las medias— cómo cortar los cables que la unían a su propio cuerpo; lo haría con el cuchillo que había sustraído del juego de cubiertos de plata. Y si la plata mata al vampiro, calculaba, podría detener ese corazón de buey que bramaba sobre el suyo ahogando su latido de trote liviano. Sería el metal justo para guillotinar el collar de ahorque con que el hombre la sujetaba y le sumaba una perla por noche mientras su madre actuaba. Pero cuando el hombre la molía y bombeaba su flujo de cascada, Juana creía que las olas altas espumosas la tragaban. Se ahogaba.

¡Juana, son los vestigios en los que el hombre te revuelca!

Se quedaba quieta en el camarín; así le había indicado su madre: quieta.

¡Quieta, Juana!

La madre la escondía en teatros oscuros o iluminados como un objeto valioso que ni ella tocaba. Entre olor a sudores y ropa usada; la

ocultaba en esa vida nocturna de culturas remotas y territorios nebulosos. Y nunca le permitió ver una obra. Tampoco la que durara cuatro temporadas. No la sacó de aquel camarín más que para llevarla de vuelta a la casa donde su padre y su hermana dormían con las persianas bajas. Así, ni el maquillaje que el hombre chico usaba en la cara —ni su estatura— eran signos que supiera comprender. Quedaba suspendida de las conversaciones con otros pero acompañada de sonidos que llegaban al camarín amortiguados: voces sobresaltadas, efectos de oleaje y viento, golpazos, alguna música festiva, gritos breves o muy largos, metales sonoros.

¿Y no sabías pedir auxilio bajo la carga pesada del tipo, Juana?

Allí, en el camarín, revuelta como estaba entre parlamentos y retumbos, se volvía una salvaje: desnudada y encendida por un fuego antiguo. Había alertas esclavas por la fuerza bruta que sufría.

¡Juana, tenías que haber nacido para desenvolver tu infancia!, ¿pero qué era lo que te sucedía?

Nadie señaló al hombre corpulento, casi de su misma altura, que llenaba la boca de una nena mientras gárgaras guturales le enrojecían la cara y obtenía su ración humana. Nadie la señaló a ella como se señala una flor y se la nombra, y se admira su belleza sujeta del tallo, y se huele y se dice: este es el uso de la flor.

¿Y cuál era tu uso, Juana? ¿Un dulce masticable que se pega en los dientes, o un animalito doméstico que rasca con las uñas pero nadie le abre la puerta?

No estaba aún apalabrada.

Juana lloraba copiosamente. No hay una cantidad última de lágrimas, pero no manchan. Se fusionaban con otras humedades que salían de poros y orificios. Pero llorar hacía ruido. “No queremos los ruidos de las lágrimas, ni ojos enrojecidos”, le señalaba el hombre corto con órganos grandes. Y ella las vertía sin jadeos, como agua silenciosa.

¡Represaste las lágrimas, Juana, buen intento para salir de tu propio cuerpo!

Pero a cambio se le derramó sin contención una surgente de baba espesa: mezcla de su saliva con la crema del maquillaje que el hombre

usaba.

A matarlo no se animaba, le faltaba fuerza para atravesar el cuero grueso que palpaba, casi abrazaba al sujetarse de la espalda corpulenta para no caerse. Más fácil atravesar con el cuchillo la piel de tela suave y elástica que la recubría, atravesar su cosa enteriza que ocupaba un pequeño espacio en el mundo. Pero lo que Juana realmente quería, mientras una mano grande la rascaba como si fuera a desenterrar risas y costillas, era sacar la cabeza de ahí, eliminar al conductor de su cuerpito que tanto obedecía.

Un día se arrojó de la balsa al mar revuelto y permaneció unos minutos en la frontera movida, como una suicida de agua: flotó se hundió flotó se hundió y Juana supuso el ingreso a una masa llena de vida (vio pececitos y plantas) y no solo la salida. Pero al instante entendió que no tenía que confundirse, no era el cuerpo lo que hundía, era la cabeza que ya no aguantaba.

¡Juana, guardás los dientes arrodillada mientras tu cráneo detona! ¡Fuera de allí, Juana! ¡Ese ombligo nuevo te delata!

Buscó entonces una imagen del cerebro coloreada, decidida a encontrar el resquicio justo donde calar el cuchillo, el que había dejado un espacio vacío en la felpa verde de los cubiertos antiguos. El cerebro le pareció un intestino apretado en dos redondeces protuberantes. Tal vez el truco era evacuar lo que su mente aprendía, impedir un rastro permanente. Evacuar su cerebro dos veces al día.

Intentó expulsar los recuerdos sentada en el inodoro con la panza vacía, hizo fuerza apretando los ojos, tensando la garganta, la lengua contraída. Estaba dispuesta a soportar cordones ardientes saliendo de las orejas o hacer caca blanda.

¡No tenías que apilar recuerdos, Juana, coleccionaste los restos en cajones sucios! ¡El hombre vigila escondido en la espesura de tu cerebro!

Pero el gran descubrimiento de Juana fue el hipocampo, “el corazón del cerebro”, como decían en la imagen. Era como un caballito de mar: “Un pequeño órgano para la memoria, el GPS del cuerpo”. Le brindaba

la autolocalización. Si lograba matarlo, creyó, sus pensamientos ya no sabrían que ese era su cuerpo.

¡Juana, ese caballito azul no descansa y vive dentro de tu calavera!

Más adelante, a las funciones en el teatro le siguieron las fiestas tardías. Veía a los adultos inmersos en sus juegos de palabras. Las suyas no parecían seguir las reglas.

Su vida fue una conversación a la que ella llegó demasiado tarde. En la variedad de temas hubo asuntos que no debió mencionar o fue que, en ese juego, de las cosas importantes no se podía hablar.

En una de esas fiestas sintió que los tonos excitados la convocaban: era su turno, podía expresarse. Actores, escenógrafos —compañeros de la madre— entraban y salían de la excitación encendida con los aplausos. Y hablaban como si las palabras de cada uno fueran a quedar escritas sobre un pergamino. Púrpura era el color del vino tinto que Juana veía agitarse en los vasos y entrar por la boca como la carga de combustible. Descubrió sus lenguas teñidas, y las manchas púrpuras sobre la ropa no eran raras. Mientras la conversación se agitaba, Juana mantuvo la lengua dentro de un vaso de vino olvidado. Comprobó frente a un espejo que ahora ella también llevaba la marca púrpura que elevaba su rango al de los adultos, con sus lenguas implicadas en esas conversaciones agitadas. Juana niña reconocía el acontecimiento, el dolor y la fuerza eran tan inmensos. Se paseó por la sala mostrando la lengua teñida, exhibiéndola bien afuera. Pero al parecer en su lengua anidaban palabras densas, de alguna aleación extraña, una forja capaz de derribar adultos. Confundió las reglas, nadie quiso escucharla y había que irse. La fiesta siguió sin ella.

¡Perdiste el turno, Juana, no aprendiste cómo sumarte al juego de las conversaciones!

¡Te dormiste borracha, enrollaste la lengua, casi te la tragás! ¡Hay que pasar la verdad por el peine fino; para encajar en las fiestas queda mejor el olvido!

Y el hombre en el teatro, con un solo dedo, cada noche, con el clic del interruptor en el camarín de su madre, prendía la luz y le apagaba el lenguaje. Se lo arrancó de raíz. Y ya no supo. No sabía el lenguaje,

nada sabía a nada.

¡Silencio, Juana! Shhhhh, silencio.

Llamaba *bolsa* al cielo cuando aún ponía nombres y conversaba. Por un tiempo corto Juana pensó que todos (gente, gatos, actores y porteros) respiraban en la misma bolsa negra nocturna y luego en la bolsa azul día. Pero cuando sonaban los golpes de nudillos y el canto áspero de la mano grande la despertaba de sus someras siestas en los almohadones de pana; en segundos, Juana quedaba fuera de la bolsa negra o dentro de una bolsa equivocada porque allí estaba sola, ni un alma durmiente la acompañaba. Nunca durmió un sueño largo en la bolsa negra de la noche, porque mientras su madre actuaba vestida de alguien más, el hombre la visitaba y comenzaba la friega que la fracturaba. Y en esas noches que se extendían más allá de la segunda función en el teatro, con la madre llevándola a alguna fiesta (las de las lenguas púrpuras), llegaban a la casa al amanecer y comían los restos fríos de la cena que su hermana y su padre dejaban. Entonces se cobijaba —cuando la bolsa negra se volvía azul— y allí dormía solitaria, junto a la cama fría de su hermana Andrea que ya había ido a la escuela.

¡Juana, cuando dormís te sobreviene una agudeza auditiva y una alerta animal encendida! ¡Entrás al bosque entreverado, y tu hipocampo se retuerce: alguien merodea en la selva con ramas que trepan y plantas que descienden! ¡Tu hombre acecha en el bosque y vos sos su muñequita!

Y aunque ahora estaba en su cuarto, Juana se sujetaba de la almohada para no extraviarse, y volvía a la cuadratura del camarín y a la repetición del clic de la luz al encenderse, y a los brazos del hombre que la molía.

¡Al menos eso conocés, Juana!

¡Sin dar testimonio perpetuás la fantasía, Juana, pero al contarlo la boca muerde lo real!

Muchos años después, en un fin de semana en la quinta de tu hermana Andrea en Maschwitz, te vimos adulta, Juana. Fue allí donde volviste a ver al hombre chico que ya no lo era tanto porque su enanismo rayaba ahora los centímetros de normalidad. Y el último miedo posible (habías creído que el terror anticipatorio a las visitas del hombre había marcado tu máximo registro) fue operante. Tu caballito de mar se retrajo espantado, y la baba volvió a rodarte por el mentón. Recordaste, sí. Aún recordabas la cara maquillada y la lengua encremada dentro de tu boca. Entonces, el miedo empujó y decir pareció importante. El terror se volvió palabras. Jugaste aquel juego de los grandes y le contaste a tu hermana. Fue un traspié, Juana, diste testimonio. Una confesión. La memoria declarativa rompió el dique y hablaste insolente. Te vimos arrepentirte enseguida, casi a la vez que los sonidos de las letras brotaban de tu boca y sedimentaban en imágenes francas.

El hombre chico —dijiste en resonancias del habla—, durante los años que duró la obra en cartel, donde actuaba la madre de las dos, te había hecho juguetear con su rabo, pero ese rabo apuntaba en la misma dirección de la cabeza que miraba —explicaste con gestos groseros a tu hermana—, y no como el de los animales en que cabeza y rabo apuntan para distinto lado. Te había sacado las medias blancas y encerrado en una botella como un pequeño barco al que mirar minuciosamente. El pellejo flexible hundido sin romperse hasta crear el orificio.

Y al ver a tu hombre ese fin de semana, en la quinta, te asaltó el

desconcierto: había crecido en altura, y eso desencajó tu recuerdo. Intentaste —como hacías de niña—, intentaste otra vez con la geometría: pusiste el perchero y los almohadones: la balsa que tu hombre armaba desde un sillón al suelo. Con dos bastaba para que te acostaras y que de allí no te movieras. Quieta, quieta. Figuraste para Andrea tu cuerpo liviano en el colchón sencillo, estiraste los brazos para dar con tu tamaño. Tus codos sobre la pana azul verdadera, el vestido blanco que rozaba el suelo. La madre de las dos, disfrazada —señalaste con tu índice ida y vuelta—, te besaba en el aire lista para salir al escenario. El sonido de la puerta al cerrarse y extraviar la luz sobre las cosas; a ciegas mapeabas el lugar por si te perdías, como lo hiciste ahora para Andrea: la falta de ventanas, de aire, dijiste agitando las manos para ventilarte. También marcaste las orillas del camarín dando cuatro pasos largos. Y los sonidos fantásticos amortiguados —te pegaste cachetadas sobre las orejas—, y cómo olvidarte del baño pequeño.

Andrea retrocedió para salir del cubículo que Juana construía. No quiso ser testigo cierto y perder la debilidad sostenida por tanto tiempo bueno. Pero tuvo que reconocer, ante el relato de Juana, que el hombre bajo, que era el casero de la quinta, estaba allí y que su procedencia siempre había sido un misterio. Dejaba en evidencia su falta de preguntas y la supremacía del marido sobre ella; también su costumbre de mirar las hojas amarillas agonizadas cubriendo el parque de otoño, y luego muertas cuando crujientes se desperdigaban en trozos hasta perderse de vista.

¡Bruto intento, Juana! ¡Disparaste un rayo de claridad sobre tu hermana y reconociste en ella las pupilas dilatadas de las presas!

Juana esperó la respuesta de su hermana. Quedarse un poco más en esa quinta se volvió imperioso. Pasó allí parte de la noche y surgieron más diferencias y muy pocas semejanzas. El “por qué a vos y a mí no” había girado de una a otra hermana. Sin darse cuenta de que decían exactamente las mismas palabras.

Informaciones cruzadas, parciales, inexactas. Qué clase de destino enredado, para que el hombre bajo que vivía al final del sendero por

donde se retiraba después de cada jornada, con su andar un poco patizambo y sus botas de goma negras, fuera el mismo que actuara en el teatro y ahora viviera allí, detrás de la arboleda. Y el marido, ante los avances de las hermanas, parecía saborear secretos con un gusto paladar, acostumbrado a ese dulce, callando fuerte, entornando los ojos, elevando el mentón. Al atardecer expuso para ellas su colección de armas y por la noche, cuando menos lo esperaban, los hombres encendieron reflectores entre los árboles y sonaron estruendos de todos los varones deportivos que sueltan su carga sobre las palomas doradas. Esa noche ellas fueron sus pichonas. Las dos hermanas volaron heridas, pero tomaron cielos distintos que se bifurcaron desde el bosque de pinos.

Juana había forcejeado con Andrea para que la escuchara, pero al contarlo con palabras a la manera adulta, su familiaridad con el camarín se había evaporado y de nuevo perdió las referencias. No supo entonces si estaba allí, en la quinta con su hermana, o en un bosque sin senderos de salida. De pronto, la frondosidad del bosque había engordado a su alrededor y vio a su hombre cómodo entre las plantas. Mientras tanto el hipocampo, lento pero con hueso, ya no podía andar recto. Su caballito de mar no había sobrevivido al estrés del cautiverio. Al relatarlo, Juana entendió que el miedo —aunque podría haber sido su cuchillo— había operado como un bisturí.

¡Ese decir te masticó, Juana! ¡Te devolvió al inodoro, chiquitita, apenas sujeta para no caerte en esa agua que parecía limpia pero que no debías tocar!

La jornada había fracasado desde el principio. Juana había tomado fotos falsas que Andrea destruyó exhibiendo las suyas, negativas, contrarias. Esos álbumes de fotos viejas no coincidían. Lo que Juana narró fue editado por la hermana. Y si la madre escuchara la historia que contó Juana, o el padre (que jamás la oiría), tomarían la historia troncal y también la corregirían, porque Juana, silente acostumbrada, no entretejió de manera correcta las piezas de la trama. Improvisó allí mismo, como en un jam de escritura. Una inflamación punzada que produjo cierto alivio pero le dejó la piel abierta.

No era posible ser coautoras de la misma historia. Habían

peregrinado a diferentes catedrales guiadas por las ideas de los padres: la isla de Tigre, inseparable de su mística, fue refugio para el padre y Andrea, y los teatros penumbrosos para Juana, que llevaba la vida nocturna de su madre. En fin, se gritaron historias distintas. Sin embargo, esa misma noche, en medio de un silencio de otro mundo y no de este en el que todos se remueven inquietos, Andrea dejó a su marido, se fue desde Maschwitz directo a la isla de Tigre llevando un bolso pequeño. Pero al llegar a la casa montada sobre palafito donde acompañaba a su padre cuando era chica, Andrea palpitó que se abrían tinieblas futuras para las dos hermanas.

Y Juana no supo que cada palabra caída o tronada desde su garganta había encarnado robusta como un cordón nervioso que las ligaría para siempre. Podía ocultarse de sus recuerdos pero nunca de Andrea.

Finalmente, Juana pegó los labios y bailaron sus pupilas. Atravesó la hilera de árboles al tacto pisando el sendero de tierra polvorienta para irse. En su línea de fuga, el silencio en el fondo boscoso le cayó a plomo, impermeable y macizo.

¡Fuera de las conversaciones! Cómo no aprendiste las reglas... ¿Mutis para siempre?

¡Aún no finaliza el juego!

Cuando Juana alcanzó su auto, apoyó las palmas en el frío metálico, inclinó la espalda, jadeando. Recaudó sus palabras para guardarlas bajo llave, replegó emociones y lágrimas con alta práctica. Pero mientras manejaba para alejarse de la quinta, reapareció la salvaje que sujetaba el cuchillo de plata. El silencio no era suficiente para abandonar la recámara: ese cuerpo que embolsaba una biografía de mierda. Era hora de rajar su cabeza que la extraviaba en informaciones traspuestas. Al llegar a la casa, tornó oscuras las cosas y reanudó su maratón del olvido.

¡Los recuerdos son corredores de largas distancias, siempre soplando en tu nuca a un pie de alcanzarte! ¡Juana, no abras la boca que mastica cabezas sin saciarse nunca! ¡Tu discurso rabia como un perro enfermo que nunca abandona a su dueño!

¡Pero hubo algo que no contaste a tu hermana durante ese fin de semana, ceñiste el relato, te sindicaste con las víctimas y repetiste conversaciones mecánicas! ¡Vamos a contarlo, Juana, no hay que avergonzarse de este descubrimiento!

Transcurría la última función de *La Novia de Arena*. El camarín había sido su lugar doméstico con todo y sus sonidos durante esas temporadas. La madre se lo había anunciado: última función, y festejarían su cumpleaños de nueve. Ya no volverían a los largos pasillos que recorrieron de la mano durante cuatro años saludando a bestias, gente con labios pintados; mirando las nubes que sostenían los operarios, las sogas gruesas y las puertas abiertas donde la gente agitaba las manos.

Al llegar esa noche al camarín, la madre encendió el espejo enmarcado con bombitas sobresalientes y Juana resplandeció: parecía su torta de cumpleaños. La cara de su madre se fue transformando en la actriz mientras se maquillaba meticulosa, y en la demora había una lentitud triste. La madre era una mujer especializada que tiraba de sí pero no de su familia. Esa noche, obligada a detenerse y abandonar el camarín, planeaba beberse hasta teñirse la lengua.

Era la última función, y el hombre chico lo sabía.

¡Ahora viene lo importante, Juana, hay un suceso detrás de la pesadilla! Sacamos la verdad oculta... y no será de tu lengua plegada.

¡A veces pasan cosas contrarias!

El hombre pegajoso se ensanchó por última vez delante de su vista, pero estaba también lo que se revelaba. Juana no habría podido describirlo (ya sabemos que no podía nombrar porque el lenguaje asustaba sobre todo a los que bien lo hablaban), pero él volvió a encender la luminiscencia que bordeaba el espejo, la que su madre

había apagado al irse. Qué distinto habría sido todo, pensó alguna vez Juana, si aquello no hubiese sucedido en la noche iluminada, irrumpido en la bolsa negra donde los sueños gravitaban. Era una ahogada nocturna a la que sacaban del agua solo para molestarla.

Su noche sexual iluminada destapó y palpó los cuerpos. Ante sus ojos, esas superficies informantes, se vio en el espejo resplandeciente sentada en la falda del hombre. La agitación aumentó. Las señales nerviosas volvieron sus ojos brillantes —no fue la humedad de las lágrimas—, y parpadeó rápido. Se unieron comisuras y lenguas, y desde el fondo de su cuerpo una electricidad puso en movimiento la agitación del pensamiento. Sus muñecas finas, huesitos que empalman con dedos carnosos de formas antiguas se agitaron por separado en una convulsión rítmica. Juana se preguntó por esa electricidad dentro de ella.

Ya era de madrugada. Juana flotaba en la bañadera de su casa. Escuchó el sonido de la ducha que se daba su madre en el otro baño al final del pasillo. Se cuidaba de no hacer olas que despertaran a su hermana. Nadie la bañaría ni secaría con la toalla. No tenía juguetes en el agua. En esa casa todo era tomado con seriedad, no había televisión, solo libros de su padre, que no permitía desordenar. Tampoco podía tocar las pinturas de colores brillantes de su madre; eran parte de su trabajo. Juana no hacía ningún trabajo aunque fuera forzada.

La bañadera la contuvo sumergida dentro de sus límites, caliente. Había que lavarse, pero un hilo de sangre y algunas pelusas de pana enturbiaron el agua. La inmersión en ese caldo consistente comenzó a sujetarla. Dirigió la vista al reflejo de la lámpara que alumbraba el lavatorio y que se espejó en el agua como un fuego agitado entre sus piernas. Latió su sexo estimulado con sus pequeños y divinos dedos. Estaba febril y desapareció el miedo constante. Por un momento se entregó a lo tibio, y ya sin dolor, al pulso involuntario del corazón de un conejo blanco que abandona el pavor de ser asesinado y se pausa con las caricias de las mismas manos, que ahora enrulan el vellón suave de su pecho. Vibraciones dulzonas le hicieron temblar las orejas. Ya no se retorcería entre los brazos del hombre. Pudo relajar las piernitas elásticas.

Dos toallas colgaban del mismo gancho, una celeste áspera y otra morada que había sido olvidada por alguien o comprada por la gente de la mañana: su padre y Andrea, a quienes no veía despiertos pero movían cosas, transportaban objetos y ensuciaban tazas. La toalla morada era afelpada, gruesa, lista para extraerle el frío solitario. Y el continuo de conejos, felpas abrigadas y sexo placentero por ese fuego que se agitó en su orilla formó un pensamiento flor, uno que encarnó fuerte.

¡El sexo fue un rayo que despertó tu cerebro! ¡Juana, sentís los pensamientos, y tu caballito, corazón del cerebro, baila!

Corrió Juana —una belleza desnuda— y visitó a los durmientes. Pasó su lengua por el pelo de la hermana sin que ella se despierte, dejó su saliva sobre un mechón corto y luego salió del cuarto como una ráfaga blanca, enlazada al sueño de Andrea. Una puerta entreabierta mostró a su padre entre sábanas arrugadas, lo olió y besó las sábanas. Apoyó las manos en el pecho peludo: su padre respiró fuerte abriendo la boca, acercó la suya para respirar en concierto. De vuelta en el pasillo, su madre le guiñó un ojo al salir de la ducha caliente y fue una visión de futuro. Anduvo libre en la casa, libre en su descubrimiento.

Esa madrugada su cabeza voló y a vista de pájaro vio un río, siguió el sonido del agua hasta encontrar un manantial de conversaciones. Comenzó a participar, junto a otras mujeres, algunas antiguas, otras contemporáneas, usando todas las palabras. Eran conversaciones sentidas que se multiplicaban. Imantada por las historias desvestidas que contaban, tanto daba si Juana conocía a Eros y Psique o si alguna podía dar cuenta del deseo que nació con ellos y a todos magnetizaba. Crearon juntas nuevos mitos sin condicionamientos. Escuchó una palabra difícil: electroestimulada.

Juana cerró los ojos. Estaba en una hamaca tejida con hilos de voces cálidas, una cuna para una diosa pequeña recién desflorada.

¡Conversás en un juego diferente! ¡Este es tu juego! ¡Dentro del juego, Juana! ¡Fue una noche fantástica! ¡Cuánto sexo tuviste en una noche y cuántas conversaciones! Muchos pensamientos como un campo de flores perfectamente abiertas.

¡Resultaste un diapasón que contiene todas las canciones! ¡Seguimos contando, Juana, porque en tu lengua, el sí y el no faltan! ¡Juaa-naa, Juaa-naa ♫ ♫ vas con tu cosita en la mano, ofreciéndola! ¿O no sos vos, sino lo que te envuelve, tan tentador como un terciopelo violeta que todos quieren?

¡Vas a una fiesta soleada, Juana ♫!

Juana y la madre fueron invitadas al cumpleaños de una actriz donde asistirían otros chicos. Era en una casa con jardín. Recién habían cortado el pasto pero solo en una franja. Las hebras húmedas se adherían a las zapatillas de los cinco nenes y nenas invitados; era difícil despegarlas. Iban y venían por sobre la franja podada que desembocaba en una casita en el final del parque, un lugar de lavado que apestaba a ropa sucia, pero los hijos y las hijas gustaban de apartarse de los padres y ya sabían esconderse para hacer lo que todos practican. Desde una ventana alta entraba una luz blanquecina de la misma tonalidad del jabón reseco, los trapos grises y un balde con un líquido lechoso; un blanco sucio dominaba la casita. Fueron varios los que pidieron a Juana que se sacara la ropa. Hicieron una ronda para tocarla con unas plumas que ella creyó de un pájaro que había visto en un hueco formado por su peso muerto entre los pastos altos. Cada uno la acarició con una pequeña pluma gris (y blanca). Juana giraba sobre sus pies en puntas. Le pasaron una por la cola y era suavidad pura. Todos rieron y se escaparon nerviosos. ¿Alguno recordará la luz blanquecina? ¿Alguno recordará a Juana, una belleza sexuada con aroma de flor nueva?

Se vistió como en un sueño, muy por detrás del mundo de afuera que la esperaba.

¡Sándwiches para todos en la casa salpicada de pastos!

También hubo Juana para un hombre sin cara que la siguió otra tarde hasta la cabina, cerró la puerta del ascensor y, alborotado, se acercó. Tuvo que inclinarse en el poco espacio, porque no alcanzaba a correrle la bombachita. La cabeza contra el espejo le devolvió a Juana una cara doble, con los ojos entrecerrados para habitar su fantasía, y entreabiertos para ver a su niña. El hombre tenía los pisos calculados, y en el edificio que visitaba había solo cinco. Fue la medida de su lance y también la de su contención, allí en el ascensor.

Juana, ¿hacés un trabajo invisible recordando la primavera, las flores odoríficas... o no podés escapar del tenebroso, rociada entre los muslos?

En la inmersión erótica se encendían las conversaciones. Hablaba con mujeres orientales, jóvenes y antiguas, otras aceitunadas, enruladas y bajitas; las había gordas y lampiñas, todas florecidas. Una le enseñó a atrapar palabras para que no quedaran mudas, las alcanzó transparentes hasta que se dibujaron sonoras. Las sílabas brotaron como lágrimas cortas. Las noticias corrieron entre sus mujeres: será libre del aguijoneo de los extraños, profetizaron, y también divulgaron su uso, el uso de Juana: era una flor intensa que estallaba en polen en todas direcciones; su fragancia, así le dijeron, a todas expresaba.

¡Juana, en algún momento naciste al sexo y ahora sin grilletes estás emocionada!

Pero esas conversaciones iluminadas sucedían engarzadas al *pst pst* del caballito marino cada vez más débil. El hipocampo, frágil por el peligro continuo, confundía los recuerdos rancios con los nuevos.

Por ese entonces su fundamento no era su padre, que rondaba la casa de sol con Andrea mientras Juana dormía. Los colegios a contraturno alejaban a las hermanas y aumentaban las fantasías acerca

de la vida que llevaban. Juana conoció el sexo antes que su hermana, algún día se lo diría durante una contienda adolescente. Tampoco su fundamento fue su madre, que cada noche se vestía de alguien más y ensayaba diálogos que hablaban de hígados, cirrosis, naves antiguas en palabras ajenas, pero ninguna específica para su hija. Su fundamento, aquel sobre el que edificaba su vida, era el relámpago que trepaba por su cuerpo y despertaba su pensamiento. Comenzaban así las conversaciones donde compartían una sola inteligencia, y fuera de los discursos ciegos, Juana se alumbraba. La Botánica con sus razones vegetales era uno de los diálogos preferidos: el mundo vegetal desinhibido con la oferta seductora de flores bulbosas, estalladas en colores húmedos, les recordaba que todas eran bellas y respiraban juntas.

En la escuela, el lenguaje común había derrapado en su cabeza: las leyendas que acompañaban los dibujitos de la casa-papá-mamá ascendieron por su oído pero no se ensamblaron con las imágenes y le quebraron el sistema de correspondencias. Además estaba lo que no se nombraba. ¿A cuántos otros nenes o nenas les pasaría lo mismo? Esas frases acuñadas con las imágenes eran un cálculo fallido: papá cuida-mamá ama-pero mira de lado-no de frente como en la lámina.

Necesitaba proposiciones específicas para unirlas con su vida, pero no las hubo y la operación resultó anulada. El sistema de signos era el mismo, pero no las correspondencias. En su propio juego restallaban informaciones que la liberaban; en el de ellos estaba acusada y devuelta a los grilletes. Una boca embanderada pronunció “ro-jo” separando las sílabas mientras señalaba una manzana, pero nadie señaló a una nena temblorosa, enrojecida y fresca como la fruta, ni mencionó una sola palabra que la liberara. Por eso Juana ya no escogerá palabras ni levantará piedras de la playa: no colecciona cosas muertas.

¡Te quieren encerrada en tu calavera educada, atada a los recuerdos viejos que son una pira incendiaria!

“Gritamos pero nadie quiere palabras auténticas”, dijeron sus mujeres. Fue cuando descubrió la trampa que se liberó de ella y una confianza impetuosa nació en su vida.

¡Y ya nadie se atreve a corregirte, Juana, si decís que el aire es verde! ¡Que no te adiestren!

¡Juana se pasea y todos quieren su mielada! ¡Es una flor fragante de tarde y media!

Cuando era joven solían decirle que tenía una electricidad especial, que era eléctrica y luminosa; luminosa y chispeante. Juana relucía aunque no fuese una joya pulida. Despuntó su deseo temprano y salió a dar la cara junto con una luz bonita. Estaba despierta desde aquella última noche en el teatro, cuando entró electricidad a su cuerpo y despertó su inteligencia; atenta como si la piel se le hubiese dado vuelta. Y la parva de mujeres antiguas, diosas o jóvenes de acá a la vuelta, conversaba con ella. Nada más necesitaba. Le contaron una película donde una mujer llegaba a una familia y hacía el amor con todos sus integrantes: la madre, el padre, el hijo. Nadie era para ella tan definido y en todos detonaba algo escondido...

¡No soy yo —le dijiste a uno—, es un aire que me ronda! ¿Si no quieren tu cosita, que otra cosa buscan?

Mientras mordía un sándwich de carne que le tapaba la mitad de la cara, subió las piernas sobre un banco. El hambre se había abierto por sobre todas las demás sensaciones. La parrilla ya había bajado las persianas pero desde la puerta aún podían verse las brasas olientes y una porción de carne contraída que había sido tierna al iniciarse la jornada. Desistió de pedirla cuando vio que ahogaban las brasas con un balde de agua y olió a cosa muerta. Bajó del banco las piernas descubiertas y se paró en la vereda como si fuera un asunto nuevo. Las sandalias y el cemento la separaban de la tierra que la había hecho crecer como una flor bien regada. Se estiró la remera al notar, en el bar de enfrente, a un hombre con la mirada fija en ella. Se alejó de la puerta de la parrilla que cerró con estruendo metálico.

Ese hombre la miró absorbió respiró. Juana bailó. Bailaron sus pechos y su pollera, el pelo largo ondeó como suele hacerlo. El sol le

dio cierto brillo. No, en realidad, no bailó, solo cruzó la calle, pero para ese hombre fue como si bailara. Hasta esos dedos que una vez se agitaron convulsionados tejieron aire fino con el balanceo de los brazos.

Entró al bar de enfrente, precioso, tan distinto de la parrilla, y pasó cerca del hombre que bajó la vista.

A pesar de que estaba esperando a su familia y dejaba pasar el tiempo mientras el hijo se adaptaba, acompañado por la madre, a la rutina del jardín de infantes religioso de la esquina, el hombre no pudo o no quiso alejarse de esa vista (que no era ella misma, sino su trabajo, el de ofrecer armonía que algunos confundían con la pinta).

El tiempo de contemplar terminó cuando llegó la esposa con pollera larga. El hijo alborotaba y nadie le dijo que no lastimara el árbol con la punta de un lápiz. Le pidieron al camarero que sirviera una gaseosa en el vaso que ella misma sacó de su cartera. Sin embargo, poco después se verían de nuevo porque Juana vivía a una cuadra del bar precioso y de la parrilla de enfrente, en un departamento donde desarrollaba su trabajo (el otro, el que le permitía pagar las cuentas) en una network de traductores.

Como una inmigrante que escucha sedienta una lengua extraña de la que depende su supervivencia, había absorbido otro idioma. Cuando era una nena, la madre practicaba a diario con ella los diálogos de los personajes que luego interpretaría en el teatro (en las palabras de otro no había amenazas). Como Juana lograba memorizarlos y repetir sus líneas una y otra vez, la madre comenzó a leerle en voz alta parlamentos en inglés. Ensayaba para una audición y un posible viaje de temporada. Repitieron juntas, durante un mes, los diálogos en esa lengua extranjera. Tal vez el idioma se deslizó por alguno de los circuitos abiertos por sus conversaciones iluminadas, y las voces leídas con su madre la volvieron bilingüe. Así, mientras Juana se ahogó en la corriente del lenguaje en la escuela, otra corriente se había abierto a habilidades lingüísticas desconocidas en donde era una gran nadadora. Y aunque en su trabajo en la network se la conocía como alguien silencioso, también como alguien que era capaz de hacer

malabarismos asombrosos conjugando idiomas y que traducía con un vocabulario tan amplio como el de los dramaturgos clásicos.

¡Juana, cuántas veces suceden cosas contrarias!

En el fondo de la taza de café alguno lee el futuro, pero Juana, ese día, no quiso ver el suyo. No tenía el ojo avisado para notar el borde cachado de la taza ni la mosca que se frotaba las manos. Ella andaba en sus conversaciones cuando el hombre que la observaba desde hacía cuatro días se sentó en su mesa. Tenía los dientes muy blancos, hablaba un español mestizado con hebreo e inglés y le contó, exhibiendo su sonrisa, que había emigrado desde la Argentina a Israel; allí se casó y luego regresó; por unos años estará de nuevo en el país hasta que la empresa "lo abduzca, lo busque, ¿lo lleve?" a otra tierra. Juana lo saludó en inglés y el cambio de idioma relajó al hombre que agregó, en esa lengua, lo del jardín de su hijo, la adaptación, la espera durante la cual la contempló todos esos días.

Juana advirtió una lágrima contenida que pendía del borde del ojo del hombre, redonda como una gota sobre un vidrio. Pero nada delató el sentimiento que le había dado forma. El hombre, brusco, absorbió su lágrima con una servilleta. Esa mancha de agua y sal contenía algo desconocido para ella, entonces Juana humedeció la yema de su dedo en el papel, pero él enseguida arrugó fanático la servilleta y la comprimió dentro de su bolsillo.

Juana evocó un diálogo teatral para tranquilizarlo: "Puedo concebir mejor con mi mente de lo que puedo decir con mi lengua: siento deseos de saber".

Al día siguiente irían juntos al departamento de Juana.

Mejor sería que las nubes hubieran definido si el día era gris o soleado, porque así como se formaban, se deshacían y la luz sobre la pareja cambiaba. Ninguno concretaba si abrazarse o ir directo a los genitales. Es que el hombre religioso había encontrado en el bolsillo la servilleta con la lágrima seca. Y le abultaba el bolsillo como si llevara una piedra, y no lograba dar el paso hacia la mujer desnuda, aunque también parecía querer derribarla con ella.

Por un momento el dormitorio de Juana pareció la sala de un

manicomio donde cada uno imaginaba un mito (los bíblicos, él; las diosas antiguas, ella) y eran tan numerosos que no había espacio para ninguno; tampoco para las cosas sencillas.

Al hombre le subió una náusea y le dijo que nunca antes había ofrecido lo suyo a otras mujeres, y Juana parecía contenerlas a todas juntas. Sin retirar la mano del bolsillo, agregó que ella era una canción pero también una suma de alaridos. Estaqueado por los mandatos, las piernas no le respondían.

Por fin el cielo se definió: nubes pesadas, de lluvia. Entonces Juana fue hacia él.

Pero el hombre de dientes radiantes la detuvo: ahora quería exhibirse, como si tuviese una espada el garrote un implemento legendario. La sacó de la bragueta y la apuntó sosteniéndola con la mano.

¡Juana, en tus mitos no hay verdugos! ¡Hablás poco, pero con la boca sos una delicia, conocés todas las habilidades, pero tampoco sos un desagüe para su glande en tu garganta! Lo guiaste suave hacia la cama. Él formó una pequeña carpa con las sábanas en donde ser el dueño, te abarcó una oreja con su boca mojada y masculló que no usaría protección, que expulsaría fuera su poción humana.

¡Juana, ese hombre con los brazos extendidos te sujeta para que no salgas fuera! Te mete la verga que dice dominar! ¡Fuera de la carpa!

Los besos fueron cuidados y prolongados, las lenguas distendidas. Juana se movía sedosa y cercana. Fue generosa, pero comenzó a sentirse acalorada y quiso respirar fuera de la carpa. Las nubes en retirada tornaron amarilla la tela de la sábana, que se volvió gruesa y venosa como el cuero cosido de un animal grande. El pelo hirsuto empezó a rasparla. Allí dentro los olores eran fuertes. El hombre le sujetó la muñeca como si fuera a roer un hueso y se la mordió.

Ella sujetó su brazo herido, bien marcado por la curva de los dientes. La sangre alcanzaba el borde de la piel sin derramarse.

El hombre la miró travieso: quería ver si era posible morderla. En cuatro, desnudo, inflamado pedía en silencio su permiso para la cruda oralidad, como una criatura narcotizada luego de chupar y mordisquear. Morder pezones y brazos era todo lo que pedía, ¡y con esos dientes magníficos! Interrogó a Juana con una mueca sonriente,

la expectativa lo calentaba. Listo para los empujes finales, completos.

¡Juana! ¡No tenías dispositivos encendidos, se te habían quebrado todas las alarmas! No encontraste palabra, notación para lo que sucedía. ¿Había alguna elegante o eran todas horribles? ¿Era un juego o algo muy serio? El brazo te duele pero el pensamiento demora...! ¡Juana no tiene juicio: no tiene lugar el oficio!

En el revuelo, Juana buscó a las mujeres: surgió algún condimento pero ningún consejo o veredicto.

El hombre comenzó a vestirse. Se acercó con los pantalones puestos y la camisa abierta, el pecho se abombaba húmedo al respirar cerca. Para él, su silencio era una buena noticia. No hubo gritos, solo una tensión templada que lo desconcertó.

Al otro día el hombre la esperó sentado en su lugar habitual, parecía no haber dormido. Los hombros bajos y los brazos caídos. Sus ojos de almendra estaban tristes, los dientes escondidos y, cuando Juana llegó, la miró como si él fuera una víctima. La sujetó del brazo y le imploró que lo acompañara a solo dos cuadras. No iban a estar solos, le dijo, alguien los esperaba.

Entraron por una galería que Juana solía usar como atajo entre dos esquinas. En medio de unos locales existía una puerta que nunca antes había advertido. Un hombre joven los miró desde cierta distancia y los autorizó a ingresar con una inclinación de la cabeza. Su amante la sobrepasó como para que lo siguiera, bajaron unas escaleras cortas. Estaban en el sótano de la galería, al final había una oficina.

Juana percibió que ahí los hombres tenían la soberanía. No supo qué hacer en ese templo masculino. Pero se le había despertado un interés rebelde. De desafío. Podía estar ahí con su vestido liviano, con su aire suave que parecía algo profano. Sin embargo, la habían invitado y la muñeca ya no le molestaba.

Dentro de la carpa, había sentido el desierto soplando y el aliento de animales domésticos vigorizando el encuentro, pero dudaba si eso les había dado libertad o si el viento cargaba sentencias. Le pareció estar muy cerca de la respuesta cuando un viejo rabino les abrió la puerta de su oficina.

Juana confiaba en la armonía de su sonrisa, pero se congeló cuando

el rabino se retrajo para evitar su mano extendida. ¡Qué poderosa sería ella para respingar los sentidos de ese hombre en un corto contacto de las palmas!

El ruido de la caída de una lapicera los distrajo, Juana la recogió rápido pero el rabino la hizo rodar nuevamente al suelo empujándola con otra. Una lapicera en el suelo que nadie levantaba. A Juana le pareció entender que lo que tocaba se volvía fémina, ¿y qué lo hizo morderla, había sido un mendrugo de mujer para su amante? También se preguntó a qué alfabeto pertenecían las palabras que ahora escuchaba, y cuáles eran esas frases procedentes de pensamientos que les desfiguraban las caras en muecas adustas. Sintió que una torre se le derrumbaba encima, y cada piedra era de un idioma diferente. Juana sabía que siempre podían aprenderse, pero eran los dogmas, los cimientos sobre los que se había construido. Ya no se dirigían a ella —como en las conversaciones de los adultos en las que no participaba—, entonces el rabino precisó en castellano al hombre: debía volver con su familia; no le daría el divorcio. Así, Juana se volvió el objeto acusado. El rabino continuó hablando en hebreo mientras la señalaba sin mirarla.

Al parecer, el hombre lo había consultado esa misma mañana. Y en el dedo ondulado de huesos viejos gravitó la condena: como toda fémina, ella es mercurio tóxico que, una vez liberado, era imposible atrapar para devolver al envase. La sentencia la dijo para que Juana la entendiera: “El hombre había sido intoxicado”.

¡Juana! ¿Y tu rayo floral, divino? ¿Fulminado por el dedo de un rabino?

Las observancias que acompañaron al dedo sinuoso empataron la friega del hombre chico, y solo con unos pocos sonidos extraños en esa entrevista sorpresiva con el amante aleccionado delante de ella. Juana no sabía que él había solicitado el divorcio, no le dijo que quería casarse, no lo había mencionado en ninguna lengua.

De pronto las mujeres con las que conversaba se opacaron detrás de unos velos: dos pasos atrás, y mudaron en sombras. Ese día la vitalidad de Juana se fundió con charcos de petróleo que podían encenderse en llamas continuas, aguantar eternas, pero era un fuego de vidas

extinguidas. Como la reina del shabat, que había visto en un cuadro en el sótano, que cuidaba los símbolos del hebreo y bailaba sin música; pero la habían sofocado: tenía rostro oculto. Lo mismo que la Virgen María, a la que recordaba con su manto cubriéndole el cuerpo.

Juana salió al sol llevando una carga que advirtió en su sombra amplificada. Recordó la lapicera fémina: era basura contaminada y nadie iba a levantarla del suelo. Todo había sucedido.

¡Juana, el caballito aún chasquea en tu cabeza, pero nada cada vez más inclinado!

Volvió a sus estudios del hipocampo donde los había interrumpido: “Brinda la experiencia de uno mismo en el espacio. La conciencia de estar en nuestro cuerpo es necesaria para crear huellas de nuestras experiencias”. Buscó el cuchillo. Era urgente la cirugía. Se acrecentó su deseo de atrofiarlo. ¿Cómo podía logralo?

Juana era la intérprete estrella de la network de salud bilingüe: entrelazaba lenguas que escuchaba desde el sillón anatómico delante de la pantalla. Era la intermediaria lingüística entre médico y paciente desde otro continente. Con el tiempo había sido trasladada desde Buenos Aires a Tigre continental, el ahora municipio enriquecido por la venta del agua dulce, el nuevo oro líquido, donde todos plantaban sus industrias y oficinas.

Y aunque no lo sabía, solo un río la separaba de su hermana, pero era un mundo de distancia entre la isla mítica —la casa-refugio de Andrea— y los continentales, trabajadores trasplantados, rotativos como Juana. Con el tiempo comenzó a atender desde una terminal remota en su departamento de la ciudad de Tigre, donde antes había resplandecido un casino. Lo hacía en horarios nocturnos que nadie quería. La nocturnidad, tan valiosa para la empresa cuyos clientes vivían en el hemisferio norte, era una de las posesiones de Juana.

Pero ella no estaba libre de las leyes de los cuerpos como pretendía, y su contrahorario precisaba protegerse. Como una noche en que abrió su escucha como médium entre distintos mundos culturales e interpretó a una mexicana describiendo violaciones y torturas para un profesional atento a quién sabe qué, quizás sus propias circunstancias. Vio los ojos extraviados de la mujer en una esquina de la pantalla. El médico bostezó y relució su lengua narcotizada y emitió unas pocas palabras pastosas para la chica a quien hacía solo un momento había tocado sus entrañas. La paciente se acercó y llenó la pantalla con su cara de frente amplia; con anglicismos forzados rogó por señales empáticas.

Entonces Juana levantó el cuchillo de plata, con el que siempre jugaba mientras atendía, y lo exhibió delante de la cámara. Increpó al médico para que volviera a la pantalla y le preguntó desesperada si

podía ser su propia cirujana.

El médico comenzó a agitar su lengua, ahora sí despierta de la siesta profesional en la que siempre trabajaba.

Al día siguiente, en un esfuerzo diurno, se presentó en la oficina central de la network para un nuevo test psicofísico a los traductores. Era un encuentro con los supervisores, en su mayoría psicólogos expertos en cibernética, como Dalezio, un hombre extremadamente flaco destinado a las terminales remotas.

Juana conocía a Dalezio porque visitaba a los traductores en su casa de manera programada. Como psicólogo especializado en conductas extrasomáticas, era quien debía contenerlos pero también vigilarlos para que no se descalzaran de la network de trabajo. En sus muchas horas delante de las computadoras, no eran infrecuentes los desvíos hacia rutas extrañas.

Dalezio miraba atento las cabezas, siempre parado detrás de esos sillones anatómicos que enviaba la network a sus domicilios, desde donde podía ver también lo que sucedía en las pantallas. Esa gente bilingüe hacía malabarismos con dos bolas de palabras que atrapaban y combinaban. A Juana, infatigable y valiosa, la cuidaba especialmente, aunque como supervisor no debía pensar en ella como una posesión ni bajo la forma atractiva de una diosa moderna.

Podía ser extraño que un supervisor usara camisolas algo transparentes de colores suaves y algún bordado, pero Dalezio ya no se intimidaba cuando alguien intercambiaba miradas entre sus ojos y sus tetillas, que se dejaban ver a través de la tela. Desde que lo llamaron para una investigación en el gobierno del Rey del Agua y entró por la vía regia al laboratorio oficial, ya no le importaba que descifraran sus emociones cuando sus tetillas se contraían o dilataban.

Últimamente, notaba que Juana parecía habitar un mundo propio en medio de su living: en el sillón frente a la pantalla, cercada por un sofá y varias valijas nunca abiertas desde su traslado, que no cambiaban de posición a pesar de las ruedas. La notaba distraída, su escucha iba y venía, y podía sentir su intranquilidad. Más lenta para elegir cada término y cambiar el idioma a fin de brindar al paciente su diagnóstico.

En lo que duró la reunión en la oficina central de la network, el cancherismo lingüístico aumentó en los comentarios, y Juana comenzó a reconocer en los tonos exaltados de sus compañeros aquellas conversaciones cárdenas de cuando la silenciaban de niña.

El encuentro de supervisión tenía por objetivo tranquilizar a los asistentes-traductores online de las ansiedades provocadas por los diagnósticos de los médicos que debían traducir del inglés, en ocasiones demoledores anuncios en castellano para los pacientes; pero lejos de tranquilizarse, en un breve descanso, en que el tumulto de empleados se apiñó en el salón mullido para obtener bocados y bebidas, Juana escuchó, cada vez más ansiosa, sus discursos y risotadas. Distinguía en los demás los gestos naturales de los participantes y el raboseo del contacto que al parecer todos disfrutaban, pero de pronto los sonidos comenzaron a llegarle amortiguados como si aún estuviera en el camarín en el teatro. Se alejó del grupo. Atravesó el salón, asustada por que la alfombra mullida pudiera tragarla. Se detuvo delante de uno de los grandes espejos que duplicaban el tamaño de la sala. Vio en la superficie a toda la gente a sus espaldas, pero no reconoció a la mujer parada a centímetros del vidrio pulido. Sopló su aliento en el espejo sin poder empañarlo.

Se había perdido de su propio cuerpo. Su caballito de mar, que necesitaba vivir en aguas quietas y hacer movimientos lentos, parecía muerto. No emitía señales de localización ni movía sus ojos grandes.

¡Juana, sos la nena chiquita que no alcanza la altura del espejo y por eso no está ahí tu reflejo!

La agitación del pensamiento, ese cordón eléctrico con un extremo en el sexo, conectado con ideas abiertas como pétalos de flores en el otro, era un cordón de oro para esta mujer que era mucho más que nada. Pero allí donde la habían pulido hasta rasparla, sacado brillo hasta desgarrarla, comenzó a extinguirse.

¿Y las tibias canciones, antiguas o contemporáneas, y las risas de muchas mujeres? ¡Juana, ni siquiera tu cara te siguió hasta el espejo!

En las pocas cuadras que separaban su departamento de la oficina

central, Juana se disipó en el viento húmedo del Delta y anduvo perdida en sus zapatos sin escuchar sus tacos, temblando como si se hubiera caído del nido, hasta que se topó con la enorme cabeza del tigre plantada en la rotonda. Así reconoció, a un lado de la testa felina, la amarra isleña donde atan las barcas desparejas, útiles, y dejan bultos en guarda y, al otro lado, el edificio de vidrio donde vivía, más alto de lo permitido, tan distinto de la Naturaleza pero con vista al río.

Por fin en su casa, abrazada por la anatomía del sillón que ya no la soltaría, tuvo una última conversación con Ada Lovelace, una de las mujeres con quien hablaba. Era una matemática, la primera programadora informática. Juana quería salir por la gran puerta, abandonar los huesos y la carne, sacar la cabeza de ahí para siempre. Entonces, Ada la preparó con su lenguaje máquina. Y ese día, mientras miraba atenta la pantalla, Juana creyó tejer hojas y flores y, con algunos de los números-código que le brindara su amiga, sintió que podía ensamblarse a la nada. Casi muere de miedo pero estaba segura de que después del miedo no había nada.

¿Pero era correcto, Juana, o era el sentido opuesto? ¿Y si era solo una idea y no era la materia, no la cosa? ¡Esto es solo el comienzo! ¡El hecho real de tu pensamiento es la sangre en el ojo y ahora es la copia de tu deseo!

Al día siguiente de la reunión, Dalezio fue al departamento de Juana; había notado que evadió la evaluación final.

Hacía tiempo que Dalezio deseaba una vivienda humana, y Juana lo atraía. Había hecho una lista de lo que le gustaba de ella para recordarla en orden, mientras esperaba verla, de semana en semana. Hacía esas listas de valoración para todos los empleados de la empresa, pero en su caso era una forma de poseerla.

Dalezio no era un atleta erótico pero su deseo era el de un escalador con mucho oxígeno. Muy de a poco había pasado de la frotación contra el respaldo sin que ella se inmutara —lo había tomado como un mudo incentivo— ni cambiara de posición delante de la pantalla. Un día creyó estar lo suficiente cerca y se invitó a su mundo amurallado con esas pocas cosas que Juana había arrimado, para girar el sillón. Quedó de cara a su entrepierna. Nada más había sucedido.

Pero a la semana siguiente, Dalezio, que era un hombre cultivado en sus inseguridades, pero que las había escalado como piedras resbaladizas, se desprendió de la camisola amarilla y dejó que se desfogaran sus deseos. Fue perdiendo sus listas y cambió sus formas en el camino. Tiró de sus brazos para despegarla del sillón y acostarla sobre el sofá para así poseerla antes que perderla aletargada delante de la pantalla.

Había alisado los almohadones con sus manos dóciles.

¡Juana precipitada a la infancia de los almohadones-balsa! ¿Así retornan los originales de las familias? Abrió tus muslos para verte. Te dedicó un tiempo con su dedo y sonreíste encantada. El pene reposó sobre tu estómago, empujó un poco más tus rodillas para que lo rojo se hiciera visible. ¡Pero, Juana, no compusiste el cuadro completo cuando estuvieron satisfechos, bien sueltos de cuerpo! El hombre flaco no se puso el capuchón. Te sacó la remera por arriba y te sobó las axilas. Ese

hombre te quería, pero más quería tallar una artesanía: otro ser en tu interior, uno que se le pareciera. ¡Él no sabe que dejó su semen en un recipiente al que no querés volver!

Sin embargo, para Juana, en ese día con Dalezio, el sofá fue solo decoración. Fue cierto que mientras él la abrazaba vio infantes, imágenes bestiales, pero algo desusadas y sobradamente lejanas. Nada más acudió a su mente y por un momento Eros estuvo con ellos.

¡Juana, ya se escucha el ronroneo de los juicios encendidos: braman listos para atropellarte!

El embarazo avanzaba bajo la ansiosa vigilancia de Dalezio. De a poco el abdomen de Juana se iba engrosando, pero para ella era como una bolsa de gatos. Algo se movía ahí dentro, pero ella era solo el recipiente. Ya era tarde para Juana y no podía esperar algo sin una imagen previa, y a ella no la alcanzaba la idea de un hijo.

El embarazo llegaba a su fin, y Dalezio podía imaginar su artesanía lista para exhibirla al mundo. Rodeaba con sus brazos el taller vital, menos preocupado por la dueña del cuerpo que lo alimentaba.

Mientras la Naturaleza preciada empujaba el abdomen de Juana con toda su fuerza, reventó en estrías y ensanchó sus tetas, humedeció las mucosas y las tornó más rojas; mientras el hijo crecía siguiendo su propia senda, ella volvió al camarín y desde allí se extravió. Su embarazo continuó en un ir y venir de aguas, flotaba y se ahogaba sin abandonar del todo su recámara.

Pero Juana estaba lista para partir, para sacar su cabeza del cuerpo enterizo: ya no transportará ese envase. Acercó unas pocas cosas más al sillón, como si en él se fuera de viaje. Se sentó llena pero vacía. La computadora iluminaba la sala con su luz lechosa.

Mientras se vaciaba de su pasado vio la cara de su hermana, pero era imposible que compartieran alguna instancia. Robadas una de la otra por los padres, quienes habían edificado una casa de sol y otra nocturna.

¡Juana, Juana, si eran un lado y el otro de la misma moneda! ¡Andrea veía en los ríos la muerte y vos vivías seca pero en una cloaca!

Sentada en ese sillón renunció a sentir los pensamientos. Las mujeres se volvieron murmullo hasta enmudecer para siempre.

¡Juana, das vuelta los ojos para absolverte de todo! ¡Fuera de juego, Juana!

Fuera.

Ahora no habla. Habita un lugar donde nada puede anidar. Superficies en las que no se adhiere ningún recuerdo. No hay nadie dentro de su cuerpo delante de la pantalla, ni en la falta de relieves de esa playa eterna ni en ese escenario donde nada tiene lugar. En aquel paisaje de altura que alguna vez ella misma tendió, con el río arriba y un mar debajo, perdió de vista los pies que una vez creyó de su hermana girando en un remolino de agua marrón. Olvidó la geometría del camarín.

A veces se topa con un charco reconocible que intenta no pisar, una mina de la vieja patria que puede explotar. En ese espacio extendido, la memoria es niebla, y la niebla se disipa. Se resuelve en vapores que se dispersan y no hay manos que puedan sujetarla. De tanto en tanto vislumbra el contorno de una presencia. Una presencia que el viento podría barrer para siempre junto con la niebla. Pero podría también desnudarla radiante como después de una lluvia.

¡Juana, quisiste ser diferente de tu cuerpo y te liberaste de los huesos y la carne. Pero te extraviaste como una nena desorientada en una playa que perdió de vista la sombrilla naranja!

El cántaro fue tantas veces a la fuente para romperse. Había liberado el último escollo neuronal en una luminosa y desacompasada trama que había programado Ada. Y en ese mundo sin cartografía, su caballito de mar no puede recalcular. Los trayectos no son cortos o largos, y Juana solo puede deambular. Si le duelen los huesos, no le importa porque lo advierte de lejos. Si gotea lágrimas no se anoticia. Avanza sin sombra, sin peso. Ella quiso sacar la cabeza para deambular en ese territorio sin líneas divisorias, donde no hay un hogar al que llegar. Un infinito incorpóreo sin bienes materiales, cosas reales ni posiciones sociales. Sin familias.

Con el hipocampo escindido, la memoria de localización está en off, las células de lugar ya no disparan ondas —el caballito ya no emite el

pst pst de sus chasquidos— y el mapa se ha perdido para siempre. ¿A qué persona volver si no hay migas en el camino? Sin la conciencia de estar en su cuerpo, no hay días que pasan. Aún no se apaga aunque no se sabe por cuánto tiempo. No hay una promesa en el abandono, pero antes de lograrlo su memoria sucesiva estalló en fragmentos disociados.

¡Juana, no eras más que una pila de sucesos asquerosos, una recolección de basura! ¡Sacaste la cabeza de los planes torcidos, de la vejación reiterada! ¡Bravo, Juana!

Mientras Juana se perdía en su mundo neblinoso, Dalezio vio cómo la oficina de la network se vaciaba y cerraban las industrias. Caído el gobierno del Rey del Agua en Tigre y clausurada la millonaria exportación del agua dulce del Delta, los cambios avanzaban, vertiginosos. Todo se venía abajo en el entronado municipio de Tigre —el Territorio Líquido—, hubo habladurías, pero Dalezio logró entrar una vez más al laboratorio donde estuvo contratado por un tiempo breve para una tarea oficial y consiguió abrazar esa cadena familiar a la que él mismo se había ensamblado cuando tuvieron sexo aquella vez en el departamento de Juana. Aquel día, cuando cada unidad de genes se apareó en el cuerpo de Juana y se complementaron en el sentido y el antisentido que constituye la vida, los mensajeros-traductores —al igual que Juana al traducir tendía un puente entre personas— hicieron su trabajo y se combinaron. Pero luego Juana se fue perdiendo de sí misma, y hasta el momento Dalezio no ha podido traerla de vuelta. En el laboratorio alcanzó a descubrir que tenía una hermana. Había una huella propia, afirmaba Dalezio, sin embargo, también había entendido que todos somos copias en gran medida y que entre las hermanas calcaban la justa mitad de esa información.

Todo se volvía escombros rápidamente, ya no valían los desempeños en una ciudad que se vaciaba de ruidos y luces artificiales. No había logrado ubicar a la hermana y era hora de irse.

En una de las migraciones tempranas, Dalezio subió a Juana, junto con otros habitantes que huían de Tigre, en una de las chatas que se detuvieron en la Estación Fluvial, la chata *Estrella*. Alcanzaron a esos isleños que escapaban de un destino; se los veía tan seguros como si lo hubiesen leído en el pizarrón del Cielo, pero seguían en realidad la escasa corriente de agua que se alejó un día en una bajante extrema y que no mostraba signos de retornar. Y sin el agua, el Delta grandioso y Tigre continental quedaron detenidos. Mientras el caudal de los ríos se

convertía en finos riachos de agua marrón, el comercio también se detuvo y llegó la pobreza incivil.

A lo lejos divisaron Ensenada. Los isleños se apiñaron sobresaliendo de la embarcación como ramilletes apretados. Y como el resto de los tigrenses, Juana y Dalezio desembarcaron en la zona sur, la zona desencantada del río, ahora el municipio promesa: Nueva Ensenada.

Al llegar al puerto de Nueva Ensenada se encontraron con que la Fuerza Naval Argentina controlaba a la población, y primaba la cuenta geométrica entre los que consideraban utilitarios y el alimento insuficiente; una visión amargada, un humo antiguo, al que Dalezio, que había sentido un grado de felicidad al asistir a la gente perdida de un lado y otro de las pantallas, de ningún modo podía sumarse.

Cuando los registraron en las dársenas pedregosas, tan distintas a los muelles tibios del Delta, temió que si hurgaban en sus bolsillos encontrarían razones muy distintas, y podían peligrar su vida y la de Juana. Pero confió en que si las conservaba podría esparcir sus ideas como infecciones benignas para que la vida continuara.

Quienes los recibieron fueron hospitalarios ese único día: Dalezio fue reconocido por su tarea oficial durante el gobierno del Rey y lo clasificaron en un grupo destacado, civilaco superior, pero lo dejaron en reserva, con algunas tareas en el Museo de La Plata para que se entretuviera.

La advertencia de que ya lo llamarían cuando la riqueza surgente necesitara de sus conocimientos y su ciencia hizo que levantara la vista ante un grupo estrepitoso de personas delante de un astillero, quebrado en un minuto por la Prefectura. Aferró el sillón de Juana porque ya la observaban como a una rara especie de gente, y se dirigieron al departamento raso que les asignaban a los inmigrantes calificados. Si no, los engullirían las industrias de un inmediato y único bocado.

El aspecto delicado de Juana muestra una cara lúcida. Su mirada titila en foco abierto hacia algún paisaje apartado. Pero las pupilas jamás rotan para mirar lo inmediato. Ni los mosaicos fríos ni las paredes baratas. Ni a Dalezio, que sostiene la cuchara de plata. Él trajo el mermado juego de cubiertos desde Tigre a esta casa en Nueva Ensenada. La caja de madera muestra un sitio vacío en la felpa verde con el molde de un cuchillo perdido. El hombre flaco, el que fuera su supervisor y viste camisolas algo transparentes, le da de comer a Juana. No la va a abandonar aunque ella esté "fuera de la caja". Porque entre ellos hay una hija que quedó hospitalizada. Nació prematura y está viva a través de ligaduras plásticas. Le avisarán cuando pueda buscarla. La dejaron atrás, en Tigre continental, donde nació a pesar de Juana. La beba no pudo seguir la deriva del río a bordo de la chata.

Dalezio estudia cada signo de su amada: la boca abre espacio para la cuchara, algo traga. Juana no lo sabe pero el hombre la besa. Él observa sus manos quietas, no muertas. Un poco la entiende. El mundo es nuevo pero está envejecido. Y el descompás entre los eones naturales y los deseos perentorios ha vuelto incómoda la gravedad. Hacía ya tiempo que estar estar se volviera algo infrecuente.

El departamento en donde viven en Nueva Ensenada es parte de un complejo de casas-departamento unidas por senderos de placas grises que disciplinan los jardines. Hay pastos de zonas umbrías y arbustos fríos. Son tres pisos en total. Alguien pintó de blanco la primera planta del conjunto de casas y luego se detuvo. Resaltó el gris marrón de la segunda y tercera planta atravesado con chorreadas más oscuras. A través de las ventanas se ven árboles gruesos, tronchados. Los muñones disparan ramas débiles, y Dalezio atiende el consejo de las plantas: escondan la savia de la avidez de los que mandan.

No cree que aún sea tiempo de buscar a su hija; pero imagina que

algún día va a pasearla por esos senderos de placas de cemento desparejas, entre las que sobreviven las matas de pasto. Ve el lomo de un gato amarillo desde la ventana. El gato no sigue un camino recto, sigue su camino de gato. ¿Tendrá un camino? Dalezio reconoce esa disposición que lo metió por vericuetos inexplorados y curvó su camino de hombre en uno incierto de gato. Están aquí, en este desesperado y alarmante exilio.

Comienza una lluvia fuerte. Repica sonora en una chapa acanalada del techo. Pájaros, gatos y gente corren a protegerse, a nadie le gusta la intemperie. Dalezio moldeó una familia deshuesada, pero en ella se siente cobijado. El agua se desliza en el vidrio como sobre cualquier otro límite. Ve el parque distorsionado a través de la ventana y se pregunta si así verá Juana su cara o si no lo reconoce en absoluto.

Oscurece, pero él sigue sin iluminar el cuarto; Juana no advierte el final del día. Cuando la lluvia amaina escurriéndose en todos los vacíos, Dalezio comienza a sentir el suyo dentro del pecho, un poco en la panza. Se despega de la ventana y al darse vuelta escucha que Juana absorbe el aire en una respiración forzada. Su rostro se ve nacarado a la luz de la pantalla, esa pantalla que Dalezio no permitirá que se apague porque sospecha que una fibra de vida, un árbol de venas, el iris, algo de ella se sostiene entre esos intersticios maquínicos. Pero él no conoce los sucesos pasados, ni el estrés del cautiverio que pudo haber freído el caballito de mar dentro del cerebro de Juana.

Dalezio se acerca. Le parece que mueve los labios, pero él no puede escuchar el grito repetido mil veces en silencio al sumergirse Juana en estas nuevas aguas:

¡Que no te entrañen como cuando eras una nena! ¡Fuera de ahí, Juana!

El libro de Andrea

Así se escribe la poesía tajante [...]
Con las patas llenas de barro

DIVIDIDOS, «TAJO C»

A veces he dudado que tu agua sea de agua [...]
durante muchas horas la misma agua admirada
parece hecha de tierra si no intervienen albas

SILVINA OCAMPO

Andrea sale del río. Es su primer baño en esta primavera. Deja a su paso lunares oscuros en la tierra del sendero. El agua, cada vez más cargada de limo, le produce un efecto pastoso sobre la piel, muy diferente al agua ligera del año anterior. Ha abierto los ojos para descubrir los sedimentos castaños que, flotando, crean la figuración de río marrón y hacen parecer que el agua hubiese renunciado a su condición incolora.

Camina lento y lleva consigo una toalla veterana, amarronada como el río, una de esas toallas que parecen no tener vencimiento y pueden existir más tiempo que el dueño.

La costa de enfrente se ve desigual, roída por las lanchas que batían el río. Le falta carne en los bordes, dice. El agua sobó también las raíces de las casuarinas que ahora la bajante exhibe, sus dedos fibrosos retienen la orilla, y se sujetan ellas, tan altas y ordenadas; una rompió filas, está extraordinariamente inclinada pero nadie predice su caída.

Merodea la casa isleña sin decidirse a entrar. Aunque siga escondiendo la llave en la caja oxidada, entreverada en las achiras que en invierno pierden las hojas dejándola a la vista, ni su padre ni sus compañeros furtivos llegarán cautelosos a buscarla.

La casa es suya. Los papeles legales que firmó al reconocer su filiación lo manifiestan con claridad: suya y de su hermana Juana, que hasta ahora no la reclama. También cobró la plata de la indemnización del municipio de Tigre durante el gobierno del Rey del Agua.

Ahora, con lo que sabe, puede imaginar la muerte violenta de su padre, la extraordinaria caída. Fue arrojado en las cataratas del Iguazú, despeñado en la Garganta del Diablo, en medio del ruido atronador del agua que en un paisaje es mansa y en otro, asesina. Se figura la deriva del cuerpo en el río verdoso Iguazú, entre corrientes rápidas, sorteando o dándose contra las piedras sobresalientes de basalto. Y ante la encrucijada verde marrón, sin más opción que la

entrega al alto Paraná, su organismo ablandado flotó sin resistirse tomando la curva, y continuó deshaciéndose acompañado de peces, de alguna serpiente verde y negra que descansó un instante sobre su cuerpo, para luego alcanzar la otra orilla; fue confundido con un tronco mientras viajaba hacia el Delta de Tigre según las corrientes. Finalmente, Andrea entendió, en medio del barullo y colorido al que era afecto el gobernante, que las trazas genéticas del padre de las dos fueron halladas en el río Luján, entre tanta otra naturaleza muerta. Son Hijas del Delta, le había dicho el Rey, hijas de este Territorio Líquido.

Durante el último año, borró mentiras. Las enlista: “Mi padre estaba enterrado en Misiones, el río es marrón, las achiras ocultan la llave todo el año”.

Borrar mentiras es una dimisión que la desnuda y deja triste.

Con su hermana Juana no se hablan desde que ella le cortó esa única llamada por teléfono en que Andrea mencionó el hallazgo de los restos del padre de ambas. No sabe si cobró su plata. Desconoce también si Juana aún vive en Tigre continental. No era infrecuente que la gente se moviera en masa siguiendo el mapa de la riqueza, instalando empresas, levantando galpones con anaqueles de altísimas estanterías que también se abandonaban en un día, siguiendo los vientos de la política.

Andrea se refugió en la casa-palafito, huyendo no de la política precaria como un mazo de cartas, sino de su amenazador marido aunque tierno con las armas. Lo recuerda rodeado de paños afelpados, potes de cremas y grasas, limpiando delicado las armas largas.

Juana, en cambio, como descubrió Andrea, había sido trasladada desde Buenos Aires a Tigre, señalado el norte por alguna brújula perturbada. Los empleados eran enjambres que seguían las colmenas con su miel, como unas abejas que Andrea vio una vez volando veloces, sin dispersarse, detrás de sus cajas blancas apiladas en una lancha larga.

Luego del llamado pasó más de un año sin noticias, en un silencio connivente, separadas por otras distancias y no solo por un puñado de ríos, como podía demostrar la cartografía.

Le faltó sabiduría para casi todo durante el invierno que por fin terminaba. La gracia de las estaciones marcadas. La mariposa negra, la polilla oscura y polvorienta fue su almanaque. Andrea las vio en marzo cubrir las ramas de los sauces con sus pequeñas estructuras: doblando el abdomen, las polillas negras pusieron sus huevos en los nidos, desprendiéndose de pelos y escamas. Por dentro el capullo se forra de hilos de seda que hacen las mismas larvas. Así toleran el frío. Andrea había trasladado su cama cerca de la cocina económica de hierro negro. Acopió leña para todo el invierno.

Ahora en octubre, cubrió la cocina de hierro con un rectángulo de hule estampado. Y las larvas, las orugas o gatas peludas, el bicho quemador, perforan las pupas. Con sus mandíbulas fuertes mastican las hojas tiernas de los sauces respetando las nervaduras. Son movedizas e irritables y cuando algo les molesta se arrojan al suelo retorciéndose o caen al río desde los árboles. Urticantes y voraces pelan los sauces en todas las secciones del Delta.

En diciembre recomenzará el vuelo de las mariposas negras. Ella también salió del capullo pero no se siente transformada.

Arrastra el borde desflecado de la toalla como raíces finas de aguapé. Ve pasar un camalotal desplazándose con dificultad en el río, decenas de aguapés agrupados, con espigas rectas y flores lavanda, algo caídas. El verano anterior cantidades de camalotes bajaron del norte por el caudal del río y bloquearon el Delta. Se ha visto cómo oscurecen lagunas y agotan el oxígeno del agua. Andrea apretó pecíolos flotadores llenos de aire. La masa de verdura parece detenerse, pero continúa con el flujo laminar en lo que su vista abarca.

De pronto se siente una pasajera a quien le llegó la hora de seguir el viaje. Mira la lancha amarilla y calcula la marea del día (que sigue extrañamente baja) mientras camina por el sendero de sirga cruzado de raíces que sobresalen pulidas por el paso de la gente. Tropieza con

una, y al caer sobre un nudo se da una trompada en la boca. Le sangra la nariz. Sangre y tierra se mezclan en sus ojos con un llanto breve. Le tiñen el rostro. Está tumbada boca abajo; late de manera vertiginosa. No alcanza la toalla. Está casi desnuda y su cuerpo blando se moldea al suelo. Siente dolor en una rodilla y calcula que la costra que cubrirá su piel lastimada será una membrana mezclada con tierra. Afloja la lengua y con la saliva crea una pizca de arcilla que impregna su boca.

Sigue tumbada, pegajosa. Le duelen partes pero ya no está tan incómoda. Su cabeza quedó en posición de mirar la casa longeva, cargada sobre puntales que dejan libre el entresuelo. Andrea observa los remos de la canoa, una cortadora de césped, garrafas arruinadas, y la sombra negra que proyecta la casa. La lancha almacenera trae esas bombonas violetas en el techo, siempre cachadas, y cuando bajan una en el muelle, observa si la válvula está estropeada. La lleva girando a los bandazos, teme que explote en sus manos. A esa última, la abandonó en el muelle. Ahora mismo le sacaría el seguro para acercar un mechero, dice masticando barro.

No quiere vestirse y menos lavarse, algo usual para engancharse al ciclo de las estaciones repetidas que parecen detener la vida. Por el momento la recursión la incomoda: llamarse a sí misma para los mismos problemas. Que un mínimo gesto la obligue a doblar el abdomen para colocar aquí sus huevos. Cuando cobró la indemnización, fue nombrada en las enormes pantallas del Delta, su cara es conocida, “y ahora qué vas a hacer con la plata, Andrea”: las preguntas le caían maduras desde cualquier planta.

Se siente deshilachada, como la toalla que abandonó en la tierra, bien hecha pedazos y colocada entre objetos enteros. Además, el retorno a la Naturaleza le parece una propaganda, está ahí, bien inmersa en la selva suave del Delta, pero es una hija adoptada. Dada a esa vivienda temporal, dada a la isla. Al levantarse no percibe calma, más bien el letargo del descuido.

El río brilla en tildes bruñidos, y los sauces con brotes nuevos que viven o mueren entre las fauces de las orugas continúan su ciclo. Pero desde la caída del Rey, como Andrea sabe, muchos habitantes

emigraron hacia el sur, amontonados en chatas areneras o en chatas paleras. Ha visto pasar alguna, cargada con un racimo apretado de gente, y pensó que tal vez Juana estaba ahí, abandonando Tigre junto con las abejas industriosas despojadas de su propia miel. Últimamente no ha visto lanchas, las pantallas de publicidad están apagadas. Por un tiempo el río pareció recuperar su gobierno y ahora está en retirada.

Nadie la va a sacar de la isla de la mano y ninguna industria determinará el alimento de Andrea, pero el silencio progresa aumentando el ruido de la Naturaleza. Junto con la partida de isleños vecinos, la carga de su historia empieza a hacerse oír a falta de otras voces. Se ha dado un golpe en la cara, puteó en voz alta, abandonó la toalla y está descalza. La greda pegada a su piel húmeda ha formado una capa seca que comienza a cuartearse como un vestido arrugado. ¿Decide irse? ¿O como su padre, se ha ablandado al seguir la corriente? Sin embargo, teme que otro invierno la apolille dentro de la casa.

Se acerca hacia el muelle firme del vecino que desde siempre permitió que amarrasen allí la lancha amarilla, aun en tiempos comprometidos en que los ríos estaban colmados de ideologías.

Sube al barco con media cabina, un trucker para pesca que navega con poco calado, y enciende el motor. Suelta la amarra, desarma el nudo marino con brusquedad.

Escaso ruido del motor anticuado y estela fina. No hace ola que estrelle el agua en las costas. En eso se siente correcta y no una amenaza para la madre Naturaleza. Mientras pone la proa hacia el Paraná, tiene la idea cruda de que la *Naturaleza violada* es el permiso de todas la violaciones reiteradas. Una maldición suspendida sobre la cabeza de la gente. Nadie quiere ser expuesto ante la madre original con la cabeza gacha. Todos disimulan la tierra debajo de las uñas, y así continúa la violación serial a muchas madres del planeta. Ahora que no está el Rey, piensa, y no hay quien venda el agua dulce “La Delta”, busca su venganza.

La lancha navega firme. Fue usada para pescar y, cuando era chica y acompañaba a su padre, para transportar en la noche cerrada a algún

refugiado desde la estación fluvial de Tigre. Después él huyó a Misiones, a casa de una prima, donde lo secuestraron y encontró el final de su vida.

Encausa la lancha por uno de los canales. De pronto, el ruido del motor cambia forzado por el reemplazo de sustancia, y comienza a escupir barro. Lo inclina y avanza, atenta a las volutas espesas que forma la hélice.

Navega lento buscando la profundidad a tientas. Comienza a asustarse, no contempló ningún derrotero; no lleva mapas. Está desarropada. Le duele la boca. El labio sangra, detiene el flujo con un poco de limo. Se obstina en horadarlo, y el barro la salpica. Fuerza el motor; hace fuerza con su propio cuerpo, cada vez más cubierta con esa sustancia. “Soy la reina del limo”, dice para no acobardarse.

Finalmente queda varada en los Bajos del Temor o el Falso Zueco, no está muy segura de las coordenadas. Comprueba con el bichero que apenas un agua somera oculta el fondo. La panza del barco descansa sobre el lecho. Unos juncales altos impiden que se incline. Pero enseguida los juncos comienzan a agitarse con un viento gris inminente: es el Pampero, un cigarro de nubes que por ahora reposa en el horizonte, pronto comenzará a desenrollarse.

Se envuelve con una lona áspera para protegerse, calcula que el río va a devolverle el agua. Pasa las horas inmóvil, tal vez dormita, pero quiere dominarse. Entre sueños, Andrea se ve chiquita buscándole una ocupación al padre, otra distinta de la que ejercía peligrosamente. Podríamos ser útiles, le decía mientras pasaban el tiempo lento de las escondidas o el veloz de las corridas donde por poco la olvidaba. Podríamos cortar juncos y cargarlos en la lancha, como hacen los junqueros en las chalanas. Le mostraba el junco que avanzaba en el borde de la isla. Vender los atados en el puerto cuando vamos de noche a buscar compañeros. O al menos ahogarnos en el río, le exigía llorando finalmente a su padre cuando pasaban los días y seguían refugiados en la casita de la isla.

No sabe si está a salvo en esa inmensidad barrosa.

Atardece. El agua marrón no vuelve.

Bautista empuja la puerta-mosquitero. Apenas se asoma al muelle, ve escorados lanchas y botes, ladeados como rengos, incómodos por la presión del lodo sobre uno de sus flancos. Inútiles, estacionados en las calles de agua del Territorio Líquido. Un hombre camina por el lecho con el agua hasta la pantorrilla mientras revuelve el riacho con una caña buscando algo en el barro, algo que él mismo tiró hace más de un año, le dice. Ve algunos isleños estáticos en los muelles. No han podido lavarse, los hombres se rascan las barbas, tal vez sin el mate de la mañana. El entorno seco desanima al isleño, que acondiciona el muelle, proyecta una baranda para acodarse y vuelve a quedarse quieto, impasible, a la espera del agua. Aislados, impedidos de salir en su nave en caso de emergencia; y caminar es una acción extraña. Como afirma Osky, un vecino tatuado hasta el pescuezo, siempre cargado como una borrasca por descargarse sobre los demás habitantes y sobre los turistas, "en la isla no se camina: se nada, se sale embarcado, pero no se camina". Vive a dos casas de distancia de Bautista y no cree en el camino de sirga, ensucia la orilla con basura como un perro que orina. "¿Qué camino de sirga, a vos te gusta que te pasen por delante los turistas?". Osky está casado con una isleña que a los cinco años jugaba con el hijo de Haroldo Conti, y despliega los dragones en su brazo cuando señala: "Ahora que es Casa Museo Conti, mi propiedad quedó de camino. De qué camino de sirga me hablan". Intimida a los turistas y, de a poco, con restos náuticos inútiles que son su avanzada táctica, obtura el camino libre.

Bautista sale en su kayak, desde su casa en la isla Les Palmiers, bautizada así por los Bruzzone, dueños de chalets y de la fábrica de estacadas que rodean esa isla triangulada por el Sarmiento, el canal Buenos Aires y el arroyo Gambado. Hay un solo ceibo inclinado sobre el agua, entre su casa y los trescientos metros que lo separan de la

modesta, pero bien dispuesta, casa de madera y adobe que perteneció a Haroldo Conti. “Las islas no tienen nombre”, afirma Osky. Pero Bautista, enemigo de las nominaciones dominadoras, quiere renombrar “Conti” a la isla entera. Se pregunta si bastará con plantar un cartel o acaso la palabra sea de material más firme.

Aquí, en este inesperado giro de su vida —del mar al río—, vive en una cabaña prestada por unos daneses que por ahora no piensan volver a la Argentina. Una casa isleña elegante, diseño escandinavo con grandes ventanas. Retirada de la costa, bien alta, sobre bellos puntales de buena madera. La casa de Bautista y un bosquecito amarillo intenso de caña bambú se destacan en la isla, afeada por dos recreos que acumulan pilas de latas vacías de cerveza y por el resto de los vecinos desganados para los arreglos. Y la vuelta a la isla, aun sorteando las trampas de Osky, está cruzada por unas chapas acanaladas para contener a dos perros bravos. El truco es agacharse al verlos, dice Bautista, como si uno fuera a levantar algo del suelo. Pero el muro con las bestias dentro es filoso en los cantos de chapa y sobrepasarlo es peligroso.

Bautista puede desplazarse en su kayak aun con esos pocos centímetros de agua marrón que cubren hoy el lecho del río. Ejercitado en travesías, se desliza por el arroyo Gambado. Lleva, como siempre en el tambucho de proa, agua embotellada, barras de cereal, una bolsa de dormir, una muda de ropa con calzado náutico y unas zapatillas en bolsas estancas. Una luz de cabeza que deja las manos libres y un machete. Rema incansable o empuja el fondo con la pala sorteando troncos y perros que aprovechan la bajante trotando con las patas frescas para cruzarse de una a otra vera. Bautista quiere ver la extensión de la marea baja que en esos días no devuelve el agua.

Desde el arroyo ve los pilotes de los muelles hincados en el lecho, sauces donde anidan mangangás, ligustros a modo de cercos que le provocan alergia cuando el viento levanta las pelusas que terminan tapizando el río de blanco.

A diez minutos de navegación, los ríos Tigre y Reconquista sombrean el Luján con sus aguas negras, pero la correntada del río ancho suele barrerlas trazando una línea recta que parte el río en dos

colores. Bautista se detiene a observar la división flotante marcada por los afluentes lóbregos que vienen desde el continente. Pero hoy la escasa corriente no alcanza para mantener a raya esas aguas negras que avanzan esparcidas.

Debajo de la ciudad diurna, laboriosa, Tigre (como todas las ciudades) tiene una ciudad oculta. Una urbe de excrementos que esconde muertos, desaparecidos, objetos y fauna que la gente arroja al agua. Los barcos las barcas las chatas navegan sobre la superficie del agua, en la frontera horizontal de las dos ciudades. Desde la ciudad de abajo, los bivalvos tapan los orificios de las naves agarrados como rocas de corazón blando. Las fibras putrefactas enrollan las hélices hasta que las detienen, y los troncos flotantes, antes sumergidos, las rompen. Desde hace un tiempo, las naves de mayor calado quedan varadas levantando con las hélices la repugnancia oculta. En estos días el sedimento gaseoso expulsa creaturas burbujeantes, y ese aire oliente se mantiene flotando como un zepelín en el cielo próximo. Bautista observa el escaso flujo laminar de esta bajante que, aún así, continúa en riachos ondulantes por las huellas del fondo marino.

Ante señales nunca vistas, imagina que el agua en realidad se escurre. Elucubra que encontrará, en alguna coordenada, un flujo turbulento creando un torbellino que desagote en un agujero como en una puta bañadera. Una tracción gravitacional que desbarranca el agua por una grieta, tal vez antes de alcanzar el Plata. Si llega hasta allí, calcula Bautista, verá ese flujo potente haciendo un enorme remolino. Toda el agua del Delta cayendo para apagar el magma y sofocar el inferno de la ciudad oculta.

Da la vuelta, alejándose de la ciudad de Tigre y de la fantasía.

Ha remado todo el día sin encontrar el desagote que ideó, sino lo que podría ser la lenta detención del agua. Tal vez por el depósito en masa de las arcillas.

Mientras rema incómodo, apenas acariciando el agua, cuidando de no clavar las palas, recuerda haber leído que Rodolfo Walsh planeó escribir una novela sobre un hombre que, en una bajante de sizigia, consigue atravesar a caballo el Río de la Plata. Bautista había

imaginado el cruce en más de una ocasión. Los cascos desaparecían en el barro, las salpicaduras iban cubriendo el abombado vientre del animal, y la cincha que lo apretaba se deslizaba embadurnada, poniendo en peligro al hombre que se sujetaba de las crines. Con el gesto de contener las náuseas, evitaba pisar los peces hinchados. Citaba el hombre la Biblia, animando a la bestia a levantar las rodillas para volver a enterrar sus extremidades con fuerza: ¡El hombre se formó del polvo de la tierra, lo mezcló con agua! A Bautista, la Biblia le frunce el pensamiento, pero en eso mismo le parece una buena alegoría. Cruzar hasta Uruguay, cuarenta kilómetros, no era travesía épica, se conocían mayores distancias, pero meter las patas del equino en el limo repugnaba. El hombre a caballo atrapó una pelota de barro pegada a su bota y la amasó entre los dedos. Y al llegar a la costa uruguaya, los ojos apenas se le notaban: el resto estaba completamente cubierto con el ungüento marrón como si finalmente se hubiera revolcado a gusto en la materia que tanto le había asqueado. Bautista se detuvo meditando en qué había encontrado el viajero en esa sustancia para que de la repugnancia amara el barro.

El abuelo de Bautista vino de un pueblo seco de España. Pintor aficionado de barcos, su meca había sido Mar del Plata. Se fascinó con las barcas de pescadores que atracaban directamente en Playa Grande. En esa época no había motores, eran de madera y navegaban a vela. Pintó decenas de ellas. Bautista no lo conoció, pero en la casa de Mar del Plata donde nació, sus cuadros llenaban las paredes.

Supo que su abuelo había convencido una vez a unos pescadores para que lo llevaran en una excursión de pesca a Bahía Camarones y que allí naufragaron en las islas guaneras, chorreadas de guano blanco de las aves. Contaba que sobrevivió quince días hasta que un barco los rescató. A Bautista le gustaba la parte del naufragio, ser un náufrago. Fuera de temporada, venían a la casa unos armadores griegos que hacían circular historias. Su negocio era simular esas catástrofes para cobrar el seguro. La cantidad de barcos que había encallados en la playa era tremenda. Una de las primeras escapadas de chico, cuando aprendió a andar en bicicleta, fue para ver los barcos muertos. Navíos mutilados sin víctimas. Aprovechaban una sudestada grande, elegían

un lugar arenoso y lo varaban. Sacar el barco era más caro que dejarlo. Luego, de a poco, también lo desmantelaban. A Bautista le fascinaba el desguazador de barcos que le permitía jugar entre los timones, el hierro. Había un solo cuadro de un hundimiento pintado por su abuelo. Al verlo sentía que, cuando los recursos se achicaban, algo a la vez se concentraba y amplificaba. Si él naufragara, planeaba entonces, llevaría un cuaderno encintado contra su pecho para escribir la historia. Ahora lleva siempre uno entre las cosas urgentes, en el tambucho de su kayak.

Bautista alcanza el Río de la Plata justo para ver el espectáculo. El buque superaguatero *Seawise Giant* había logrado avanzar mientras riachos de agua cobriza aún corrían sobre el lecho marino. Seguramente no sintieron el garreo del ancla, que se fue arrastrando suavemente sin clavarse como lo haría sobre arena o piedra. Esos gigantes gravitan sobre un fondo plano. Este, que a Bautista lo alucina, se eleva sesenta metros apoyado en el fondo barroso; y un tercio de su altura, la *obra viva*, que siempre queda oculta debajo del agua ahora está a la vista.

No es solo el tamaño descomunal de la nave detenida en el limo lo que lo impacta, sino lo que carga la *obra viva*. Como en un cuadro del Bosco —que veía entre los de su abuelo—, el buque exhibe despojos del hombre de afuera junto a bichos de los sueños. Pegados a la parte inferior del casco posado sobre la arcilla, nota que primero están las algas; luego, los moluscos bivalvos que sobresalen con puntas filosas, y también incrustaciones marinas como las lapas. Los percebes parecen pezuñas de vaca: todo el apego de la vida marina. Se agitan vivas las rémoras con sus bocas filamentosas mientras absorben moluscos. Las lampreas sin mandíbulas, pero con una boca capaz de roer, cuelgan del casco perturbadas por la falta de agua.

Bautista se acerca a ver el detalle: diminutos seres se retuercen entre mucílagos de algas verdes y moradas. Al acercarse y dar la vuelta al barco, ve metales atrapados entre caparazones. Un cuchillo sin mango y alguna llave grande, herramientas navales, bidones plásticos. Redes enredadas que soportan camalotes, vértebras de pescado junto con troncos, kilos de vida putrefacta. Dentro de un caracol vive un enorme

molusco amarillo que comparte su hábitat con alguna carne blancuzca de la que parece alimentarse. Una vara de metal atrapa una mandíbula. Entre todo lo que se remueve cree ver criaturas desconocidas. Ropas ajadas a las que el agua dulce o la salada depuso los colores. En toda su grandiosidad, el buque, pintado de perfecto naranja en la superficie, navegó con esa *obra viva* debajo del agua. Y esa pandemia polizonte queda ahora expuesta, enmarcada en el lodo monocromático. Bautista siente que el mundo está dado vuelta, un mundo surgente que le revienta los ojos y le desarma el comportamiento civilizado.

A lo lejos puede ver la ciudad laboriosa y descontenta de Buenos Aires. Pronostica que el sedimento blando que ahora lo rodea la va a alcanzar.

Decide adelantarse un poco más. Veinte veces sube y baja de su kayak para llevarlo de tiro o remar apenas hasta llegar a la isla Timoteo Domínguez de arenas uruguayas, fusionada con la argentina Martín García por los depósitos aluviales en menos de cincuenta años. Había que imaginar la única frontera seca entre los dos países sobre esta minúscula isla, la más ficticia de todas las fronteras. Ahí mismo Sarmiento quiso fundar Argirópolis, aunque Bautista la ve un poco chica para capital de una confederación de Estados de por los menos tres países. El río Uruguay, en la margen derecha de la isla, tiene un lecho distinto. El fondo de arena no se embanca y por ahora continúa caudaloso, indiferente a la bajante del Plata.

A Bautista le da tirria esa isla de mala muerte, así la llama. Martín García, la isla de mala muerte, fue un depósito de indios: campo de concentración de aborígenes sometidos. Había leído los registros: “Reciban en depósito en esa isla chinas, chusma y criaturas. Den acceso al cuerpo de los indios destinados a esa isla. Reemplacen el nombre de cada indígena por uno español. ¡Argentina es un país blanco! Deshágan se de los indios contagiados virulentos que se vuelven ciegos. ¡Vagos, tirados a su mala causa! ¡Al río con los muertos!”.

Bautista deja su nave liviana sobre arena uruguaya, sin amarrar. Se

calza las zapatillas náuticas para dar la vuelta a pie a la isla y cuidarse de pisar rayas con sus espinas ponzoñosas. Sube a la parte argentina, rocosa, de Martín García sorteando la vegetación enmarañada. Cerca de la monumental chimenea del crematorio del lazareto (la mala muerte de la fiebre amarilla), parado a veintisiete metros de altura, afina la vista larga de marino, sus ojos mensajeros que alguna vez evitaron catástrofes. Cuando Bautista navegó en mar abierto nunca permitió a su intelecto convencerse de la supremacía del GPS marino. Se exigió el razonamiento espacial: trazaba coordenadas en el agua con los puntos cardinales, sin olvidar las estrellas.

La piel de la cara de Bautista es gruesa y escoriada y, como le exigieron que haga fuerza desde chico, no imagina reposo para su máquina corporal activada en el Liceo Naval, y tampoco se siente dueño de su espalda.

Cuando egresó del Liceo dejó de levantarse a la madrugada; pero no se ingresa a una escuela para nada: él había aprovechado la biblioteca leyendo en talleres sombríos para sumar mundos al relumbre de su cabeza; solo por eso no sucumbe ante el vasto panorama. Desde lo alto del peñón, en lontananza, ve buques celestes, naranjas —el *Eureka*, el *Bosporus*, el *Bangkok*, que reconoce—, plantados aquí y allá en el Río de la Plata, junto con barcos semihundidos en el lecho, oxidados, más difíciles de registrar a simple vista. En el Río de la Plata los buques se hunden dos veces, primero en la superficie del agua y después en la capa de limo floculado. Desde los españoles hasta este momento hay más de mil, calcula. Como para hacer un parque temático, piensa Bautista. Eso mismo hubiera hecho el Rey del Agua.

Entrar o salir del Delta en los últimos tiempos se había vuelto una trampa. El Paraná es históricamente el Río de la Plata, la cuenca del Plata, el mismo sistema fluvial, y fue arrastrando los sedimentos de todo un continente en corrientes de turbidez que formaron un cabeza seguida de una larga cola hasta recostarse sobre el Delta formando cordones y barreras. Bautista siente cómo se le hinchan los ojos mientras observa el panorama desde lo alto de la Martín García: se convence de que ya no hay cómo salir al mar por agua argentina.

Detecta el canal artificial Emilio Mitre —ahora una hondonada barrosa— que permitía el ingreso al puerto de Buenos Aires y recuerda

unas líneas de Florencio Escardó: “El Plata no es un río para irse. […] es casi un río de tierra, los barcos que lo cruzan no lo navegan: lo transitan. Y más que navegantes, requiere rastreadores como en la Pampa”. Las cartas náuticas no fueron realidad en este lugar del planeta, nunca hubo trazas sólidas ni líneas de costa durables, solo bordes y desbordes entre la tierra y el agua. Fronteras móviles. Y las dragas, que habían servido para extraer el limo del fondo y profundizar los canales en lucha contra los continuos depósitos aluviales, eran las bestias de una carrera perdida. Se había escuchado, sobre todo de noche, el ruido maquínico de esos armatostes que no se detenían. Los operarios, apenas iluminados con una lucecita, levantaban el barro como enterradores en medio de una sinfonía de chirridos de fierros. Primero vinieron las dragas trepanadoras que cortaban el lecho en tajadas. Ese fango se volcaba rellenando islas interiores a través de un caño ensamblado, zigzagueante, apoyado sobre flotadores hasta alcanzarlas. La última inversión del Rey había sido una draga amarillenta comprada a Holanda, una aspiradora de fondo que succionaba el sedimento mientras se desplazaba y lo cargaba sobre su misma explanada. Nadie supo dónde descargaba, se suponía que el Rey estaba creando una isla secreta, alta como una montaña.

La ciudad hidráulica de Tigre gastó la plata de la exportación del agua a Europa en las famosas fiestas venecianas y en esas dragas que ahondaban el lecho del río para permitir el ingreso de los ventrales buques aguateros, los gigantes del agua. Las dragas habían sido los músculos del Rey; trabajaban noche y día para ganarle al sedimento que entraba por toneladas al Paraná, desde Paraguay, impulsado por el Bermejo. Abrían canales perfilando la costa, cortando isla. Penetraron el lecho, metieron la trompa para succionar el fondo y vomitarlo. Arrasaron árboles y derribaron ceibos.

Ahora están quietas, abandonadas al silencio del Delta, digeridas por naturalezas no domesticadas. Chatarra que se habría perdido de vista poblando la orbe oculta —debajo de la superficie del agua— ya atiborrada de barcos vencidos que nadie reclama.

La marcha subacuática de sedimentos hacia el mar, que había formado la primera sección de islas, nunca se había detenido, creando

la segunda y la tercera. Bautista mismo había visto el levantamiento de montículos surgentes desde el fondo, acunados en la sopa autóctona. Poco después aumentaban de tamaño hasta alcanzar el aire. Alguna vez había derrumbado una protoisla con la pala del remo y pidió perdón aunque sabía que se agregaría más barro blando. Lo que no había supuesto es que, una vez abandonadas las tareas, las barras de sedimentos embancarían tan rápido el Delta dejando al Mar Dulce sin agua. La obra subacuática, como lo había predicho Sarmiento, continuaría con el nacimiento del junco y sería tierra vegetal: "[...] Entonces, la tierra está hecha, cubierta con plantas que crecen sobre un terreno tibio: una creación embrionaria".

Bautista avizora, desde lo alto de la isla, una lancha de pescador con cabina. Es fácil notarla pintada de amarillo. Cree ver movimiento dentro de la embarcación. Aunque tiene que retroceder para ir a su alcance, tampoco sabe qué busca avanzando; si el agua, como un pez sofocado por falta de oxígeno, o solo la salida de este infierno a la vista. Le parece ineludible ir hacia el mar, dejar atrás el Delta, que ya no será tierra inestable surcada por arroyos y ríos. Ahora está seguro: es el avance de la isla.

Andrea amanece envuelta en la lona acartonada. Debajo está casi desnuda. Vestirse parece sencillo, todos usan algún tipo de vestuario. La revolución térmica de la costura fue cubrirse con ropa para recorrer grandes distancias, pero ella no trajo consigo ni hilo ni aguja, y nada de ropa cosida.

Mira el cigarro de nubes liado de ráfagas de viento helado; es el Pampero que se anuncia, suspendido, cortando el horizonte entre el cielo y el río. Tal vez hoy no se desenrolle. En el aire cálido, flotan babas del diablo junto a muchos insectos. Dobla la lona —que de ser un trasto pasó a ser un bien precioso— y la guarda al fondo de la media cabina.

Siente el pelo tieso y la piel áspera. A través de la greda que la cubre apenas se distingue el rojo apagado de su bikini. Pero no se siente tan desguarnecida o descotada, como una vez que le dijeron ordinaria. De pronto hay fuerza en su condición desnuda. Se despabila de un ensueño disciplinado por varones, figuras de su obediencia. La intimidad forzada con su padre cuando estaban en la isla y compartían la cama: ella detestaba toda esa humanidad adulta tan cerca. Y su exmarido, que no le resulta al recordarlo alguien conocido. La quinta en Maschwitz, donde vivieran juntos, no fue un lugar seguro para ella: el chalet oscuro, el mobiliario heredado y la vitrina con las armas de caza exhibidas. Todo un ambiente impregnado de una estirpe de hombres deportistas del tiro al pichón, miembros del Pigeon Club, donde llenaban fosas con las palomas muertas. Recuerda su partida de la quinta luego del aquelarre al que su marido y el jardinero las sometieron a ella y a su hermana aprovechando la visita de Juana; fue un fin de semana, luego de años sin verse. Para sorpresa de Andrea, ella aceptó una de las ocasionales invitaciones que le hiciera y, cerca de la noche, luego de una jornada de silencios, la hermana la sorprendió con una historia imprecisa. Usó palabras raras, groserías y

geometrías en un mismo relato, se agitaba al dar pasos largos, resoplaba y por momentos se alejaba tanto que ni siquiera podía oírla, se afantasmó delante de ella. Andrea repasa el momento en que quiso sujetarla pero le pareció que si la tocaba podía atravesarla como si fuera un holograma. Esa noche se encendieron los reflectores ocultos entre los árboles y sonaron estampidos simulando una caza en la que ellas dos eran las palomas elegidas. Fue tanta la confusión en que las sumieran el jardinero y su marido que aún hoy duda si ocurrió realmente. Sin embargo, piensa, dejó su casa y se fue a la isla. Y como las pesadillas no dejan rastros palmarios, las amenazas del que fuera su marido perdieron consistencia; también lo sucedido con Juana.

Habrían podido elegir una vida de hermanas, de mujeres entrelazadas en peleas y dulzuras. Esas cosas de mujeres, como mirarse las tetas una a la otra, más chicas o grandes o redondas; lo atractivo de las posibilidades generosas. También espiar los agujeros para conocerse y relatar los avances de los dedos. Darle juntas un beso al espejo estampando la boca. Pero, para Andrea, hoy Juana es más una idea impedida que un cuerpo humano.

Más adelante, los hombres pasaron por su vida como películas secretas: no las mostraría, pero no deja de verlas. Se volvieron figuras planas a las que es imposible rodear con los brazos.

Tanto en la isla como en Tigre continental, luego de la caída del Rey del Agua, se abandonó la exportación de agua dulce a los países donde comenzaba a escasear. Pero nadie calculó que, en lo que duró la interna política con el dragado suspendido, que mantenía las hidrovías para los buques aguateros, se comenzarían a formar esas barras que detendrían pesadamente el flujo del agua. Las grandes pantallas disparaban información cruzada, mientras iba quedando a la vista el barrizal activo. El municipio estaba desbordado de litigios por incumplimientos en la entrega del agua y amenazas con misiles que apuntaban al Delta desde un mundo necesitado de ese nuevo oro líquido.

La disputa dentro del mismo partido del gobernante se había perpetuado con gritos amplificados por el rebote en el agua atravesando ríos. Un par de políticos rivales se encerraron en el búnker: la exresidencia del gobernante, que había sido también el Centro del Control de Aguas. Subieron el puente levadizo, nadie entró ni salió durante semanas hasta que en la isla olvidaron los aullidos de esos monos políticos. No volvieron a activar las plantas de depuración del agua y, con la suspensión de las tareas de dragado, el Territorio Líquido pareció estático. La mayoría de los habitantes, que ya no daban pelea, emigraron a otros municipios promesa. Solo permanecen en la isla algunos escritores emboscados por esa realidad aumentada que magnifica el Delta.

La pobreza incivil llegó a Tigre antes del invierno. A la jurisdicción líquida que había encabezado la lista de los municipios más ricos. La ley de federalismo extremo, que había dividido el territorio en pequeños países autónomos que se daban la espalda, mostraba ahora grandes cambios en el triste ranking de contrastes. Los indicadores rotaron del norte al sur rápidamente. El futuro está en Nueva

Ensenada, dijeron, y hacia allí emigró la mayoría de los tigrenses.

Pero el hombre nunca entendió al agua: cree que la domina cuando la apresa en un vaso de agua. La civiliza con diques, la disciplina en canales y arroyos entubados; olvida que es una sustancia eléctrica, incompresible y viscosa. Y el Rey se había creído dueño, como si retuviese toda el agua del Delta en una copa sujeta por su mano.

Tigre ahora se retrae, parasitado por quien quiso chupar su néctar. Y los cementerios de agua, otro de los negocios abandonados del Rey, ya no aseguran la presurización de los féretros sujetos al carrusel debajo del agua y surgen fantasías siniestras de escapes de miembros más o menos frescos. El cementerio principal, la amarra dorada para los ricos y los gobernantes, no quedaba lejos de los Bajos del Temor, donde Andrea ha quedado varada.

Andrea quiere imaginar, usar mucho la fantasía. Ya no busca la verdad, porque la verdad es un sentimiento que la golpea. Puede dibujar lo que quiera sobre el lienzo de barro marrón en que se transformaron los ríos.

Al asomarse desde la lancha, con la luz del día, la impacta la pasmosa dimensión del extendido de limo y arcilla que parece llegar hasta el municipio capitalino. Sin embargo, parada ante la puerta de este nuevo paisaje, casi desnuda o bien vestida de greda, sonríe al aire libre porque no tiene obligaciones y ha logrado salir de la isla.

Ordena las tres o cuatro chucherías amontonadas en el fondo de la cabina donde pasó esa primera noche. Revista las cosas que lleva en la lancha, su casa náufraga. Aunque la bengala esté vencida, puede que funcione si alguna noche (ya empieza a presentir la sucesión de los días) quisiera informar su posición a un helicóptero que ignora si pasa por estas coordenadas. Unas botellas de agua la entusiasman. Cabos bichero elementos de pesca dentro de una caja-banco. Algún plato cubierto vaso y un salvavidas naranja que le da risa: sin el agua no ve su utilidad salvo como un asiento mullido. Elementos tales como unas chapitas plateadas para hacer señales en código morse, un alfabeto que Andrea no conoce. La embarcación de su padre lleva el nombre pintado en la popa: *La Corina*. *La Corina* se movió un poco mientras dormía pero no quedó tan escorada porque la ataja en parte la protoisla con juncos filosos.

La Naturaleza se ve tan desnuda como ella. Tiene ante sí ese barro burbujeante y sus pequeños habitantes. Cangrejos corredores y mojarras vivas en los charcos. Aún permanece dentro del barco, la prolongación de su padre que fue su historia. Aunque ha transcurrido la noche y el día que comienza, Tigre se vuelve antiguo para Andrea, como si nuevamente pasara de moda, luego de los años en que el impulso sarmientino se volviera para otros imposible de seguir: ni la

madera ni las frutas, ni la vida, habían sido allí para cualquiera. Tampoco para ella.

Atrás quedaron los perros, perros que ahora serán sus propios dueños. Aún ladran de orilla a orilla, pero pasan los días y alguno se anima a cruzar. Inician el trote en el lecho del río moviendo la cola, suben y bajan por las escaleras de los muelles con botines de barro. Se diluyen para ellos los territorios de los hombres, no les importa quién es el propietario, son una jauría en un mundo olfativo. Circulan uniendo la isla.

Andrea sabe que el monte blanco tomará su casa y las polillas negras depositarán allí sus huevos. Pero no quiere comerciar, negociar con la casa, porque sería llevarla a cuestas. Te dejo atrás, dice, señalando la boca del Delta. Una entrada franqueada por la fuerza antigua del agua, que sufrirá ahora la avanzada vegetal hasta cerrarse por completo. Deja atrás el testimonio de una época, a la que ella fue arrastrada pero nunca estuvo del todo presente.

En un momento sentirá frío. Una de las ventanillas de la cabina no cierra, y nunca tuvo puerta. Es apenas una cáscara, una media cabina que cubre un tramo corto de proa, insuficiente para acostarse o guarecerse del Pampero que ya se desata.

Ese viento chupa el río, lo vaciará aún más. Parece que será un Pampero sucio, seco, sin lluvia. El día es aún sofocante aunque el cambio de temperatura y de luz será muy rápido. Andrea lo sabe, desde la vez en que el viento sur los atrapó con su padre, y ella tuvo que esconderse debajo de la misma lona áspera. Después de ese viento fuerte y breve, el sol se verá magnífico, naranja.

Comienza a desenrollarse el cigarro de nubes. Este viento frío de la Antártida se suelta y reemplaza la atmósfera cargada de insectos. Barre las babas del diablo con su voz desafiante: ¡Al barro, dice, al barro!

Se apoya en unos de los flancos. Mira bien la sustancia que predomina: ese extendido marrón parece vivo. El vértigo de esa voz suelta en el viento la empuja en el estruendo del Pampero.

Levanta una pierna por sobre la baranda del barco. Y ante ese barro, que es la primera acción del mundo, presiente que en el minuto siguiente ocurrirá la primera acción de su vida. Un primer paso en los

sedimentos y su pie quedará cubierto. Y ya no va a detenerse.

Bautista se protege del Pampero detrás de la alta chimenea de ladrillo del que había sido el crematorio para los indios. El viento sur dura unos veinte minutos; más tiempo del que habrá llevado reducir a cenizas a una tanda de mapuches que habían sido traídos de la Patagonia y quedaron diezmados por la viruela. Quemados por el control de epidemias. A los sanos los asignaban, desde ese sitio macabro de cautiverio, a las estancias como mano de obra esclava; desmembradas las familias, la Sociedad de Beneficencia entregaba a las mujeres como servidumbre. La isla Martín García era el cerrojo echado a la entrada de los ríos. ¡Ay de los que queden dentro, si alguno logra atarse la llave al cinto! Bautista citaba a Sarmiento. El cerrojo parecía echado y la llave tragada por la ciudad oculta. Tal vez ahora el fondo blando escupiría alguna muestra del exterminio.

El cigarro de viento, desplegado en nubes bajas, se disipa. El cielo ha crecido hasta el fondo de la vista. Nota movimiento en la lancha amarilla: una figura reducida, más nítida luego de que el Pampero limpiara la atmósfera. Saca una chapita redonda de su mochila, enfoca el sol naranja hasta que se refleja en la superficie metálica y emite señales intermitentes.

Bautista se arrimó por primera vez al agua en Playa Chica, en Mar del Plata.

Tenía doce años y se preguntaba por qué el Atlántico se veía marrón y revuelto casi siempre. Su abuelo español había pintado mares azules y quietos, tal vez los había inventado.

Un día un viejo llegó hasta él desplazándose sobre la arena, de costado, como si fuera un cangrejo, sin dejar de mirar el océano, y le contó de un colegio donde "te enseñan a navegar". La familia lo preparó para que fuera a Ensenada, pero Bautista no entendió que a los trece años iba a quedar internado con los militares. En el Liceo Naval Argentino había mucha práctica. Durante el primer viaje a Colonia en un barco a motor llamado *Capitán Brizuela*, se mareó. Además, le costaba mucho tratar a los porteños; él era muy pueblerino y no entendía la importancia de la marca de zapatillas. En la iniciación que le hicieron al llegar, le hablaron de un trastornado que vivía en el fondo de la isla Santiago, donde estaba emplazado el Liceo. No existía ningún puente, era imposible llegar o salir de allí caminando. La escuela había sido una base naval en el pasado y había contado con un gigantesco lavadero ubicado en un sector de matorrales que daba al Río de la Plata.

Esa primera noche, a las tres de la mañana apareció un infante rengo, muy alto, un gigante que cargaba un máuser. Algunos chicos casi se tiran de la ventana de una altura de seis metros. Medio cuerpo del gigante era el de un hombre que iba a horcajadas del otro. Años después, leyendo *El agua electrizada,* reconoció al gigante en la foto de solapa. A pesar de que ese tal Feiling era medio loco, fue él quien le explicó cómo funcionaban los apellidos en el Liceo: los franceses podían vivir sin que los molestaran, los ingleses zafaban de los castigos, los italianos y los españoles —salvo los de la elite de la capital— eran lo más bajo, y Bautista tenía sangre indígena.

Mucho tiempo después, viviendo ya en la isla en el Delta de Tigre, mientras se desplazaba en su canobote, descubrió un barco quemado y enseguida se dio cuenta de que era el *Capitán Brizuela*, el barco en que se había mareado, como a una novia que uno encuentra años después y dice: yo estuve con ella.

Fue su primera navegación, su bautismo en el río. Recordó que el ruido que hacía el motor le aumentó el mareo y salió a cubierta. Como un raro chiringo, el barco tenía allí la cocina. El agua pasaba de banda a banda, y los cocineros, con botas de goma, gritaban eufóricos mientras sujetaban las ollas. Bautista sentía una serpiente que quería salir de su estómago. Al ver a ese chico, muy joven, le ofrecieron medio chorizo colorado entre dos pedazos de pan. Bautista sintió que el condimento calmaba a la serpiente. En el viaje siguiente, a vela en vez de a motor, sintió el ruido del agua y los cimbreos de la madera, y miró hacia arriba, hacia el palo mayor sobre el fondo de estrellas.

Terminó el Liceo Naval justo cuando la cosa se puso fea. Pasó a la Marina Mercante empleado por unos terribles piratas que llevaban trigo desde Necochea hasta el norte de Perú y de vuelta traían mineral de hierro. Entró muchas veces desde el mar por el puerto de Ensenada o esperó allí mismo fondeado en la rada. Bautista no había sido un contrincante del río o del mar. Atravesó durante años, ida y vuelta, la frontera invisible de agua dulce a salada en buques mercantes. Siempre el cambio era brutal; al pasar del mar al río, o viceversa, cambiaba hasta el olor del agua.

Ahora, después de que el Pampero ha dejado de soplar, insiste espejando el sol en la superficie de la chapita para señales náuticas, enfocándola en la lancha amarilla.

El sol, el astro refulgente, después de la tormenta comienza a encandilarla, no es posible para ella contemplarlo con serenidad. Andrea elude como puede al tremendo sol naranja que reluce después del Pampero y se extiende obsequioso disfrazando de cobre la superficie. No le parece normal mirar bucólica a un monstruo radiante que engulle órbitas. Si lo sabrá ella que resultó encandilada, para dar lugar a las imágenes accidentales, acuosas, que luego desviaron su vida. Fue durante ese fulgor pasado, en la quinta, donde todo comenzó con la luz que impactó en su retina y vio, o creyó ver, el gesto del marido amenazándola con cortarle el cuello. A través del nervio, un tendido desde sus ojos hasta el cerebro, viajó esa imagen distorsionada como por un cable submarino y se produjo un pacto confuso, suficientemente oblicuo para que no lo denunciara.

Sigue sentada a caballo en un flanco, una pierna cuelga del barco. ¡Hay que embarrarse, Andrea!, repite con una voz tonta, como si imitara una orden escuchada: ¡Al barro, Andrea, al barro!

Los respingos brillantes sobre metales y plásticos camuflan la basura desperdigada.

No mira la fuente radiante, de modo que no advierte las señales en código morse que hace Bautista con el reflejo de la chapita. Pero de pronto distingue un pequeño cuadrado de luz que se mueve titilante en el limo jugoso. Luego asciende por el barco, y casi no brilla opacado sobre la greda seca que Andrea lleva puesta en el cuerpo. Con mucha cautela, haciendo visera, mira hacia lo alto de la isla Martín García.

Busca rápido las chapitas entre sus pertenencias de a bordo. Mueve una de cualquier manera. No conoce ese lenguaje de señas, no entiende qué le transmite el emisor desde la isla, y menos sabe qué le está contestando ella.

Bautista baja por senderos entre la vegetación resbalando en la piedra. Alcanza su kayak en la playa de arena clara de la Timoteo, donde lo había dejado, resuelto a volver sobre sus pasos. Tira de su nave sujeta con un cabo, que patina sobre el limo, pesa más de treinta kilos, incómoda para cargar. Pero las señales han activado al marino, el asunto del rescate y el bla bla bla del Liceo, que le pesa más que su kayak. En la Marina se tragó un libro entero, que no será como la Biblia pero también lo domina. Las palabras escritas son inocentes, piensa, pero al leerlas te asaltan la cabeza. Si alguno creyó que la lectura es inocua, que mida el peso de uno o dos libros que retumban hace siglos en la Tierra.

Bautista se dirige hacia la lancha amarilla, voluntarioso, pleno de directivas.

Va dejando una huella, hay otras parecidas. Naves pequeñas o bultos, cosas de arrastre que dejaron marca en el lecho blando. Además de las grandes naves varadas aquí y allá, quietas como casas, y las derruidas, oxidadas medio hundidas, también se distinguen pisadas en la superficie amorfa del barro.

Camina en sentido contrario a lo que parece haber sido un peregrinaje. Ya han pasado meses desde la emigración en la chatas hacia el sur, cuando todavía corría un flujo laminar suficiente. Las caminatas, los rastros de canoas o kayaks parecen más recientes. Él y quién esté en la embarcación amarilla podrían ser de los últimos habitantes en dejar el Delta. Ya no hay motores feroces piloteados por gente embroncada ni cruceros con radios prendidas. No hay agua.

Bautista se detiene y duda en abrigarse a pesar de que siente el frío del aire helado que trajo el Pampero. Está curtido y no debería sentirlo en ese día de verano incipiente. Tampoco usaría guantes para proteger sus manos de los remos, ni del cabo áspero con que lleva su nave de

tiro. Se afirma, a cada paso, en las lecturas que multiplican su experiencia marina, en su adiestramiento y en las épicas leídas, que deberían ser suficientes para no temblar como tiembla con ese frío antártico que transfirió el viento hasta el río tibio. Pero el nene que cambió la playa libre por la escuela naval de los milicos para aprender a navegar está ahí, y nadie lo vigila. Después de tantos años con compañeros, literas compartidas, de todo un aparato creado para ejercer la fuerza, le sigue resultando extraño que hoy un viento frío —una duda, la duda de aguantar o abrigarse— se lleve puesto al alumno y comience a sentirse renacido en esta región maleable.

Las rayas o chuchos con su aguijones ponzoñosos se ven moribundas. Algunas pesarán más de cincuenta kilos, otras ya están medio desechas. Son redondas, babosas, y Bautista evita pisarlas aunque están mimetizadas con el fondo.

La lancha apoyada en el manojo de juncos fue una limosna del Delta para Andrea, porque quedó más o menos derecha. Se sujeta de esos tallos flexibles temiendo cortarse las manos y finalmente salta del barco. Abandona la lancha-padre. No tiene cosas que la cubran, como anteojos de sol o ropa, solo la greda puesta y la bikini, ni siquiera lleva un calzado que evite que sus pies engullan el limo entre los dedos.

Se hunde en la viscosidad y levanta sustancia con el paso siguiente. Cada vez más consciente de su impudor, en el frío limpio de este mundo dado vuelta.

Camina bordeando el resto de un talud artificial creado por las dragas al acumular el fango al borde del trazado de los canales. Solo en ese año sin draga, se habían depositado toneladas de sedimento. Dejado a la Naturaleza, el Delta creció silencioso, las barras se transformaron en islas y el limo avanzó persistente sobre el Río de la Plata. Andrea calcula que camina sobre un canal importante, donde hasta hace poco los buques entraban a Tigre para cargar agua filtrada en sus bodegas. Allí corría el río con gran potencia, por eso el fondo barrido no está tan apestado de peces muertos. Bagres, bogas y cucharones, madrecitas, chuchos y palometas: esos conoce ella, sus nombres, los que les dio la gente pero que ya no tienen importancia. El extendido marrón es una visión que comienza a exaltarla, es colosal, excesivo en belleza y abundante en muerte. Andrea suelta un grito glorioso, grita incivil y sonriente. Siente calor dentro y hace alarde de su fuerza cuando comienza a correr a pesar de la resistencia del barro. Es un alma viviente en las corrientes de aire. Cae. Aprieta el barro con sus manos soplando por las narices. La cáscara incipiente en la rodilla —de cuando tropezó con las raíces en el camino de sirga— se desprende y suma sus desechos a esa masa viva.

En el Río de la Plata, los buques, más que navegar, se deslizaban

sobre una tenue capa de limo engañando a la sonda y dando la ilusión de mayor profundidad de agua. Pero luego, al tocar el fango más duro, consolidado, varaban. A la pérdida del calado, los navegantes la llamaban "revancha". Por eso no es la primera vez que se ven tripulantes de buques caminando por el lecho del río, como Bautista, piloto de ultramar, que se aproxima a pie, arrastrando su kayak, hacia la lancha amarilla.

Ya está muy cerca y contesta a los gritos de Andrea, que interpreta como de auxilio, pero cuando está por alcanzarla ella lo ve y se ríe. Ahora sí ha salido del capullo y, como el bicho quemador, comienza a sentirse fuerte de mandíbulas. La isla ha sido su casa de invierno, no su destino que es algo central y tiene alas. Arrodillada en el barro percibe su cuerpo cruzado de nervaduras.

Bautista corre a levantarla, pero la encuentra suavizando la arcilla con las manos como una alfarera.

—Hice señales de salvataje.

—¿Y yo qué contestaba?

—"Me hundo" o "incendio", no eran muy claras las señas.

Andrea se levanta con más risas y lo saluda con un beso en la cara limpia. Bautista responde tieso. Le pregunta si está sana y le alarga la campera que no se ha puesto. A pesar de que ella se siente vestida con la greda y no mugrienta o pornográfica, Andrea nota que él aparta la vista. Finalmente, embadurnarse con el barro milagroso ha aliviado dolores de huesos, una crema vigorosa para todo mal. Ella dispone de esa abundancia y se lo dice con suficiencia mientras expone su cuerpo nervoso levantando los brazos. Pero luego, al ver que lo intimida, acepta cubrirse mientras intercambian los nombres simples y el tiempo de salida del Delta. El Pampero reciente les merece un comentario.

Andrea está resuelta a avanzar en este nuevo panorama que hay que digerir. No podrán hacerlo todos.

Bautista comienza a cambiar las preocupaciones de siempre por las inmediatas: ya no le importa la casa prestada que cuidaba. Gira su nave liviana, dejando un semicírculo estampado en el barro, y se pone a la par de Andrea. Le dan la espalda al Delta. Tuercen un poco enfilando hacia la costa argentina, alejándose de la uruguaya. El paisaje se impone recargado de historia y también de novedad.

Él le advierte, áspero, que la falta de agua produce, a algunos isleños, el síndrome de la sequía: les baja las defensas y el equilibrio psíquico tiembla.

Se encaminan hacia el sur por el extenso lecho del río que fuera la arteria principal de la cuenca, taponada ahora por muchos sedimentos, como un infarto que chamusca la cabeza e impone cambios en la vida completa.

Dejan atrás la riqueza botánica de la isla. Mientras avanzan, pisan el comercio y el turismo, pisan la pesca contaminada. Abandonan la artificial y costosa lucha por contener el limo. Pisan al Rey del Agua y la Argirópolis de Sarmiento con su destino cósmico. Pisan las cumbres de negociación frustradas por la gran hidrovía: la espina dorsal de la cuenca, la autopista fluvial que ya no existe. El río-mar, río de América, la proyección ecuménica. La antigua mar tenebrosa de Colón. Ni Bautista ni Andrea llevan oro o plata. Y cuando dejan atrás la Martín García, Andrea sujeta también el cabo del kayak y tiran juntos. Bautista le dice, mirando hacia las espaldas por última vez:

—Nos queda esta tumba marina.

Mientras avanzan con dificultad, evitando accidentes, experimentando el suelo blando, Bautista le documenta que, desde Solís hasta hoy, el Río de la Plata y la isla Martín García fueron materia de ensueño:

—Pensá que cuando pasó Solís no existía la primera sección de islas, luego al llegar Sarmiento ya estaba completa, y ahora ya hay segunda y tercera.

Dibuja un mapa en el fango sosteniendo una rama que tiñe su mano con verdín:

—Mirá la ubicación de los puertos. Fue una convención nacional, una mentira larga que se sostuvo con una maraña de gastos y acuerdos. Una maraña política. Siempre se supo que el Río de la Plata estaba destinado a desaparecer por el avance de las islas. Y que el río Uruguay, con el Paraná a cuestas, terminaría directamente en el océano.

Andrea visualiza el Paraná como una bestia ondulante y a su padre montado en sus espaldas.

Ya lejos del Delta de Tigre, al pasar cerca de la costa de la elegante San Isidro, el puerto de Olivos y la costa de Vicente López, observan que algunos aguantan en silencio para no clausurar su emprendimiento. No era ningún secreto que el canal costero se estaba embancando y cada año era más difícil mantenerlo, pero mientras en Tigre se exportaba el agua, sabían que el dragado se mantendría. Se habían conformado con noticias ambiguas. Los clubes más viejos estaban clausurados de manera definitiva, ya no podían salir los veleros desde las amarras.

Las mujeres y los hombres que caminan en la orilla o se agitan haciendo ejercicio disimulan lo evidente: el barro desnudo de agua mezclado con la basura es un espejo del desastre en el que nadie quiere mirarse.

Se sabía que el dueño de La Nelly mandaba tirar al río la basura nocturna. Los “esconde basura” cenaron allí durante décadas, elegantes en el mundo de afuera, con guantes para lo inmundo, pero escupían en la ciudad de abajo para que su saliva no se viera. Tampoco cuestionaron que los gobernantes haraganes discutieran los tramos de costa mientras el Luján apenas goteaba sobre San Fernando como si le hubieran puesto una ligadura. Nadie quiso confirmar lo evidente, porque todos escondían algo en la ciudad oculta.

—El canal costero era artificial, lo dragaban con marea baja. En la escalera del náutico San Isidro —comenta Bautista mientras dejan atrás la zona norte— están las viejas marcas del agua. Ese canal hace rato que es una ficción. Y a San Isidro ya le crecieron dos islas.

Después de un par de jornadas caminando juntos debajo de las nubes, en el barro sustancial, impulsados más por lo que dejan atrás que por el futuro, alcanzan la ciudad porteña.

A lo lejos, los veleros preciosos, perfectos, amarrados en Puerto Madero, se han ido inclinando, escorados para el mismo lado; otros quedaron con los mástiles cruzados. Bautista se pone nostálgico cuando ve el zafarrancho de aligeramiento en que los dueños sacaron radios, herramientas, cabos, y hasta sillas y mesas, todo desparramado entre las naves y sobre la dársena. Los veleros se apoyan unos contra otros como si fueran un grupo de mascotas abandonadas, caprichos con los que jugaban, y no embarcaciones diseñadas durante siglos de interpretación de los vientos. Bautista implora por ellos: que se conserven enteros o que los trasporten a sitios en que floten vivos y vuelvan a sentir el aire recorriendo la curvatura de sus velas.

La falta de suministro en la ciudad capitalina ha provocado corridas, asaltos de camiones que circulan anunciando el precio del día cargados con soda y agua en bidones. El resto de la gente aguanta en fila delante de los reservorios en los piletones de Aguas Argentinas.

En Puerto Madero hay algunos jóvenes dormitando en la costa de cemento. A estas horas deben echarse hasta despejarse de las drogas, piensa Andrea que lleva un tiempo dudando si ella misma no alucina este nuevo escenario como una distorsión de sus sentidos. Se escucha una música distante. El olor a putrefacto impacta en sus narices, pero no se abandonan tan rápido las costumbres. Calculan que debe ser el after de una fiesta, matizado con las corridas de los cangrejos azules carroñeros sobre el lecho del río. Cangrejos bruscos y oportunistas que trasportan algún desecho entre sus pinzas. Algunos de los chicos les tiran piedras.

Van hasta Juana Manso, una de las avenidas que cuida Prefectura.

El café de una cadena internacional está cerrado. Dan una última mirada al lecho del río justo delante de la cafetería, que les muestra entre la basura —que para su sorpresa no es tan dantesca en esa orilla — valvas y restos de moluscos. Bautista le recuerda que alguna vez este río fue mar.

—Pasaron siete mil años del descongelamiento y del aumento del mar, que entró formando el estuario y los cursos de agua. Después el mar se retiró mientras ingresaban cientos de toneladas de cosas sólidas formando islas. De eso hace dos mil años. El nivel del mar se estabilizó, empujado y contenido por el ingreso continuo de arena y limo, millones de toneladas al año. Así el Río de la Plata resultó este frente asqueroso apenas sumergido.

—Y ahora el río se levanta la pollera y se le ve lo de abajo, agrega Andrea, que no sabe si quiere tantas explicaciones o prefiere entrar sola a esta escena que la da vuelta como si anduviera por el borde de un sueño, vestida de greda, con alguna molestia como las pantorrillas acalambradas que baten los pies pesados de materia. La noche anterior, mientras Bautista dormía sobre un plástico, la había pasado mirando el cielo cubierto y una luna baja que alumbraba el aire cargado de olores fuertes. Le había costado retener mentalmente el agua, que parecía colocarse una y otra vez en su posición natural, cubriendo el río, para luego volver a la realidad del río vacío. El agua se le viene encima todo el tiempo aunque ya no circule por el Delta empobrecido ni por el Río de la Plata.

Señalan un relumbre dorado, lo que parece la parte de un auto. Y luego el cartel pegado en la puerta vidriada de la cafetería: “Cerrado por falta de agua”.

—Puede que el mar, con el calentamiento, crezca de a poco y vuelva a entrar agua salada como hace siglos. Acá pasó otra cosa. Como decía mi abuelo cuando volvía sin pesca por causa de una bajante: “La Tierra se emancipó del agua y respira el aire vital”.

A pocos pasos, se ve el museo Fortabat, un hermoso edificio con una media cúpula de vidrio para admirar la marina. Un cartel anuncia una exposición de fotografías antiguas de la ciudad. La foto muestra parejas de hombres bailando tango y batiendo el limo con los

pantalones arremangados, camisas blancas, chalecos; algunos usan sombrero.

Bautista y Andrea se acompañan silenciosos en la playa de arcilla castaña. Están al final del puerto. Se ve desierto, aunque aún oyen el retumbo de notas graves que corren bajas por el suelo blando hasta producir pequeñas vibraciones en los pies. Bautista nunca estuvo en una de esas fiestas largas donde los sonidos tiemblan, pero sí conoce todas las palabras de cada pedazo del paisaje. Puede describirlo y clasificarlo. Sin embargo, con todas sus lecturas y experiencia marinera, no le es fácil entender lo que ha ocurrido en este hecho significativo, en ese lodazal inmenso matizado con los colores de la basura, al que las cucarachas de río y las tortugas dan movimiento. Reconoce que a veces la cosa vence al tiempo y eso lo complica: el avance de las islas no fue solo un vaticinio, sino una realidad presente en cada tiempo. La lucha subacuática del hombre contra natura.

Andrea se suelta el pelo que traía sujeto, y al abrirlo en hebras el limo se descascara.

Bautista le llama la atención extendiendo un brazo con la palma abierta; está pálido porque el espectáculo le ha asaltado la mente. Cada uno lo absorbe como puede, ninguno ha nacido en la isla, en la intimidad del Delta, pero el agua de río, ramificada en arroyos finos como venas o caudalosos como arterias, se les ha entrelazado en la circulación de sus vidas.

La falta de agua que deja los perfiles de costa a la vista y ya alejados de la zona estaqueada del puerto les reserva una sorpresa. A medio metro debajo del nivel costero, ven los huesos de lo que podría ser un perro. La calavera cerrada por los colmillos fieros, entrecruzados, prensada entre capas de sedimentos. Alguno enterró a su compañero sin calcular que quedaría expuesto. La respiración se les hace más profunda. Se alejan del borde: esa franja blanca continúa después del perro, parece también ser un osario de personas muertas.

Retoman la caminata, siempre tirando del kayak. Andrea piensa en las mentiras y los cuerpos. Al aceptar este paisaje dado vuelta, algo se ha liberado en ellos. Bautista se queda un poco rezagado, y Andrea repasa que ella es alta y sus pies crecieron grandes, proporcionales, como a un árbol alto las raíces. Admite, sin embargo, que siempre se imaginó como una pequeña asiática para prolongar la fantasía de ser "más femenina", más parecida a su hermana. Y ahora mismo no abandona la idea de que sea posible ser esa que imagina. Se lo cuenta a Bautista, que se detiene y acomoda sus zapatillas náuticas, que apenas muestran el azul originario. Andrea se da vuelta de repente y le pregunta cuál es su mentira, esperando compartir algo de este trastrocamiento de la realidad juntos.

—Me gustan las fantasías grandes. Los visionarios como Sarmiento, el apóstol del porvenir. La esperanza ilógica que tenía este tipo.

Pero Andrea espera una revelación más íntima.

—Vos te creés que sos una pequeña asiática —dice con ironía—. Está bien. Entonces yo soy muchos hombres, multiplicado por mis lecturas. —Pero enseguida recalcula citando—: "La Naturaleza espera a la sombra de las mentiras".

Marchan despacio, Andrea, alta y nervuda, y Bautista, solo, sin su biblioteca. Llevan las piernas pesadas, como si esas breves confesiones les hubieran agregado una mochila.

Llega la noche, más tibia, más calma. En alguna orilla lejana hay otra fiesta. A la luz de enormes reflectores se ven los contornos de los que saltan al barro. Andrea se imagina que se desnudan y se untan drogados.

Vuelven los mosquitos. Bautista despliega el plástico en el suelo húmedo, y ella se acuesta dentro del kayak, de cara al cielo.

Al menos el cielo parece inmutable. Andrea focaliza una o dos estrellas radiantes pero sabe que podrían estar muertas hace siglos. ¿Qué se hace sin ninguna fantasía?, se pregunta, ¿se seca uno como la greda, se deshidrata como este lecho marino? No se olvida de la burla de Bautista acerca de su apariencia, pero siente que la ficción humecta su vida e imagina que si alguna vez abandonara la fantasía y en la última confesión renunciara a ella, esa sería la peor muerte: una muerte seca. Y no quiere que Bautista le siga diciendo con superioridad que "ya se sabía". Al menos ella, con toda su fantasía, nunca se imaginó caminando kilómetros sobre el fondo verdinegro del río.

Baja la vista y lo ve alejarse para hacer pis. Parado con las piernas un poco abiertas, el limo sediento engulle el líquido amarillo.

Mientras orina, a Bautista le vuelve la idea del orificio que se traga el agua como el desagote de una bañadera. De espaldas le cuenta a Andrea —no puede evitar el grado enorme de su memoria— que los soviéticos querían llegar hasta el centro de la Tierra. Por el momento nadie había llegado hasta allí. Después de todo, era hacer un agujero de más o menos quince kilómetros. Eligieron Kola, un lugar cerca de Noruega, y comenzó la perforación, activa día y noche. Perforar la tierra es fácil, habían dicho los soviéticos. Pero a mitad de camino la cosa se complicó. Pasaron años. Tomaron muestras de roca pero al sacarlas a la superficie se deformaron, como les ocurre a los peces de grandes profundidades que cuando los sacan explotan. Trece años después llegaron a los doce mil metros, la temperatura en el pozo aumentaba rápidamente, y la mayor sorpresa fue encontrar agua atrapada entre capas de materias extrañas. Más adelante, una red cristiana informó de una perforación que llegó al mismísimo infierno: se bajaron micrófonos por el agujero hasta una cavidad en llamas donde se escuchaban voces humanas chillando.

Bautista dispara su orina, que se filtra en alguna grieta para sofocar las voces sepultadas en la ciudad oculta, y así remata su historia. Cada lectura que recuerda parece un viaje del que él hubiera participado. Habla como si hubiera estado allí, en Noruega. Ante el silencio de Andrea, le pregunta si está despierta. Pero Andrea disimula, está

incómoda porque siente que la greda seca comienza a prensarla. Ha sido su vestido, la protegió como una segunda piel, pero recostada a cielo abierto la temperatura enfrió su cuerpo y la greda comenzó a encogerse. Y el agua que tienen —la que rescataron de la lancha y ahora está repartida en los tambuchos del kayak— es para beber. Comienza a sentir la necesidad de lavarse. Pero calcula que va a cubrirse de barro a la mañana siguiente y sería una tarea sucia. Además, la piel expuesta la haría sentirse más vulnerable, por algo las polillas negras cargan ese polvillo oscuro que cubre sus alas frágiles.

El amanecer radiante pone a Andrea de cara al fondo plástico del kayak, a la vez que las rayas, los chuchos pintados, ondulan sus aletas para echarse barro encima, y los cangrejos escarban sus escondrijos. Finalmente se sienta y vuelve a enfrentarse con el sol y, ya parada, con esa materia que se le pega encima agregando capas, como si quisiera adquirir forma. La arcilla no tiene molde previo, pero ella sí tiene uno de huesos grandes.

Cada paso presiona el lecho, desaloja el agua y deja un hueco: el barro toma la horma de los pies. Andrea se siente un cacharro de cerámica.

Bautista la anima apuntando al horizonte: Nueva Ensenada. Le cuenta que es una entrada del agua del mar y también un corral que la guarda. Dicen que la mayoría de los tigrenses están ahí, en la antigua zona portuaria.

—Juana —dice Andrea—, Juana podría estar ahí.

Desde que se supo que un buque aguatero de cuatrocientos metros de eslora quedó apoyado como una escultura exótica surgiendo del barro, los barcos que vienen desde el mar quedan retenidos en Nueva Ensenada. Ya nadie quiere arriesgar su carga. Más de cien barcos esperan fondeados en la rada, en el puerto exterior. Esa rada es aún profunda, pero no se puede ingresar al Río de la Plata. Una gran cantidad de información, de fotos de migrantes ennegrecidos encaminándose en el lodazal inmenso luego de que las barras y las protoislas frenaran el agua, previno a los capitanes de los cargueros y también a la Fuerza Naval Argentina que controla Nueva Ensenada.

El sur, antes la parte desencantada del río, toma ahora potencia y ya comienza a llenar las arcas del municipio: se cobra por mantener el orden, sin accidentes, de los enormes buques en espera.

Hace más de cien años, la Ensenada de Barragán, un fondeadero inmejorable y seguro para el comercio de ultramar, había tenido cuatro puertos. Sus muelles estuvieron abarrotados de mercaderías. Crecieron los astilleros y se fabricaron buques argentinos. Pero la política les complicó la llegada de mercadería suspendiendo los trenes de carga para favorecer a la capital, que tenía el viejo puerto, insuficiente y de poco calado. Antes de que se cumpliera la amenaza de que los transatlánticos se mudaran a Montevideo, se construyó rápido en la ciudad capitalina el Puerto Nuevo. La carencia de una red ferroviaria aislaba el puerto sur, y el gigante porteño acaparó la mercancía. El último buque que botaron desde el astillero Río Santiago fue un granelero que se llamó *Mal Hoja*.

Bautista y Andrea se encaminan hacia el agua-poder de las civilizaciones hidráulicas; parece ser el turno de Nueva Ensenada. Acomodan las pertenencias que llevan dentro del kayak como si fuera

un preparativo para botar —sin ceremonias— su nave nuevamente al agua; el agua retenida que esperan encontrar en el estuario, al borde del mar. Pero por ahora avanzan sobre el lodazal, como haría cualquier rebaño, humano o animal, que atraviesa el desierto por un sorbo vital.

Andrea se imagina —y esa es su confirmación, su voto por la ficción y por qué no por la mentira— que, al llegar a la ciudad industriosa de Nueva Ensenada vestida de greda, la recibirán con un chorro fuerte de agua limpia de una enorme manguera, como a todos los inmigrantes de Tigre. Imagina que Juana ya pasó por el surtidor de bienvenida. La piensa limpia y blanca, y ella, en cambio, se ve oscura como la polilla. Siente otra vez las nervaduras activas como las alas de la mariposa negra a punto de desplegarse. Una polilla oscura que desprende del polvo marrón en su vuelo atolondrado. Hasta ahí llega su fantasía. Le avisa a Bautista que quiere descansar y se sienta en el salvavidas que trajeron del trucker amarillo: un puf naranja sobre la viscosidad fluida.

Miran juntos el sol caído, casi aplastado sobre el horizonte chato. Bautista le muestra la luna en oposición exacta: es la luna llena iluminada por el sol. Giran las cabezas repetidamente para ver el fenómeno antes de que los astros se oculten rápido.

Si tuviera los ojos en el lugar de las orejas para ver en simultáneo, piensa Andrea, sería como en un sueño de su infancia: las dos hermanas juntas en la misma casa. Pero en la habitación el espejo estaba roto y fracturaba la imagen por el medio. Intenta con las palabras, pero tampoco puede nombrar los dos astros a la vez, y es una deficiencia que la desespera. Le pide a Bautista que lo hagan juntos; prueban un par de veces con voces entusiastas, se ríen, pero declinan porque Andrea ya no se divierte: no logra visualizar a Juana y a ella juntas antes de que el fenómeno termine.

A la altura de Punta Lara se escucha mucho ruido, la procedencia es esquiva pero la raíz son los gritos. Bautista le cuenta que en Punta Lara está el Palacio Piria, sede de los independentistas. El puente internacional hasta Colonia, en Uruguay, saldrá desde ese balneario —

ya podría tenderse uno juntando la gran cantidad de carpetas con los proyectos de obra—, y para el gobierno de Nueva Ensenada, en vista del progreso de su puerto, la construcción del puente sumaría una enorme riqueza. Todos quieren alejarse del río seco, alcanzar las ráfagas marítimas y clavar las garras en la costa uruguaya. Pero los independistas quieren controlar el puente sin la participación del municipio del que son parte; prefieren ser marginales pero ricos. Están limpiando el camino negro, el acceso propio que da la bienvenida a la reserva natural porque esa calzada hasta ahora parecía bombardeada: autos quemados, agujeros en el asfalto y un basural a cielo abierto.

Cuando Bautista y Andrea sobrepasan la lengua de selva marginal de Punta Lara, vuelve el silencio junto con otro atardecer nuboso, apenas reflejado en los últimos líquidos.

Solo queda el sonido de succión viscosa que hacen los pies.

Un poco más adelante se acercan curiosos a un movimiento aguanoso de bestias grandes.

—Son bípedos —dice Andrea que quiere acercarse a mirar—. Están cojiendo medio enterrados.

Un cuerpo se eleva por un momento y otro lo cubre por la espalda, mientras un tercero hace movimientos elásticos completamente recubierto, chorreante de barro. Cuanto más humanos, más artísticos parecen: pasan de una pose a la otra como bailarines. No se distingue el género; se ven revueltos, incluso tiernos. Se revuelcan untuosos, unidos por la materia que resulta tan bien combinada con el sexo. Corren los abrazos cremosos sin nada que los detenga.

Un ojo celeste destella, los invita.

Andrea se saca con parsimonia la campera que Bautista le cedió cuando sonó el frío del Pampero, y logra despegar la bikini. No sabe si se mezcla con hombres o mujeres.

Por un momento, Bautista admite que se mantuvo bastante a salvo de ensuciarse y observa quieto. Se siente en medio de un examen, ve mentalmente el personaje que encarna en ese momento: al adolescente del Liceo Naval, tieso ante una de las inspecciones de pulcritud a las que los sometían. Por muchas lecturas —reglamentos, pero también

libros poéticos— que le acerque su cabeza, Bautista está sudando y se calienta viendo el masaje asombroso de los cuerpos. Y al admirar las tetas limpias rosadas de Andrea, que se van recubriendo con las caricias, con manos que las pintan, cuando ella misma se unta su pelusa rubia y reluce la última piel rosada, Bautista se apura a sacarse la ropa que deja doblada sobre su nave, como en un trineo sobre la nieve, y se suma como puede, un poco rígidos los miembros, a esas personas enlodadas. Si son cuatro o más de cinco, Bautista no lo sabe, pero hacen del sexo un flujo continuo que relaja las articulaciones. Se meten mano cordiales pero sin escatimar energía, para qué otra cosa la guardarían.

Andrea podría quedarse entre los muslos o sostenida entre cuerpos incansables, acrobáticos. La lengua succionada por los labios. Puede sentir cómo palpitan órganos y extremidades. Resbalan con risas excitadas solo para volver a sumarse.

Enseguida Bautista tira de Andrea, la separa como si separara gemelos nacidos del mismo organismo: advierte la tristeza en el ojo celeste que sonreía por estar juntos. Se apoya sobre Andrea y siente cómo la presión desplaza burbujas; se abre un espacio que parece un sepulcro, pero hoy en este aire acariciante, se olvida de la vida marina muerta. Desliza la pija erguida, Andrea lo abraza. Se besan a salvo del gusto del barro por un momento hasta que las lenguas introducen materia, los pies resbalan, escurren limo entre los dedos; están flexibles e inmundos pero se sienten benignos. Ni un pliegue en la piel es capaz de detener las caricias, nunca fue tan delicioso adaptar la mano a la forma caliente del falo y no habrá lavatorios que borren la gloria.

Los demás se han parado y se alejan, no sin antes un guiño del ojo celeste para estos humanos en el barro del que está hecho el mundo.

Se conversa distinto después del sexo y Andrea aún se relame porque Bautista parece un muñeco de chocolate. Los latidos vuelven al ritmo de la caminata. La mirada absorbida por el placer se desentiende del panorama. Ahora en confianza, le cuenta a Bautista, cómo era Juana de nena:

—Juana parecía una muñeca liviana. No era mucho más chica que yo, le llevaba un poco más de un año pero en la casa no se exhibían fotos nuestras de ninguna época. Nada que mostrara la vida de la familia. Y si había álbumes, no lo sé porque nunca vi a nadie mirarlos, tampoco estaban apilados en alguna estantería. Había placares y vitrinas de vidrios biselados, todos bajo llave.

Nos cruzábamos con ella como imágenes fugaces en un espejo. Una salía, la otra entraba. Los turnos diferentes en la escuela nos organizaban la vida, pero eso solo fue una consecuencia. Desde que era un bebé que tomaba la teta, Juana salía de noche acompañando a mi madre —una actriz reconocida— al teatro en el centro de la ciudad. En cambio, mi padre adaptó mi vida a la suya, a sus propios horarios diurnos. Él era quien me llevaba a la escuela, allá en Buenos Aires; me decía compañera. Hubo un tiempo —éramos bastante chicas —, en alguna de las breves inspecciones que nos hacíamos cuando la otra dormía, en que le vi a Juana el pelo enharinado o tal vez empolvado, se lo toqué sin despertarla y me quedó entre los dedos una mezcla de crema y polvo beige que me dio mucho asco. Parecía disminuir en vez de crecer, se comportaba como una beba y cada día parecía ocupar menos lugar en la cama. Una vez me di cuenta de que no dormía, estaba inmóvil y había un olor turbio, como si su camisón estuviera vomitado. Me enfurecí con mamá por no bañarla antes de acostarla, mi padre me obligaba a hacerlo siempre. Pensé que ella tenía más suerte, era libre de hacer lo que quisiera. Pero ahora que lo cuento, me da una impresión fea, debía estar enferma. Le decían que

le habían arrancado la lengua los ratones cuando se llevaban los dientes que ponía debajo de la almohada, la dejaron muda. Siempre le dolía el estómago, y algún domingo en que mi padre no me llevó con él a Tigre me di cuenta de que mamá le preparaba a Juana comidas desabridas, solo alimentos de color blanco, decía que todos los demás colores la descomponían. Y pensar que tal vez, el día anterior, yo había comido un bagre espinoso en la isla. Ella recibía cuidados de mi madre a la que no le interesaba si su otra hija comía un pescado que al sacarlo del agua emitía gritos. No, Bautista, nunca hablamos de aquella noche en la quinta. En cualquier intento de diálogo terminábamos enroscadas con que cada una había tenido mejor vida.

Pero Andrea le esconde una pregunta: ¿reconoceré a mi hermana?

Esa noche duermen en una chata palera que en la tentativa de avanzar retorció su estructura. Aunque la chata está ladeada, logran entrar a la cabina metálica y se alegran de encontrar un pequeño camarote con dos cuchetas. Enderezan una garrafa y encienden una hornalla. Calientan un poco del agua que acarrean desde que salieron del Delta.

Al ver el fuego, Andrea se acuerda del restaurante del Galo. Lo recuerda moviéndose de la cocina al salón del bodegón de Parque Chacabuco. Sus manos iban de los fuegos a los cuchillos. Al igual que en esta chata, la pintura descascarada cubría a medias el hierro oxidado, todo parecía roto, incluso El Galo. Él y su comida podían ser imperfectos, pero potentes y sabrosos. Había sido su amante y quien la había asistido durante la gestión del reconocimiento del padre, después de que encontraron sus trazas genéticas en el río.

Pero ahora el río es el desaparecido, piensa, y en ese lecho blando cualquier resto de vida humana volvería a hundirse hasta la ciénaga de la ciudad oculta. Y los gritos que Bautista le contó que se oyeron en el pozo más profundo de la Tierra volverán a escucharse como un lamento en este mundo dado vuelta.

Toman una sopa de sobre de un sabor indistinto, que Bautista, previsor, lleva en sus bolsas estancas. Al acostarse en la litera inclinada, Andrea siente que algo le sucedió el día anterior, cuando sus poros sudaron abiertos y aspiraron materia jugosa de diferentes personas. Como El Galo, ella también se siente rota, partida al medio, y de pronto reconoce que rivaliza con su hermana porque descubre la incompletitud propia. Y cómo la enoja. Pero luego de la noche de los cuerpos untuosos duda de que, aunque con su hermana fuesen un entero, no terminaría allí la cuenta, porque son parte de un conjunto natural de muchos otros.

Andrea acaba de entender al *frater germanus*, al hermano verdadero, el germen carnal compartido, pero la acción de la gente no se amansará por eso. ¿Acaso revolcarse en danza con otros cuerpos podrá detener este mundo trágico, categórico en sus divisiones humanas? ¿Y comprender la mutilación propia, como un brazo arrancado, cambiará la visión amargada, el comercio en pleno fragor que reina en los municipios?

Pasan días y noches en distintos refugios del pasado colonial, de accidentes aéreos, autos semihundidos; tragedias de distintas épocas. En barcos piratas postrados en el ambiente ribereño, ahora paisaje arqueológico. Caminar kilómetros en el fondo blando es como revolver un estofado, con carnes muertas o vivas, algas y plantas acuáticas. Aplastan burbujas que retienen el aire y pisan charcos del caldo rico lleno de bacterias.

Al día siguiente, el cielo se encapota y una lluvia fina suaviza la superficie, alisa la cerámica rugosa y borra las pisadas. Agua liviana que se mezcla con la tierra, con la luz y la oscuridad, y la vida primitiva.

—¡Somos un resto informe del barro con que Dios hizo el mundo! —exclama Bautista hojeando mentalmente sus lecturas, encendido con nuevas sensaciones. Porque al evocar el sexo con Andrea, que fue una descarga eléctrica, le parece que solo faltó un rayo para animar la rica sopa y ver elevarse una nueva criatura. Su piel cuarteada y gruesa, heredada de la abuela india de Quequén, absorbió un germen benéfico que alumbra su cabeza.

Bautista lleva el nombre de dos bebés muertos al nacer, hasta que su madre pudo ver un hijo respirar por sí mismo. Y para qué le sirvieron sus años de estudio, se pregunta, y práctica con los milicos, el Liceo Naval a donde llegó con trece años y salió marino a los diecisiete, sus viajes con los comerciantes piratas, los cuadros de su abuelo y los naufragios. Pasó disturbios y alarmas por confundir las luces de navegación cuando era un práctico y casi se la dan de frente. Bautista es un nauta y confía en sus oficios de marinería, aunque sin agua no

hay navegante y ahora mismo lidia con una materia distinta llevando a la rastra su nave. Aún así, su coronilla funciona como una brújula activa y traza un nuevo derrotero en su mapa; falta poco para llegar a Nueva Ensenada. Viene ensayando un anuncio para sus adentros. En cada paso agrupó los cabos sueltos de su historia junto con los nuevos sucesos, cabos gruesos y finos; alguno que podría cortarse, pero desea atajar el cabo suelto que es esta mujer con la que camina hace ya varias jornadas. Entonces, le propone a Andrea buscar juntos a su hermana.

Mientras ven a lo lejos el humo oscuro de las industrias de Nueva Ensenada, le cuenta que conoce un marino, compañero de sus épocas en el Liceo Naval. Tal vez él pueda conseguir datos de la nueva inmigración de norteños a la ciudad portuaria. Y también algún empleo; allí están los barcos, el agua y todo el negocio marítimo.

Ahora Andrea comparte el poder de tener un destino trazado, un derrotero juntos. Avanza resuelta, tan lejos de las costas blandas donde los árboles se inclinaban ante el agua marrón del Delta; se encamina hacia Nueva Ensenada, absurdamente coronada con juncos flexibles, espigas de aguapé y algunas lentejas de agua que ha recogido en el camino para adornar su cobertura de greda.

—Hermana, vos no sos solo la infancia, ni yo soy demasiado grande.

El ojo y la flor

[...] los microbios empiezan a decir yo yo yo,
porque en ese decir yo yo yo, está su locura,
pues al hacerlo se han idiotizado [...]

DORIS LESSING
Instrucciones para un descenso al infierno

¡Juana: si no hablás, grito; si no contás, revelo. Y en tu pausa, sentada de continuo con la bombacha sudada, el mundo truena!

Como bella compañía, solo dejaste tus huesos y la carne detenidos en el sillón. A cambio, vagás sola en paisajes vacíos y enfocada en la dirección de tu marcha, sin gravitación en el suelo, no ves que tu meta final es un hueco.

¡Juana, los sueños terminan para las familias!

Dalezio mantiene una familia de escasa demanda —una mujer, Juana, que se sostiene en vida con un par de cucharadas de alimento— y asimismo se ha preparado para buscar a su hija prematura que en un tiempo más estará libre de ligaduras plásticas. Para ella también diseñó un menú con una química exacta. Hasta ahí llegan sus fórmulas, para todo lo demás tendrá que ingeniárselas.

La casa en donde viven sirve para el alivio del exterior dominado por el ruido de la explotación industriosa. Los distancia también de los crujidos de los barcos entrechocando para obtener un lugar en la rada exterior y descargar sus mercancías en Nueva Ensenada. Pero no los excluye del cuadro sombrío de la vida humana en el que Dalezio carga con algún privilegio: al llegar fue clasificado como civilaco superior por un capitán de la Marina, según la información que trascendió de su gestión en Tigre. Dalezio suele recordar su tarea de supervisor en la network como un trabajo de artesano con costumbres más parecidas al amor.

Pero ayer le dieron malas noticias, un diagnóstico demoledor. La beba, nacida a las veintiséis semanas, había estado siempre hospitalizada en Tigre continental. Se habló de secuelas. Hubo signos de alarma. Juana no le había puesto nombre, y la urgencia que la beba experimentó desde su nacimiento no la alcanzó; ya entonces Juana era una imagen detenida de sí misma, casi no decía palabra y nunca autorizó a Dalezio para que ingresara a verla hasta que él mismo logró demostrar la filiación.

Solo una vez pudo tocarla. Un bebé ovillado. Pero entonces sobrevino la mudanza y fue imposible trasladarla.

“Marasmo”, así le dijo una enfermera en la videollamada: “Si no hay otro, el bebé no existe, no llora, imagínese, la dependencia es enorme,

aunque la nutrimos no se humaniza. ¿Cuánto hubiese faltado para que se haga ella sola la comida? La beba nunca sabía si íbamos a pincharla, tocarle los ojos o entubarla. Formó un cascarón y en vez de prosperar se metió cada vez más al fondo, encerrada en esa segunda piel como en una caverna, y ya no pudimos alcanzarla. Se la llevó el marasmo", repitió el diagnóstico en esa sola llamada.

Dalezio imagina a su hija solitaria, en una cuna plástica que brillaba con una luz tutelada por una máquina. Pero sin ningún ojo que se posara sobre ella, el brillo se extinguía. Se pregunta si alguien puede existir sin un ojo que lo confirme o sin él, pasa a la esfera de lo invisible como ahora su hija. Dalezio sabe que el ojo es un órgano de relación, una flor globosa de diferentes colores, llena de nervaduras, sostenida por un nervio grueso como un tallo, que busca nutrirse rotando como un girasol. Y ni él ni Juana brillaron nunca en su cielo.

Suele suspender las emociones fuertes con sus reflexivas indagaciones a las que ha dedicado tanto tiempo vivo; el tiempo muerto lo deja para las obligaciones impuestas. Siempre pensó que un hombre de escueta capacidad torácica como él está determinado a una medida de moderación y a resguardarse entre libros y bits de información, como hizo hasta el momento, pero ya no puede contener la realidad, la suya y la del mundo. Con la noticia, su represa se quebró, y el anuncio de la muerte terminó de remover con su potencia doctrinas arraigadas como árboles milenarios. Así surgió el dolor más amplio, uno que destruye al mundo entero: la bandera de la independencia entre la gente le pareció una idea peligrosa, una que puede llevar a la muerte. Sus lágrimas finalmente brotaron, nublaron su visión y, al secarse, Dalezio notó lo inmenso del gesto de mirar. Y a Juana, que con sus divinos ojos verdes no era capaz de hacerlo.

Volvió al sillón donde Juana pasaba el día, se arrodilló, pero no pronunció la noticia. No tenía a quién revelarla, ella continuaría en su lugar remoto aunque agitara el anuncio delante de su cara. También fue cierto que no decirlo le trajo algún alivio.

¡Qué poca infancia para tu hija, Juana, y vos solo tuviste días! A cada una su huida, ninguna podrá pasarle cuentas a la otra. Ya no hay madre, ni hermana, ni hija...

El silencio espeso y la tocante oscuridad propulsaron en Dalezio ciertos pensamientos mientras la beba se volvía una imagen afantasmada. Fue por ella que aceptó esta casa de familia que ahora se desbandó. Lo que creció se contrajo: eran dos otra vez y ni siquiera compartían la noticia. Juana era la visión de una diosa en el exilio que no puede abrirse paso para recogerlo del piso. Alguna vez, él tendió coordenadas en esos territorios desconocidos y temió perderse en sombras vacías al buscarla. Pero lo que lo detuvo, cada vez, sobrecogido, fue imaginar que Juana no quería volver, que no quería estar allí con él.

Y estas ausencias pusieron a Dalezio en peligro.

Ahora busca un propósito hurgando en lo negro de la noticia. Estira los sentidos para imaginar esa poca vida que ha precedido a la muerte. Su hija ha muerto al mundo, pero dio lugar a cosas que él mismo había ido edificando. En el pasado fue modesto en sus acciones, un modelo reducido de sus ambiciones, pero ya no tiene por qué serlo. Quiere reventar rocas muertas, intuye que debajo brillan riachos de metal amarillo. O tal vez la imagen de un filón de oro copió al relámpago con su luz zigzagueante que acaba de atravesar el cielo cargado de industrias en Nueva Ensenada.

Alcanza el envase de crema rosada. La esparce delicado, acariciando las manos de Juana; es uno de los tantos cuidados que tiene con ella. Se para detrás del sillón como lo hizo durante los años en que duró la supervisión para ver lo que sucedía en la pantalla, y luego mirando cómo aumentaba la panza, con ella siempre sentada en el mismo sillón. En esa posición, él parado detrás de ella, se había configurado la relación entre los dos.

¡Juana, a veces te toca los pechos! ¡El hombre descorre tu ropa como una cortina y absorbe tu sol cuando tiene frío…! ¡Esos champiñones carnosos que asomaron temprano después de una lluvia —delicias surgentes listas para comérselas— se englobaron fructíferos durante una temporada hasta secarse en pocos días! ¡Y las grietas apenas legibles de tus tetas son los únicos garabatos que hizo tu hija!

Dalezio se inclina para estar cerca de su cabeza, y con besos: Juana,

Juana, dice. También sigue el paisaje de su cuerpo. Quiere que vuelva de su lugar remoto, colmado de un pasado indescifrable para él que le aprieta suave sienes y párpados con la yema de los dedos. Pero antes de que eso suceda, si es que Juana vuelve a cohabitar su recámara, va a volcar su experiencia en un libro.

No lo levanta del suelo la escabrosa sirena que anuncia el turno vespertino de las industrias, lo levanta su propio cielo que tira de él para que respire. Tipea de pie a la luz de la pantalla: *syn*: juntos, *biosis*: vivir. Describe el marasmo que se llevó a su hija (sin un ojo que la mire), y la independencia, concluye, que no es el espejo donde reconocernos sino contra el que nos estrellamos solos cada día.

Y aquí donde viven, en Nueva Ensenada, están en la cúspide de la fiesta roja, de garras y dientes tajantes.

¡Juana, Juana, descalzada y con la mirada perdida! ¡El mundo aún puede permitirse estallar los ojos de sus habitantes!

La noche es útil para abonar sus notas acerca de la independencia aunque deduce que son solo la primera capa en la investigación. Va a llegar al corazón desastrado de la gente, donde Dalezio cree que anida, como un pulso silente, la simbiosis, que parece un modelo exótico de relación pero existe desde siempre.

Las migraciones constantes de un municipio que se levanta, como sucedió en Tigre, y cae cada vez más rápido, y de allí al siguiente, desorienta a la población y produce dirigentes desorbitados que no tienen tiempo de fundar nada. Son pequeños imperios que crecerán descomunales mientras el viento no cambie. En algún idioma antiguo, tierra es *dhghem*, que significa humus, ni más ni menos que el trabajo que hacen las bacterias en el suelo. Dalezio lo sabe, *humus* tiene dos significados: humilde y humano. Darwin encontró un filón y del oro tomó una pepita importante, pero luego invocó una calamidad cuando en vez de calificar al hombre de humilde lo bautizó como *sapiens*. Y el *homo sapiens sapiens* reemplazó a Dios. Hombres divinos que con su sapiencia dirigen la vida en la Tierra. Declaró la lucha por la supervivencia de los más adecuados. Y aunque esa lucha ya existía, él la autorizó; la volvió civilizada, también la depredación. Y esto es lo conveniente, decía: las razas preferidas en la lucha por la vida. Y en

estos municipios usan los dientes y el martillo guiados por el dios dinero.

Dalezio ocupa un lugar de privilegio. A los gobernantes hace rato que la ilustración no les interesa, y los museos y las universidades solo existen por inercia. Nadie lo vigila, aunque pueden solicitarlo para cualquier cometido. Enterado de que, ahora, a los tigrenses que llegan del río junto con otros norteños, como la gente de Nordelta, Villanueva y otros asentamientos, los tratan como una especie inferior y los llaman pies de barro, Dalezio oculta impasible que ellos también provienen de los humedales de Tigre.

Deja su auto entre otros coches sencillos que estacionan frente a uno de los dos hemiciclos del enorme edificio del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, completando un medio racimo. Le han dado allí una oficina y de vez en cuando le envían un alumno para que supervise su tesis de maestría. A veces trabaja en la biblioteca del Museo, pero cuando revisa los anaqueles en busca de documentación, siempre ve la Tabla que lo atormenta. Detrás de una vitrina está la Tabla que la madre del diputado Francisco Moreno, hija de un oficial británico, heredó entre otros botines, y que trajo al radicarse en el Río de la Plata. Moreno la donó al Museo en 1884. Es una copia legítima, aunque parcial, de la Tabla de las Relaciones entre las Especies.

Se encierra en la oficina a maniobrar con sus ideas. Antes vivía de los pequeños cambios en su vida doméstica, pero ahora, entramado en los casilleros de la Tabla, la vida en esta sociedad diseñada con cuentas geométricas le devora la cabeza.

Al tope de la cadena alimentaria, según lo que Dalezio ha observado en Nueva Ensenada, está la Fuerza Naval Argentina (FNA). Son los depredadores, matan a los grupos no adaptados. También son los que reparten los cubiertos y la nutrición de los alimentos.

Los civilacos superiores, como los nativos de la vieja Ensenada, explotan a los utilitarios hasta agotarlos (los reemplazan numéricamente). Viven de lo que ellos producen y están invitados a la mesa de la FNA. Cuentan con los cubiertos siempre que cumplan con la explotación en sus industrias. Él mismo habita este casillero solícitamente, reflexiona, por temor a que les retiren el plato. Pero si sus dominadores contaran con un abrelatas y pudieran ver cuál es su alimento verdadero, harían crujir su envase al aplastarlo y Juana quedaría sola.

A los civilacos inferiores no los vigilan, son consumidores

adaptados.

Los utilitarios compiten entre sí por los cubiertos designados, siempre en menor número que gente. Tienen necesidades parecidas: uno termina eliminando al competidor.

Y últimos en la cadena alimentaria están los pies de barro, los parásitos, migrantes a quienes no se les ha reservado ningún cubierto, viven de los restos de otros y terminan enfermando si la Fuerza no los elimina antes introduciendo algún conflicto.

Cuando los estudiantes vienen en grupo al Museo y reparan en la Tabla, Dalezio los observa, atento a sus comentarios. Comparan las relaciones específicas. Los jóvenes bromean, son risas nerviosas que retumban en las paredes viejas. Piensan en sus padres o parejas conocidas. Se preguntan por sus propias relaciones, a alguno lo encasillan enseguida.

A veces se quedan pensativos, sentados sobre los escalones al pie de las columnas que enmarcan el frente del Museo, fuman un cigarrillo o se airean mientras el tema de las relaciones les sigue escociendo los nervios, permanecen sentados temiendo que puedan ser ellos los explotados del cuadro, sobre todo los inmigrantes que trabajan gratis como aprendices. Se vigilan. Está el grupito de los nativos de Nueva Ensenada, que atacan con sus burlas a otros de procedencias inciertas, a veces con golpes a los más debilitados.

Un alumno que exagera su limpieza, como todos los que últimamente quieren distinguirse, usa el pelo lustroso peinado prolijo que no roza el cuello de su camisa blanca, una blancura por la que muchos compiten como signo de superioridad y señala quiénes son los que cuentan con agua clara en cantidad. Los blanqueadores son el lujo de la sociedad de Nueva Ensenada. Pero Dalezio también ubica a otro ensenadense, que podría desplazarlo, sabe que ellos dos viven cerca y siempre chequean el blanco de sus vestimentas.

En un principio, Dalezio encendía el motor de su auto e iba a trabajar sin llegar tarde. En el fondo quería que alguien lo aplaudiera, pero nadie observa su tarea. De modo que puso su ojo en modo activo para mirar él a los demás con un interés creciente.

Guarda un hueso sobrante, sin clasificar, en un cajón de su escritorio. Palpa ese trozo de esqueleto que algún día devolverá al osario y mientras tanto se pregunta si los jóvenes tienen relaciones

estrechas, sexo entre sí, y si esa interacción biológica los beneficia, al menos a alguno de los que participan. Si se interrogan sobre lo que consumían dentro de la panza de su madre. Y aquí Dalezio se agita, aprieta el hueso: alguno debe vivir en la madriguera de otro, un inquilino que no paga, como un cangrejo en un caracol. Tal vez planean abandonar a sus hijos en el nido mientras hacen su vida como los parásitos en los intestinos. O usan a sus parejas hasta que alguno se enferma y se perjudica. Van a depredar a otros, ¡serán los futuros genocidas! Matar o dejar morir a los que no son parecidos.

Dalezio sostiene los ojos marrones, firmes, idóneos, va a escribir lo que piensa, tiene la idea absurda de que alguien, dentro de esta multitud que se precipita para hincar primero el diente, va a detenerse. El mundo atascado por la competencia. Todos sufren perjuicios, todos pierden. Y todos participan en la Tabla aunque no lo sepan, medita Dalezio mientras se sienta a volcar sus notas, con la única compañía de los dinosaurios, para poder así enfrentar el mundo exterior. Vivir entre los gruñidos comunicativos de aquellos animales extinguidos o huir de las convulsiones de la Naturaleza, como en el pasado del mundo representado entre esas paredes del Museo, le parece más amigable que esta sociedad de Nueva Ensenada, donde ahora viven con Juana.

Hoy recibe a Clara, una de sus alumnas. Su tesis es acerca de las relaciones interespecíficas. Al principio, cuando habla recto y nota que su escucha es profunda, le resulta simpática. Pero en un momento inesperado para su actitud educada, acerca demasiado la cara a la de Dalezio para decirle que ella “siempre se ajusta a la Tabla” y luego, con voz ofendida ante los comentarios de su tutor acerca de la simbiosis, agrega que, ajustada a toda regla como está, a los parásitos hay que eliminarlos. Dalezio no se contiene ante sus ideas viejas, pero ella asume un aire hirviente que arrasa con su discurso. Es una nativa de Nueva Ensenada, piensa, alerto a la posibilidad de una queja.

Entonces siente que Clara lo perturba.

Clara se tapa los oídos para lo que siente. Podría ser la segunda vez que la rechazan. Ya le dijeron maleducada y salvaje, pero no es libre. Nadie quiere entender que ella siempre se ajusta a la Tabla.

Sus costillas encintan el círculo compacto en su cuerpo menudo. Se mira al espejo cada mañana, examina sus pupilas y determina si ese día será presa o predador. La Tabla define a una presa, en ocasiones, como una cuestión de tamaño. Hay hombres y mujeres más menudos que ella, pero no son tantos. Si busca un ser menor, eso la ubica por un momento en otro casillero. Es mujer pero cree que ese es un dato en sordina, azaroso y preciso a la vez.

Beneficiaria de la muerte de la madre, alguna vez se preguntó si ella misma, en su relación madre-hija, había sido un parásito. En el racimo humano, eso la reduce a una mujer que mira sus manos inútiles hasta que la devoren, pero no puede andar así todos los días. A los nativos de Ensenada como ella, la Inteligencia Naval no los espía, sin embargo, necesita mantener activo su carnet de estudiante.

Hace un tiempo un hombre la abordó en la puerta de la casa que fue de su madre, en donde Clara vive desde su infancia. Le ofreció unos billetes que la ayudarían a solventar su vida solitaria y le pidió a cambio dar como propio el domicilio de Clara. Ella estaba nublada, en uno de esos días en que el viento sopla fuerte con olores botánicos de las marismas. La madre insistía en alejarla de ese aire insalubre que podía debilitarla.

Intentó usar la Tabla para clasificar a ese hombre limpio que sostenía su mano sin que le temblara como le temblaría a un utilitario. Quiso leer en su postura el trabajo en las industrias que declina espaldas hasta torcerlas de manera definitiva. Pero su rostro manso no reflejaba las fábricas, sino aire libre y agua; podía ser un pie de barro y eso le dio temor. Esa transacción podía clasificarse como un servicio

mutuo, pero a ella no le interesan esas teorías nuevas. Finalmente, sostuvo su mano porque creyó que acabaría ganando: tenía lo que él necesitaba: un domicilio para obtener un trabajo. Siempre podrá explotarlo.

El hombre viene puntual a pagar mensualmente, nunca pide entrar a la vieja casa de Ensenada en donde ella ha nacido. A Clara le gustaría verlo admirar el vestuario apolillado que su madre, vestuarista premiada, dejó en miles de perchas. Hay muchos cuartos que podrían ser dormitorios o livings, Clara no sabe distinguirlos en esa casa amplia que tiene arcos y vitrales, porque aun en la cocina, también ahí, hay decenas de corbatas dobladas en las alacenas. Una escalera angosta de metal lleva al exterior y conduce a dos pequeñas habitaciones en la terraza también atiborradas de prendas.

Del día en que la madre murió, quedó una pava sobre la hornalla fría, un frasco con galletas y muchos zapatos cubiertos de polvo. Chorreras de zapatos que salen de cajas de cartón volcadas o deshechas. Pares o dispares, de distintas épocas. Sigue la ropa, en montones en el piso, valijas abiertas o percheros metálicos. Vestidos pegados entre ellos. A Clara le gusta un delantal blanco, largo y escotado, de una tela sedosa a la que no se le pega el polvo; parece de un hospital de otro siglo.

Abrigos militares y sombreros, mucha ropa de niños, desbordantes y tristes, como ropa de muertos en pilas contables. Pero entre esas prendas —algunas son jirones— están las enteras que podrían valer mucha plata. Son vestuarios de vestuaristas. Hay algunos destacados solitarios, como ese delantal que debe tener unos cien años.

Un verde difuso colorea el vidrio de la puerta al fondo del pasillo, detrás hay un frondoso jardín con plantas que superan el dintel de la terraza, disparadas al cielo de Nueva Ensenada. Entre los especímenes hay un Árbol del Viajero. Las hojas forman un abanico y son tan anchas que podrían usarse como canoas silenciosas. Un primate negro de ojos azules, el lémur, un animal con ojos azules como las personas de ojos azules, es el único que puede separar los rígidos pétalos para llegar al polen, una pelusa también azul, y polinizarla. Pero nadie hará el trabajo por estas latitudes, la planta quedará solitaria. El lémur existe solo en Madagascar, de donde el Árbol del Viajero es originario.

Eso pasa cuando desordenan la Tabla, deduce Clara mientras se sienta en un banco entre su selva excéntrica.

Clara está inmersa en la respiración vegetal. Nada se adhiere al mundo mejor que las plantas, pero, con la movilidad restringida, expelen fragancias deliciosas y colores para que copulen con ellas, y Clara no quiere pasar inadvertida entre esas bellezas.

Aunque el Mundo Botánico está excluido de las divinidades, en su vergel tiene especies que la hacen correr dormida. También tiene un cactus: si lo mastica, vomita hasta que su cuerpo arraiga. Ella sabe que, aunque sus vegetales estén confinados a la decoración y últimos en la cadena alimentaria, contienen toda la farmacia. Un poco los envidia.

Observa intensamente con su lupa la orquídea. Clara rivaliza con su diseño, que guía a los insectos para mantener relaciones estrechas. Un misterio abominable, como lo describió Darwin, el Maharishi de Clara. Observa a su bella *ophrys*, que simula la hembra del insecto. Quiere poseer la belleza de las flores, abrir su corola, reventar de amarillo, azul y ultravioleta; sostener visitas florales. Pero nadie viene a su casa, nadie toca el timbre; una campana con un pequeño martillo. Las plantas son dominantes en la Tierra, junto con los insectos de visión desviada, sensible y desplegada solo para mirarlas. ¿Y a ella quién la mira?

La distrae el gemido de un gato que salva a la orquídea de la tijera de podar que empuña Clara, sufriente de deseo. Observa que, en la escalera caracol que sube a las piezas por el exterior, luego del segundo espiral, un gato tiene atrapada una pata en el entramado de un escalón. Los dedos rosados carnosos se mueven por separado, quiere alcanzar una araña en la tela que cuelga debajo del peldaño. Pero el gato, atrapado como un mono que aprieta el puño prensil sobre la fruta, no quiere cerrar los dedos para que zafe. Podría morir antes que soltarla, piensa Clara ante el maullido quejoso del animal y se ve a sí misma con la tijera filosa, sin soltarla. Sube y con la herramienta separa la red sujeta del escalón, con la araña prendida, fuera de la zona pegajosa de captura, y se la ofrece al gato que se relame y relaja su mano blanda. Es una relación entre distintas especies, calcula, y decide que el gato, a quien liberó de su terquedad,

acaba de contraer una deuda con ella: no puede dejar que se vaya. Aunque pertenezca a algún vecino de la cuadra. Lo lleva alzado y lo mete dentro de la casa.

—¡Sos preciosa! —le grita el vecino que siempre la vigila desde su ventana.

Pero ella no es un parásito, concluye Clara que sigue con sus especulaciones, porque la madre, el otro sujeto, está muerta y ya no puede ser dañada. Lo confirma repasando mentalmente la Tabla. También sabe ubicar en los casilleros a los propietarios que no pagan por el agua, a los migrantes que disminuyen las raciones de los utilitarios, a los viejos que rapiñan el aire, a los hombres que fotografían mujeres con las piernas abiertas para una revista veterana. No hay suficiente caudal de felicidad para todos. Nueva Ensenada destruye las camadas menos útiles. Y Clara, en su jardín doméstico, se siente en la cúspide de las especies.

Va a encasillar a Dalezio. Deduce que no vive solo. Para que pueda exigirle la victoria de su tesis, debe conocer si alimenta a alguien, tal vez pueda liberarlo de algún parásito e imprimirle una deuda. Es fácil entender la cadena, piensa, y el lugar propio en la Tabla. No habría disputas si se diera a conocer. Debería declararse nacional y popular, repite muy cerca de la cara de quien ella decide que debe escucharla. Cuando la asalta alguna duda, va al Museo y recorre con el filo de la uña los casilleros protegidos detrás de un vidrio grueso.

A veces tengo que intervenir para ajustar la gente a la Tabla, piensa Clara con fastidio, y Dalezio no va poder vivir sin ella.

En la segunda reunión con Dalezio, Clara protestó de nuevo, y ante el intento de su tutor de redefinir la Tabla y demostrar que hay señales de amor entre la gente, se mostró enojada y produjo sonidos guturales.

No se le entiende. Le dijo que se podía ir.

Dalezio aún piensa que la va a poder guiar a otra conclusión final. Pero cuando Clara se va, recuerda que tiene un informe que identifica a esta alumna y que debería revisar. El informe fue remitido y firmado por varios profesores a los que ya no podrá localizar: la mayoría ha abandonado sus inútiles puestos. Su propia designación es provisoria, y agradece contar con una oficina para volcar en la computadora sus indagaciones. Como en una excavación, las respuestas podrían estar ocultas, quién sabe si en el cielo o en la tierra.

Clara observa inmóvil la puerta de entrada al edificio de tres plantas. Detrás de ella está el espacio compartido, atravesado de senderos consistentes en placas de cemento que aplastan el verde. Detrás hay sonidos de gente, repartos, chicos que corren y chirridos de carritos con bebés. Clara se mantiene recta, observante, sin ocupar espacio en el campo de sonidos que la rodea.

Ve llegar un hombre vestido de beige empujando una carretilla que salta de una placa a otra, y el pedregullo que carga se sacude craqueando con su ruido de piedras.

Por este barrio no se ven hombres de blanco, aunque tampoco es imposible verlos. La zona está al límite de la decencia, pero tampoco es la miseria de los recién llegados. Cerca de allí, en casas pequeñas sin agua ni cloacas, se espera la muerte sagrada en su función geométrica para que otros vivan. “Que no se lancen al matrimonio —repite Clara los anuncios de Nueva Ensenada—, no los dejarán entrar por la gran puerta. La muerte es su sola entrada a la Tabla —agrega—, la ley de toda la Naturaleza animada”.

Apunta a ingresar al edificio. Obtuvo la dirección de su tutor con una artimaña, total a nadie le importa la vida de los tigrenses. Quiere saber quién vive allí dentro, junto con Dalezio. Va a convencerlo de que la Tabla es correcta. Si en esa casa se cultiva un parásito, y si como gemelos pegados por un miembro viven en simbiosis, se podrán separar con tijeras aunque corran peligro de muerte.

Quiere levantar los pies y sobrevolar la ventana. Hacer crujir una rama mientras se balancea de noche con el viento para enfocarse en la comida que Dalezio prepara cuando la luz se enciende. Ver quién come delante de su plato.

Bautista y Andrea están lejos del epicentro portuario y, al inicio del malecón entre Punta Lara y la ciudad de Nueva Ensenada, comienzan a ver varias escaleras inventadas con maderos, los escalones atados con juncos, apoyadas en el lecho del río. Tal vez sea la reserva natural abandonada. Andrea señala que es hora de trepar por el perfil costero hasta alcanzar tierra seca.

Allí se encuentran con hombres y mujeres recubiertos de greda, durmiendo entre plantas bajas. Le hacen preguntas a uno que está mirando el horizonte en dirección a donde provienen, quien les anticipa que en la ciudad portuaria los llaman “pies de barro” . Casi todos son isleños del Delta pero también norteños de la zona costera. Tienen suerte los que trabajan en el astillero, al resto lo desprecian.

El gobernante de Nueva Ensenada recibió las primeras chatas con una bienvenida y dejó que se lavaran con agua limpia. Los puso a activar el viejo astillero Río Santiago a cambio de casa y comida. Pero ahora se ha endurecido y, en vez de recomendarles la limpieza, les aconseja lo contrario. Los hacinó en calles estrechas y quiere provocar una epidemia. Advierte a la población sureña que se mantengan limpios, se aparten de los pies de barro que vienen de tierras inestables. Que no hay que ser compasivo con la miseria, una ley natural inconmovible. Y que si la Naturaleza no es suficiente, el gobierno pondrá su ingrediente con algún altercado, nada de sanidad o cualquier norma humanitaria. Llegaron a un lugar que ya estaba ocupado, y hay hombres y mujeres que sobran. Allí, en Nueva Ensenada, no les han reservado ningún cubierto.

Bautista recuerda bien el gran astillero, la zona franca y el puerto industrial. Se enteró de la obra de ampliación del puerto y sabe que el canal de entrada quedó un poco estrecho. Tiene dudas de cómo

estarán operando con los barcos. Conoce cada palmo de la isla Santiago donde funcionaba el Liceo Naval. La isla era un triángulo delante de la ciudad, al que la apertura del canal de acceso al puerto partió en dos, y luego se levantó un puente asfaltado desfigurando su carácter insular. Los ensenadenses renegaron de que hubiera existido algo más que tierra firme. Le viene a la mente el lavadero, cuyo suelo de cemento fracturado y con charcos perpetuos tanto asustaba a los principiantes. A Bautista le quedó fijado como el centro del miedo, desde allí el sadismo inundó las instalaciones de la escuela militar luego de que él egresara. Supo que primero se llevaron al lavadero a los utilitarios —aunque en ese entonces se les decía "trabajadores"— y luego, ya amansados, los trasladaron al astillero Río Santiago y al frigorífico lindantes. En Ensenada se aceitó la tortura industrial organizada.

Los pies de barro, inmigrantes despreciados que se esconden en los fachinales al margen de la cuidad, se han vuelto basura grisácea que comienza a corroerse en la sal de las marismas. Entre ellos abunda un acento aristocrático y pequeños artículos que han transportado, como estatuillas y premios obtenidos por su progenie deportista para demostrar la superioridad de su fuerza.

El pie de barro que habló con ellos se retira de la costa y vuele a acuclillarse, mimetizándose con la fauna amarronada que sobrevive entre los pajonales.

Bautista y Andrea deciden bajar al lecho del río nuevamente y a poco de andar encuentran un flujo laminar de agua. Boquean como los peces en el último esfuerzo, abren la boca para absorber el aire del agua que es un imán para ellos, pero también resulta un sumidero. El agua turbia retenida en la ensenada, próxima al estuario donde el océano Atlántico comienza, por fin les moja los pies y les deja en los tobillos una marca de enaguas.

De pronto el kayak flota y hace feliz a Bautista, que abraza a Andrea y la besa satisfecho. La invita a subir a la nave con una reverencia. La transporta de tiro en su vehículo de fibras de vidrio, y eso les devuelve la razón que durante la caminata habían abandonado, a veces, con mucha felicidad. Por un tiempo habían sido solo un par de anfibios de

aguas poco profundas.

Entonces, se preocupan por la política: los comentarios acerca de los pies de barro los inquietan: planifican abordar tierra primero en la isla Santiago y bañarse en el lavadero. Cruzar el puente de cemento y desde allí, ya sin sus vestidos de greda, llegar a la ciudad de Nueva Ensenada.

A lo lejos, la larga escollera que se dispara para reforzar la ensenada y una importante escalera de piedra; más cerca, la toma de agua que distribuye el líquido por las cañerías. Trepan al puente angosto que sostiene el caño, caminan a un metro del suelo, dejan atrás el flujo acuático mientras sobrepasan un albardón y comienzan los pajonales. Un par de kilómetros más en silencio hasta llegar a una escalinata, y ya pisan la tierra blancuzca por las sales marinas que afloran.

Una canilla en el viejo lavadero gotea despacio hasta que se destapa, y el agua rebota en el cemento viejo, los salpica. Sacarse la greda es abandonar su patria Delta. Ahora son nómades extranjeros que se desprenden de los últimos grumos, “últimas señas de un lugar luminoso al que nunca se llega”, cita Bautista, mientras se desnuda y lava enérgico. El sexo había sido para ellos una infección benigna en el caldo rico y tenían todos los síntomas. Aunque después de frotar tanto el estómago y las tetas y lavar con minuciosidad la pija, se dan cuenta de lo áspero de la limpieza y enseguida extrañan el limo untuoso, la patria vieja. Se visten con lo que tienen, Andrea con una camiseta y una bermuda de Bautista de color indefinido. En sus pies grandes, el calzado náutico le ajusta bien. Él queda mejor vestido, con unas viejas zapatillas que tenía en el tambucho y formaban parte de la muda de ropa extra. El sol de mediodía cae recto y evapora los últimos signos de greda y humedad de lo que fueron: pies de barro.

Los cadáveres gigantes emergen y al igual que a la gente muerta, a los barcos los ha precedido un viaje. En ese cementerio húmedo, Bautista y Andrea se topan entre la espesura, mientras se encaminan hacia el puente, con un barco antiguo muy deteriorado: el mascarón de proa es una indígena con tetas sobresalientes que habrán desafiado tormentas. Bautista conoce la marca de fabricación inglesa y sabe que hubo intentos de recuperarlo, pero reflotar está prohibido y ahora que no hay agua vendrán a desguazarlo, y alguno se quedará con la india.

Cuando comienzan a transitar el puente de cemento, cada paso impacta seco. Extrañan su suelo blando. Se alejan de la isla vegetal mientras el sonido industrial de la ciudad los sacude con el rugido del astillero activo, la marcha de las grúas y una multitud de operarios pardos cubiertos por costras de barro. Vibra el piso y les detona el miedo.

Andrea toma la delantera, corre hacia delante como lo hace siempre, como aprendió en los muchos desplazamientos a los que la sometió el recelo de su padre. El pelo largo ondea rubión luego de que su compañero se aseguró de que quedara limpio.

Hay policías con chalecos antibalas celestes sobre remeras bordó y pantalones negros. Impecables. Los anteojos polarizados estridentes esconden la dirección de su vigilancia. Bautista la detiene de un brazo y señala el edificio en donde tal vez trabaja su excompañero del Liceo. Es el edificio de Inteligencia Naval.

Juana era más linda que ella —recuerda Andrea mientras avanzan —, nunca lo había confesado delante de su hermana pero admiraba sus piernas torneadas y los pies para zapatos bellos. Se parecía en tamaño a la pequeña asiática con que siempre soñaba. Juana era un molde en el que ella no cabría. La imagina con un vestido por arriba de la rodilla, comiendo merengue. El merengue es blanco y le estaba permitido. Podía rellenarlo con crema de leche batida. Con la lengua hacía crestas en la crema y el merengue se desmigaba en el aire como un alimento de ángeles. Nunca la vio comerlo pero Andrea sabía que no debía tocar todo lo blanco que hubiese en la heladera. Hubo alguna ocasión en que la vio llegar vestida con gasas vaporosas que habría traído del teatro, le parecía alguna clase de disfraz pero también el justo vestido para Juana. En cambio, ella tomaba mate fuerte y comía pescado de río. Vuelve a sentir la furia de sus privilegios y culpa al reparto que hacían los padres, de su propio tamaño alcanzado en esa vida rústica. Sin embargo, camina fuerte, porque puede. ¿Será que buscan a su hermana porque ninguno de los dos tiene otro derrotero? ¿O es que debajo de la furia, que le brinda cierta suficiencia, hay deliciosos y delicados sentimientos como los merengues dulces que se deshacen con la saliva?

La fastidiaba que Juana se acostara desnuda. La sábana parecía parte de un cuadro artístico, formaba los pliegues justos sobre su cuerpito curvo. Casi no emitía sonidos cuando giraba en la cama sin hundirla y dejaba una mano tibia cerca de su mejilla. No eran giros afectados de bailarina, era su don de la hermosura. De pronto puede admitirlo y siente un creciente deseo de estar cerca de ella. Que la contagie de placer como quien se desliza sin fricción insuflada por la vida. Intuye el encuentro pero también vacila.

Desde que Clara faltó a la siguiente reunión, Dalezio quiere asegurarse de que ya no venga a sus clases. Otros alumnos más faltan, tal vez hayan abandonado porque siempre los interpela. Está bien, lo que tiene para decir es inquietante y lo será aún más. Dalezio está determinado a no sucumbir. Se documenta en la gran biblioteca del Museo y Darwin le parece un violento escondido detrás de una gran teoría. Él no cree en esa historia sangrienta. Cree que, enfrentada al hambre, la gente se entrelaza en tribus miméticas donde todos se pintan las mismas marcas, se cortan iguales el pelo y cooperan.

Pero la cooperación, piensa, resultó una piedra que arrojada al espejo de agua rebota una y otra vez hasta hundirse. No quiere permanecer mirando cómo se hunde la piedra, va a hacer foco en las ondas que se expanden en el agua: esa perturbación en el espejo es la simbiosis en que efectivamente todos vivimos. Agacha la cabeza hasta que el hueso de su frente topa con el hueso áspero que guarda en su oficina: recuerda a la hija solitaria. ¿Vamos a proseguir este camino, metiendo la cabeza dentro de una bolsa del supermercado? Nos necesitamos. Somos simbiontes, y el sexo es el motor de estas grandes uniones. Aunque sea el microscópico intercambio de bacterias.

Y los barros que ahora están a la vista guardan para la tierra un recuerdo de sí misma. Una pizca de materia, y ningún rayo vino de afuera, había suficiente electricidad en el caldo para despertar las neuronas. Así nació el hombre, excitado. Con cuerpo y mente electroestimulados.

“Se confirma que el hombre está hecho de barro —leyó en un artículo reciente— y la erotización fue el despertar del cerebro”.

Se levanta para mirar una lámina antigua: unas manos celestiales moldean el polvo con agua apretando suave. La imagen le infunde a Dalezio una tersura erótica. Observa una burbuja de aire entre el barro, allí dentro ve chispazos que identifica con el nacimiento de la

inteligencia.

Hace mil millones de años que nuestros ancestros lo vienen practicando, pero el intercambio sexual no es solo entre individuos de diferente sexo. La reproducción sexual institucionalizada es una pérdida de tiempo y energía y un camino muy complicado. Fue el sexo, dice, una infección divina de la que nadie quiere deshacerse.

En el Museo de La Plata los hombres conviven con los dinosaurios, y Dalezio se siente solo compartiendo el espacio con una especie inexistente. Se para al lado de la enorme osamenta del armadillo gigante ubicada en el hall central. Sabe que ensenadense es en realidad la edad mamífera en que una diversificación fantástica de estos animales comenzó, y ese recambio faunístico, sus restos, aparecieron allí, en la vieja Ensenada, durante una bajante extrema del río. En el Museo hay corazas dorsales, escudos cefálicos, tegumentos de rostro iguales a la piel humana.

Estos son los verdaderos habitantes originales de Ensenada, piensa, no los civilacos aterrados ante una mota de polvo que pueda salpicar sus vestimentas. Ni el nuevo carro de asalto de la Fuerza, que copió a estos acorazados. Dalezio espera en estos días un nuevo afloramiento de osamentas.

Clara se afirma en su nuevo proyecto, apoya con fuerza los pies sobre la vereda mientras vuelve a su casa. Ya sabe dónde vive Dalezio pero va a necesitar ayuda.

Sale al jardín y espera en su vergel de plantas. A los poco minutos se asoma el vecino. Siente cómo le cae encima su mirada, le ojea la coronilla, el pelo partido al medio, y escucha los movimientos que hace desde su ventana y que deben mitigar su miseria. Estará un poco tocado, a veces lloriquea. Tiene que poner orden en la manzana de su casa, controlar el equilibrio. Es cierto que él vive más arriba que ella, pero eso sería simplista. Esa misma tarde va a comprobar si es presa o predador, cuando termine de darle el alimento a sus plantas, su pequeño laboratorio de especies.

La invita a subir en cuanto Clara toca su timbre y se anuncia como la vecina del jardín de la planta baja.

Finalmente, solo se masturbaba. Lo descubre en pocos segundos, porque es tan lelo que ni siquiera esconde los pañuelos y las toallas amontonados al pie de la ventana. El deseo impostergable y su desahogo le parecen razonables, algo que trasunta la Tabla completa. No hay ningún arquitecto celeste que haya logrado desterrar el sexo de ninguna casa, tampoco del aire libre. Intenta sacarlo de su letargo al levantarse la remera, la enrolla cerca del cuello y espera. Pero el vecino se vuelve para mirar por la ventana. Clara termina de desnudarse y chista. La cosa mejora, el vecino comienza a masturbarse como una súplica. Es lento y tiene el miembro amoratado. Cuando termina, Clara lo limpia y le sube los pantalones, lo toma de la mano ya segura de que lo domina. Así es la cosa, bien simple, se exculpa Clara.

Encuentran juntos la carretilla de metal justo donde suponía. Había observado, el día anterior, al hombre vestido de beige que iba y venía con su carga de piedras, y vio cómo la había limpiado y apoyado en una pared, levantada sobre su rueda.

El vecino está bien vestido a pesar de sus monerías. Es algo fláccido pero de buen tamaño y sostiene bien la carretilla vacía. Clara escucha los golpes inevitables entre las lajas cuadradas mientras el hombre la sigue por los senderos. Un viento gris los envuelve, pero ella no quiere distraerse. El tutor estará en el Museo, a varios kilómetros de su casa. Y ya reconoció en Dalezio la palidez y el olor intenso del huésped perjudicado.

De pronto, el vecino se detiene: tiene miedo de algún castigo, se estremece y suelta la carretilla. Una mujer vieja que sostiene un paraguas —el viento gris— lo mira como si fuera su propietaria. Se muerde el labio y parece que él fuera a irse con ella. Los propietarios se acostumbran a sus deseos y a tener utilitarios que les sigan el ritmo, que se hagan cargo de sus trabajos, y esta mujer se ha llevado puesta a mucha gente. Sus manos de huesos no han tocado basura ni detergentes pero las ha metido en bolsillos ajenos a lo largo y a lo ancho de su vida. Lo examina como a un utilitario de su enorme astillero. Hubo tiempos buenos para la explotación: devolvían los utilitarios que sobrevivían al Liceo Naval y, ya amansados, trabajaban en su fábrica por la mitad del sueldo. Ahora ha llegado el tiempo del retorno de los dueños como ella, puede salir de abajo de las piedras, aunque en realidad estaba cómodamente recostada sobre sus dinerales mullidos. La mujer se lo quiere llevar para un trabajito en su casa. Pero hoy el hombre es de otra propietaria que no tiene a nadie por encima, hoy, la mujer vieja con todas sus mañas va a apartarse de su camino. Clara se eriza pero se controla. Las dos mujeres se miden, una ráfaga de viento tambalea a la anciana que, finalmente, se aleja.

Abrir la puerta del piso de Dalezio no representa un gran esfuerzo para el vecino.

A pesar de la luz escasa que entra al living, Clara queda deslumbrada.

La mujer que ocupa el sillón negro giratorio, delante de una pantalla en reposo con un diseño que gira infinito, es una hermosura, o no tanto, pero irradia algo divino. Clara no abunda en adjetivos, prefiere el pin pan pun de la Tabla, pero queda indecisa. Es menuda como ella, y enseguida siente que podría reemplazarla. Se aproxima hasta percibir que respira el aliento parejo de algún alimento que Clara no detecta. La mujer tiene un tono muscular que la mantiene sentada derecha pero no rígida, oscila apenas ajustando la posición como un bebé que recién se sienta. Los pies, plantados sin presión sobre el suelo, ayudan a que se sostenga. Contempla, pero no enfoca la mirada. No está viva ni muerta, piensa Clara mientras le roza la piel tersa. Cualquiera podría explotarla, convertirla en presa y eliminarla. Una boca menos para los alimentos. No representa ninguna competencia, aunque siente que la mentira le aprieta el cuello. Pero la competencia necesita de jurados y premios, y ahí están a solas con el lelo.

¡Juana, fémina tóxica! ¡Estás confinada en un casillero! Tu belleza sexuada está en manos de otros que te palpan a gusto. ¿Sos la reina del masoquismo o una víspera revolucionaria?

Una mano dúctil acompaña los movimientos que Clara le impone: Juana no opone resistencia alguna. Su cuerpo está entero pero parece una madriguera en donde se esconde alguien. ¿Hay alguien ahí?, pregunta Clara. En respuesta a lo que cree indiferencia quiere morderla, volverse contra ella hasta que su mirada esquiva, lejana, reconozca su lugar en la Tabla. Se ve débil pero no puede reducirla o regalarla con esa expresión de borracha alegre: oscuramente nota una sonrisa que asoma a la superficie. Incómoda en esta relación difusa, la sujeta fuerte de la barbilla: esta mujer dona deseo, y Clara se subyuga. De pronto quiere desnudarla, pero lo invisible que irradia la anula y surge lo espinado, lo intocable de Clara.

Va a perforar esa madriguera hasta descubrirla. Las señales

atractivas que recibe se le oponen a visiones hambrientas, antiguas y modernas. Y nada más moderno que el hambre y la falta de cubiertos. Y ella no va a invitarla a su mesa.

Ya la puso en un casillero: la transporta como a un hongo arrancado que ha crecido en un árbol, un liquen que mata. Va a liberar al tutor de su parásito.

La cara del vecino está empapada, fija la mirada en esa mujer blanda. Clara le ordena que la cargue en la carretilla, y la cubren con una manta.

Una vez en su casa, despide al vecino, casi lo empuja para que salga, y se pone el delantal blanco de una tela sedosa.

Los pájaros que deambulan dando pequeños saltos por su jardín privado suben a los árboles. Se cruza el gato, curioso por la mercancía.

¿Sos una naturaleza muerta, Juana, un cuadro que te recuerda, o dentro de tu piel está la naturaleza activa?

Andrea y Bautista ven una multitud apiñada en la vera del río. Los buscadores de tesoros sacuden a unos científicos sujetándolos de los monos enterizos, quieren abordar una goleta que tiene su carga intacta antes de que la entierren de nuevo. Es patrimonio subacuático que por siglos estuvo cubierto de barro y mantuvo su química. Encalló en otro tiempo en la trampa de fondo blando del Río de la Plata. A la vista, baúles oxidados cerrados con candados, cacharros y balas de cañones. Es un barco sueco, rústico, reforzado para cruzar los océanos.

Nadie se fija en las bogas, las damas del agua o las chanchas —como les dicen porque les gustan la masita dulce y el pescadito salado— muertas en montones, que unas grúas apilan en esta tumba marina hasta donde el brazo maquínico puede alejarse de la costa. Algunas carpas con los labios marcados en sus bocas-sopapa aún remueven el limo buscando alimento. Un científico que no interviene en la pelea se distrae con estas últimas criaturas y pronostica que mutarán a anfibias, con pequeñas patas adaptadas al cemento, y correrán escapando de los gatos sueltos.

Andrea y Bautista observan con sorpresa el primer barco anfibio que tiene una sola rueda delantera y dos traseras al final de unas patas hidráulicas. El diseñador, excitado, presenta la nave anunciando su magia: “Estamos en el líquido y luego en la tierra, pasar de un estado a otro es extraordinario”. Todos aplauden alrededor de la embarcación lustrosa; el futuro del astillero Río Santiago es la fabricación de los barcos anfibios que transportan toneladas rodando sobre el barro o flotando en el agua.

El gobierno deja que la gente se agite, la Policía los vigila pero permite que se vayan a las manos; se ocupa de otros asuntos que tiene bien trazados, pero podría haber algún desvío. La escasez —la lucha sangrienta por la migaja— es un agente activo y eficaz de

despoblación, y reduce los costos de los utilitarios. Es la vanguardia del gran ejército de destrucción y muchas veces alcanza para terminar esta tarea. Pero si fracasa en su labor exterminadora, son las enfermedades y las epidemias las que avanzan en terrorífica formación. Si el éxito no es aún completo, queda todavía en retaguardia el hambre definitiva: ese gigante ineludible que de un solo golpe nivela la población.

Y un asesor voraz que está progresando, escalando rápido, recomienda su urgente aplicación en este municipio que desborda por la migración.

Bautista y Andrea ingresan sin dificultades al edificio de Inteligencia Naval y se dirigen al sector de registro de personas. A pesar del atuendo, es la limpieza esmerada sin migas de lodo detectables la que les abre de par en par la puerta vidriada. Eso cree Andrea, que no ha notado que Bautista susurró una extraña sucesión de sílabas al guardia que vigila la entrada, la contraseña que les franqueó la puerta. Esperan sentados en la punta de un sillón, temerosos de que algo de humedad oscurezca el tapizado.

Un militar de punta en blanco, bruñido como Bautista, esculpidos los dos en tiempos marinos, los saluda tieso, envanecido de su suerte. Les dice que al finalizar el Liceo Naval se quedó en Ensenada, intuía que sería la Tierra Prometida. El marino es capitán de Navío, es un mal navegante y no puede negar la destreza de Bautista, que recuerda bien, pero él llegó a comandante de un destructor y de la fragata *Libertad* y coronó su carrera como edecán, guardia del intendente.

Ahora es la cabeza de la temible Inteligencia Naval. Hijo de un oficial, él mismo nació en el hospital de la Armada y pocos entienden esa gran pertenencia: de dos mil aspirantes solo egresan cincuenta. Desprecian a las otras fuerzas y a los civilacos, tengan o no dinero.

Bautista, en cambio, al egresar, se alejó, no de los barcos, pero sí de la Fuerza. Quiso creer que había logrado sacudirse esa tiesura que ve en el marino, que en la isla se le aflojaron los tirantes que traccionaban su pecho macizo, se desajustaron sus articulaciones de muñeco al que le chirrían los tornillos y que su espalda se encorvó en

alguna lluvia larga al penetrar con su melancolía mórbida. Juró, recorriendo aquella periferia inmedible, que había desterrado el cuadrado, y con el fango que nunca desaparecía del todo, eliminada la pulcritud exigida, había logrado arquear al marino y adquirir un poco de fluidez en el Territorio Líquido de la isla.

Sin embargo, se cuadra, lo tiene metido en el torso, en las piernas y hasta en el cuello. Se saludan con la venia a dos pasos de distancia, con gestos rígidos que alguien demoníaco inventó. Bautista solicita hablar, y el marino se lo concede, luego se ríen y se dan la mano.

Andrea no sabe si Bautista hace una perfecta simulación de la Fuerza o ya olvidó la untuosa mezcla de los cuerpos. Se para resuelta a iniciar un escape: estudia el terreno, la salida más rápida; se da cuenta de que está en las entrañas de la Bestia, tiene que correr, volver al barro o alcanzar algún barco.

Pero Bautista la sujeta y, sin evitar las metáforas marinas, le pone la mano en su pecho y le dice al oído que sienta cómo late su corazón blando de bivalvo.

Mientras buscan el apellido de las hermanas en la lista de migraciones recientes, el excompañero le cuenta que a los primeros que llegaron no les exigieron documentos, no estaban organizados para recibir a los parias que venían como cardúmenes en las chatas. Alguno pudo dar un nombre falso. Le pregunta de dónde vienen ellos, y Bautista se apresura a contestar que de Mar del Plata. Bromas agrias acerca del río, que ellos, mientras se entrenaban en el Liceo Naval, consideraban un pobre sucedáneo del mar. Poseidón gobierna los mares, cabalga las olas sobre caballos blancos, les decía un capitán medio pirado, los vómitos a barlovento enojan al dios que bate más las olas con su tridente.

Bautista tiene que contenerse, sabe que están en peligro pero cualquier lista lo enfurece. Enlistar gente esconde malas intenciones, no somos uno después del otro, no somos el primero, el segundo o el último. ¡Cómo quería Bautista estar ausente de la lista diaria del “presente”! Cadete, grumete; escalar jerarquías para que no te jodan, dormir debajo o arriba. Minutos para todo, el reloj que manda durante la jornada y no afloja de noche. Más flexiones, tiempo de operaciones.

Castigo en horas. Guardias nocturnas.

—Blanco, acá figura. Juana Blanco. Llegó con... —desliza el dedo con manicura— Dalezio. La cruz al lado de este individuo indica que les otorgaron vivienda, debe ser alguien provechoso. Tienden a conservar a estos civilacos. Pero no se garantiza la descendencia. No hay nadie nacido en este período. La hembra, Blanco, no tiene cruz, no debe ser conveniente.

El marino grandilocuente hace un gesto tosco de desprecio. Andrea piensa que si le dice su apellido va a ir a parar rápidamente a esa columna porque pertenece a la misma familia. O tal vez ella tenga alguna ventaja sobre su hermana. Según comienza a entender, la esperanza de futuro es de los más fuertes. Revive la competencia con Juana sintiéndose superior; es capaz de esperar unos minutos más sin fugarse.

Mientras buscan más información, Andrea recuerda una tarde que pasaron juntas con Juana en un parque de diversiones cerrado al público; un cierre temporal o tal vez definitivo. El padre había llevado a sus hijas hasta allí porque recordaba ese parque de su niñez; la madre estaba enferma y él había quedado a cargo de las dos. Desde que habían salido de la casa, en una rara ocasión que suspendía las rutinas, todos estaban incómodos: el padre observaba alerta a quienes los cruzaban pero no advertía a sus nenas. Andrea no deseaba compartirlo con Juana, que había sido levantada de la cama demasiado temprano para lo que acostumbraba y vestía un simple camisón que no habría distinguido de un vestido; silenciosa como siempre, llevaba también la aureola que Andrea quería sofocar.

Habían visto una entrada para máquinas: una reja abierta que daba a un galpón donde segmentos de rieles y animales de hierro se apilaban. El padre dejó que entraran juntas al Pasillo del Horror. Los carritos no funcionaban, ni siquiera estaban en los rieles, había que caminar entre maderas y tornillos hasta salir de la oscuridad a la luz estridente. Se habían manchado de grasa negra las zapatillas, y al salir, Andrea se liberó de la mano pequeña de su hermana que había arrugado la tela apretando el borde de su vestido. Lo último que

hicieron esa tarde en que no se producía ninguna ligadura entre los tres, que caminaban como sonámbulos por el parque detenido, fue acercarse al lago artificial en el que flotaba un cisne grande de metal. El viento lo había arrimado a una de las orillas de cemento.

El padre estaba distraído, había salido de la cárcel esa misma mañana. Solo había pasado allí una noche, como advertencia, y ninguno de la familia lo había notado. Creyó que era una suerte encontrarse allí sin nadie vigilando, pero se derrumbaba, su ánimo se descomponía al ritmo del desastre que imperaba. Un juego macabro, en un parque donde nadie se divertía. Se alejó unos pasos de sus hijas y se desplomó en un banco.

Juana ya estaba sentada dentro del cisne despintado. Dentro olía a pis y herrumbre. Andrea empujó el ave que se bamboleó y deslizó lejos de la orilla. El lago no era muy grande pero lo suficiente para que el juego moviera los animales con un mecanismo oculto debajo del agua, ahora desarticulado. El cisne llegó hasta el centro del lago y allí se detuvo.

Andrea no la vio y pensó que el cisne, que alguna vez había sido negro, se la había tragado y que su hermana estaba en el estómago del ave que flotaba elegante como lo hacen los cisnes y podría volver a la orilla agitando las alas. Pero Juana se mecía asustada en el asiento bajo, su cabeza apenas asomaba y no podía pronunciar el nombre de su padre.

Andrea se sacó la bufanda que había tejido una “compañera” durante un tiempo de aguante en la casa de Tigre, una bufanda roja que le daba varias vueltas al cuello, con flecos largos. La arrojó al agua para alcanzarla. La bufanda pesaba cada vez más, y Andrea tenía que usar toda su fuerza para estrujarla, descargar el agua, y luego arrojarla de nuevo, pero finalmente el viento comenzó a mover el cisne y arrimarlo a la orilla contraria. Andrea fue hasta allí y le gritó a Juana que se sujetara de la bufanda. Los atrajo tirando con una fuerza titánica, arreó al cisne enorme con la niña dentro. El tejido se estiraba y podía romperse.

Preciosa y con temor, Juana pidió volver a casa.

Andrea revive la polilla negra —la metamorfosis de la oruga rústica

—, que se agita ante el posible encuentro con su hermana-cisne, delicada, tal como ahora la recuerda.

El marino se ha desplazado por distintas oficinas y vuelve con paso redoblado. Toda una selección nacional de hombres y mujeres para esta oficina. ¿Habrá llamado al director y quedarán atrapados en la visión amargada que impera en Nueva Ensenada?

Tal vez en esta repartición reciban las mismas pagas, pero excluir la competencia sería un gran peligro. El cansancio se disimula, y se estimulan las pequeñas luchas. Que no se duerman. En otras vísperas serán cráneos del montón y cuando sean calaveras no habrá examen que los diferencie. Por ahora están reunidos bajo un entramado de tubos vibrantes que delatan cualquier imperfección en el blanco blanco de las vestimentas.

Para Bautista, que no olvida su educación naval, los lustres castrenses son tintes sombríos de la Armada Argentina.

El marino no tiene nada más que ofrecerles. Se van con un papel impreso.

Bautista la mira triunfal y útil, Andrea nota que mantiene para ella esa mirada prodigiosa que inauguró en la caminata juntos. Bajan por las escaleras mientras ella, emocionada, siente que está tirando del tejido de la bufanda para acercar a su hermana.

Es posible bañarla. Es dócil y solo hay que guiarla. Esta fémina vino en una migración tigrense y podría mantener restos de plantas acuáticas o fango de aquellas islas.

La madre de Clara nunca la llevó cerca de las marismas próximas al estuario en la vieja Ensenada. Tierras húmedas con hierbas y arbustos para los animales. El lodo blanquecino sería polvo dentro de la casa, y la madre no quería el polvillo sobre las miles de prendas de vestuarios que alquilaba.

Clara llena la bañadera anticuada y honda, con patas de león de hierro. Va a lavar a esta mujer de zapatos lindos.

¡Estás doblada en el borde de una bañera, Juana, como una muñeca floja. Los muslos pegados y la cola abierta!

La boca ancha de la canilla expulsa chorros humeantes. Juana flota rodeada de una sombra en suspensión. Clara cambia el agua dos veces hasta que corre limpia. Finalmente, la tiene inmersa en la transparencia.

La mujer que se ajusta a la Tabla se da cuenta de que todo este tiempo olvidó algo que ahora presiente en la fémina y que su madre desalojó de ella, cuando era pequeña. Fue el día que se embadurnó con mermelada. Había decidido que algo tan rico no debería ser solo para la boca. Saboreaba el dulce de rosa mosqueta con la punta de la lengua, pero la piel pedía lo untuoso en los poros; y la nariz, el perfume cerca. Los ojos coloreados con la rosa rústica. Fue una aparición melosa entre los pasillos angostos que formaban los percheros en fila. Mamá, mamá, llamaba, con el frasco resbaladizo, dos dedos dentro, el pecho chorreado, el dulce resbalando tibio por el cuello hasta la bombacha, única prenda puesta entre tantas prendas que la rodeaban. Ese día la madre colgó la Belleza en una de las

perchas, abrió la puerta y la dejó en la baranda de la escalera, castigada como a un perro que es pura ternura y cometió una falta. No fue a ella a quién dejó castigada al pie de la escalera, fue a la Belleza que Clara poseía y reencuentra ahora en esta fémina, en el halo que insiste en formarse y que tal vez no sea suciedad flotante. Se saca el delantal antiguo y se sumerge en el agua. La abraza desnuda. La aprieta todo lo que puede.

¡Juana, otra vez en una bañadera! Nada de duchas rápidas... Los corazones se entibian y licúan rigideces. Suspenden las decisiones: morirse o dar muerte. ¿Y tu cuerpo que sigue entero abrazado por otro y flota en sus porquerías? ¿Se huele furia o es el olor de las formas vivas?

Clara tiene todo ordenado, jerarquías simples. Pero lleva una correa de ahorque para no cambiar de casillero. Nota que las dos son del mismo tamaño: los dedos de los pies entrelazados, las coronillas no alcanzan el tope de la bañera, el aliento gemelo abre para ella flores encarnadas: las rosas rústicas, la mermelada. Siente flores dentro de la garganta. La conmueven. Pero esos pétalos se ensanchan dentro de su cuello y aprietan la correa.

De pronto un pataleo: la Belleza se ahoga en su bañadera.

¡Juana!

Afuera el trabajo disminuye y el silencio sitia las calles: nada comienza, nadie se mezcla. Cuando el sol de media altura anuncia el fin de la jornada, la labor industriosa de este municipio y los que mandan bajan la guardia. Todo es provisorio. El explotado, el parásito, la competencia entre las personas puede cambiar su signo en la Tabla con un golpe de martillo. Todos luchan, entre todos. Las catástrofes naturales se suman a la avidez que cambia las reglas en lo que dura una órbita de la luna. Y los nuevos inventos, cualquier desarrollo, toda la gloria del cerebro queda encerrada en su propio regodeo. Nadie comparte su inteligencia, nadie coopera.

Dalezio se demora en el Museo observando la Tabla antigua detrás de la vitrina. Quiere refundarla, cambiará algunos signos. Cierra su oficina con llave aunque nadie vigile los museos y nadie cuide a los dinosaurios ni limpie el osario. Su auto quedó solitario en el hemiciclo exterior del edificio como un último diente que puede morder. El Museo de Ciencias Naturales es la boca de un viejo que pronto dejará de alimentarse.

Enciende el motor; del mismo llavero cuelga la llave de su casa y le roza la pierna. Va a recorrer los kilómetros hasta la vivienda asignada donde vive con alguien que no lo advierte, pero él maneja sonriente.

Ven la vida miserable y a los educados para morir de hambre. Bautista y Andrea van en busca de la vivienda que Dalezio y Juana tienen adjudicada. Atraviesan un patio seco en donde la Policía organiza un juego: a los perdedores los suben en los armadillos-bola, los nuevos blindados que son imposibles de abrir desde afuera. La gente cae rendida, y la nivelación se produce por amor a la filosofía natural. No puede ser mayor la cantidad de nacimientos a la cantidad de entierros, y el que tiene un hijo deberá ser considerado un enemigo por sus compañeros. Pero el viento no sigue la Tabla, sopla la misma corriente para los explotadores que para los pies de barro. Bautista y Andrea lo tienen de frente y huele a marismas: ligeramente salobre mezclado con el comercio fuerte del viejo puerto que ahora recibe toda la mercancía.

Llegan al conglomerado de edificios-casas de tres plantas, a los senderos de placas grises que los unen, a la vida moderada que debe oscilar entre la felicidad y la desgracia. Es la hora del repique de los cubiertos. Se van encendiendo las luces. Aquí se comen pucheros hechos con los pollos chinos que llegan en las embarcaciones. Andrea siente arcadas mientras el agua hierve en las casas y la grasa amarilla alcanza el viento.

Tocan el timbre.

Deciden esperar sentados en un banco de cemento desde donde pueden vigilar la puerta. Bautista está junto a ella y mira un plano de Nueva Ensenada que le dio el marino para no perderse entre los asentamientos. Cerca de allí está el Hotel Querandí donde deben pasar la noche. El marino los dejó hoy a su aire, pero deberán reportarse al día siguiente. Encarnarán alguna pieza utilitaria para el municipio, si no irán a compensar la cuenta geométrica.

En la espera, los pensamientos de Andrea se encrespan.

Se habían odiado como se odian las hermanas, primero, por las ligeras diferencias que su crecimiento iba mostrando. Creyeron que debían ser iguales pero con el tiempo, al manifestarse en formas dispares, comenzó a abrirse entre ellas una enorme distancia. Como si ser iguales hubiese sido su destino y un cuchillo las hubiese separado en partes distintas.

Andrea repasa retratos y cuerpo entero y no encuentra los genes idénticos que comparten los hermanos. ¿Qué hace a la gente distinta?, se pregunta, ¿no será ese asunto una fuente de furia? La creencia profunda de que fuimos una única masa, luego una estirpe linda y oscura, y ahora sufrimos el dolor de no poder reconocernos.

Los ojos del padre, las manos de la madre son solo un muestreo de órganos en el reparto disímil. No encuentra fácil hallar lo familiar y acurrucarse juntas como animalitos ante la intemperie. El ánimo de Andrea es tan volátil como inoportuno: Juana está aquí en Nueva Ensenada, ya lo sabe, y tal vez sea tiempo y espacio de coincidencias. Sin embargo, permanece sentada en la punta del banco para alejarse de allí sin obstáculos y seguir su camino constante o quizás esperar quieta para abrazar a su hermana en cuanto la vea. Vivieron amenazadas por pájaros carnívoros, y aunque todo sucedía a sus espaldas, Andrea siente que los daños perduran, secretos, y las discusiones son hierros que atraviesan sus cabezas.

Un hombre flaco, vestido con una camisola transparente, pelo largo prolijo sujeto con un elástico detrás de la nuca, avanza despacio mirando donde pisa o tal vez pensativo. No lleva ninguna urgencia pero tampoco parece demorarse a propósito. Bautista y Andrea lo miran expectantes. Podría ser Dalezio, piensan, pero aún no han aprendido del todo los códigos de Nueva Ensenada. El hombre llega hasta la puerta de entrada, empuña una llave.

En ese momento se paran y lo llaman por su nombre.

Bautista y Andrea han navegado por distintos ríos. Ríos vivos con muertos disueltos en el agua, ríos metálicos llenos de hierro de los gigantes del agua, ríos colmados de ideologías. Ríos históricos y ríos divinos. Ríos descuidados y ríos vacíos. Finalmente, todos los ríos ahogan sus nombres en el mar y hunden su agua en el océano. El viento les trajo una idea salobre de él, allí en el estuario de Nueva Ensenada. Están cerca del agua eterna, pero no saben si se han arriesgado para encontrar una joya o la muerte en las profundidades.

Dalezio es amable. Siempre ha lidiado con otros, incluso buscándolos en mínimas trazas. Conoce a la gente y sus bacterias específicas. Siempre responde a su nombre con modos suaves y una sonrisa.

Se aleja unos pasos para observar a Andrea, tan desemejante a Juana. Pero recuerda perfectamente su nombre y todo el árbol genealógico que descubrió en el laboratorio de Tigre siguiendo el rastro del padre desaparecido. Continúan parados en la entrada del edificio intercambiando información. El viento se ha vaciado de los pucheros de pollo y reporta flores. El investigador amaga un par de veces con la llave, pero se distrae con la conversación. Les cuenta que el estado de Juana no necesita de un horario de llegada, ningún apuro,

que su estado es mediano pero se alimenta y bebe agua. Intenta describir cómo está escondida en el cuerpo, que es su madriguera, y también confiesa su propia incapacidad de alcanzarla. Sí, sí, está viva, sana, ve pero no mira, tampoco habla. Andrea sabe muy bien de qué se trata, recuerda el silencio de niña. Dalezio no dice nada de la hija, no vale la mención sustantiva de quien ni siquiera tuvo nombre.

Bautista y Andrea se retraen. Pierden el coraje de la caminata. Suben taciturnos por la escalera. Otra vuelta de llave y verán a Juana.

Y las llaves abren, pero también cierran.

Es íntimo. Solo están separadas por pieles que contienen latidos, entre otras funciones vitales: una intimidad que podría atravesar los sentidos. Clara la abraza en el agua, algo entorpecida por las flores que se abren dentro de su garganta y le dificultan respirar. Pero se aferra a la mujer que es su Belleza perdida, el dulce rosa que tanto la excitara y que su madre sujetó con una correa al castigarla fuera de la casa. Intenta absorberla a través de esos ojos abiertos que se desfiguran debajo del agua, quiere rasgar el límite de la piel desnuda que contacta.

¡Podrías ser la mascota, Juana, su animal doméstico bonito, y rogar por tu vida moviendo la cola! ¡O dejar de respirar y abandonar el juego para siempre! ¡Juana, ya no sentís los pensamientos, no sentís nada! ¡No sabés de canales profundos, ni de barros sedientos!

Clara la envuelve con una manta a cuadros que no absorbe bien el agua. La frota en un arranque de pertenencia. La Belleza ahora es suya y no quiere volver a perderla. Desfilan goteando despacio entre los percheros en busca de un vestuario. A Clara la satisface el rastro chorreado en el piso, como si la fémina fuese un manantial surgente de hermosura que se derrama en su propia casa.

La ropa acumulada es un poco maloliente y los sudores de distinta gente comienzan a acarrearle a Juana un teatro entero.

¡Atención, Juana! ¿Ese olor a vestuarios es conocido o solo te parece? ¡Nadie sabe que el olfato nunca te abandonó!

Clara elige para Juana un atuendo estrafalario: es de bailarina, pero del corsé sale una cabeza de pájaro. Queda vestida con gasas manoseadas.

En el teatro nada era de nadie y todos podían ponerse el traje que

quisieran. Existía una idea del tiempo extendido, como en el delantal que usa ahora Clara, ropa puesta y puesta a lo largo de los años. Quieta, le dice a Juana, mientras la viste con ropa de pájaro y ella se cierra hasta el último botón del delantal antiguo.

¡Quieta! ¿Olés los perfumes complejos que gravitan libres? ¿Son el perfume de tus flores o del camarín rancio?

Clara repasa mentalmente la Tabla. Deduce que si Juana es un parásito, una se beneficia, la otra se perjudica. Habría alguna ventaja para ella, analiza, porque a la larga la selección natural primaría. Pero también teme que sería difícil competir con los aspectos florales de esta mujer. La fémina le abrió los pétalos que la atragantan. Juana se le desclasifica, y Clara vuelve a enfurecerse.

Nunca mató a nadie, hizo pequeñas jugadas para desplazar gente, para que no la exploten, como cuando un compañero quiso instalarse en su casa sin pagar nada o cuando expulsó a uno más grande que la depredaba como si fuera un animalito. Así la vida.

¡Siempre ofreciste una bella vista a la gente para que huelan el cielo, Juana! Pero reunidos ante la mujer antorcha, se calentaron las manos para luego apagarte con un balde de agua fría. ¡Ay, qué miedo tienen que el deseo los incendie! Te pisaron con zapatos rústicos, ahogaron hasta las pequeñas llamas eléctricas. Pero, ¡atención! Todo tu Eros vibra nuevamente.

Los tres están muy juntos parados en el arco de la puerta. Bautista y Andrea esperan que los invite a pasar dentro para ver a la hermana que abandonó su cuerpo o lo que quede de Juana “fuera de la caja”. No saben bien lo que eso significa ni qué esperar de los escasos comentarios científicos o tal vez ficticios que les hizo Dalezio. No alcanzaron a configurar una idea o imagen de Juana mientras subían la escalera. Y esta vivienda no arroja señas, contiene lo imprescindible. Ningún cuadro entre las ventanas, no hay muebles que generen superficies para apoyar adornos, esas cosas innecesarias, que, sin embargo, son como reseñas personales. Avanzan juntos hasta ver el respaldo de un sillón negro y una pantalla iluminada que no está linkeada y, que al igual que el ambiente, es solo un recipiente encendido.

Ese sillón está vacío.

Dalezio gira la silla, se pone trágico, levanta los brazos, mira por la ventana. De pronto se detiene y con una esperanza mezclada con temor les dice que ha salido sola. Pero enseguida le parece imposible, alguien se la tiene que haber llevado. Dalezio ocupa el sillón, agacha la cabeza entre las manos.

Bautista se para firme frente a la butaca, frente al investigador y abomba el pecho. Todos los patrones piratas, todos los milicos cuando están embarcados le hubieran dicho que nunca se abandona un compañero aunque este mismo se haya arrojado al agua. Y esta casa es ahora su barco. Enciende sus mecanismos de salvataje.

Pasan la noche, duerme el que puede. Andrea no logra disimular su decepción, siente que nunca salió de la isla, ni de la lancha: su casa náufraga. Se desplazó pero no avanzó nada. Recostada junto a Bautista en un colchón que les cedió Dalezio, analiza los argumentos persuasivos de su compañero, pero también siente que fue presa de

una fábula en la que el encuentro con su hermana o el rescate, como lo llama su compañero, tenía un premio. Y ella sostiene un diálogo precursor con Juana: una es el día; la otra, la noche, se rozan al amanecer y al ocaso pero es imposible estar presentes al mismo tiempo. Es cierto que en aquella lunación que los sorprendió en la caminata, en el instante de luna llena, los dos astros, dándose la cara, la llenaron de expectativa. Siente toda la fatiga del viaje. Cierra los ojos enrojecidos.

No se han presentado. El marino está en el hotel, y Bautista y su acompañante no figuran en el registro. Y en este municipio todos son trozos de arcilla sometidos a impresiones distintas. Algunos darán permanencia y otros serán quebrados fácilmente. Al añadir los nuevos ingredientes a la enorme masa, hay que adecuarlos al proceso para provocar rendimiento o su estancamiento. Aún no sabe si su excompañero Bautista dará permanencia o tendrá que quebrarlo. Después de todo, la maldad no existe para suscitar la desesperación, sino el movimiento. Y en Nueva Ensenada hay que acelerar la maquinaria. Enriquecerse en poco tiempo. A Bautista ya lo espera un empleo para maniobrar en la rada externa, pero si él o su acompañante son personas sobrantes, y no utilitarios, se les retiran los cubiertos. Que coman con las manos el pan de los marginados, que sacia el apetito sin aportar nutrientes.

Dará la orden de buscarlos ahora mismo, no quiere piezas sueltas. Él es un comandante del tiempo y se ha vuelto un experto al adiestrarlo.

Durante cinco años, Bautista, el marino y sus compañeros iniciaban el día con la sirena del astillero e inmediatamente sonaba la diana y comenzaban horarios imposibles de cumplir. Ese era el ardid al tiempo; nadie podía obedecerlos pero los castigos por incumplimiento minutario les hicieron creer que ese tiempo encogido existía. Cierto es que era un mundo de niños y las órdenes directas las daba un adolescente de quince años a uno de trece, al que trataban de usted y en posición de firmes. Casi nunca veían a los oficiales y, como en la isla de Goldwin, la base naval de la isla Santiago estaba gobernada por esos infantes doblegados por Cronos: el dios del tiempo y de los calendarios. En la base naval, Urano, el dios de la libertad, estaba muerto. Y Cronos se deleitaba devorando a sus hijos.

Bautista traicionó a la Fuerza al abandonarla, concluye el marino, y

deshonró a Cronos perdiendo el tiempo, como dicen en Inteligencia Naval, algo que todos hacen en la isla de Tigre. El marino comenzaba a arrepentirse de haberlo recibido. Pero dentro de la Fuerza imperan las hermandades secretas, y el guardia de la puerta había subido hasta su oficina para anunciarlos, junto con el hurra de promoción que compartieran. Sin que Andrea lo notara, Bautista le había dado la contraseña para que se la repitiera —*huincanquecan*— y se abrieran las puertas.

Bautista resuelve comparecer en el edificio de Inteligencia. Les dice a Dalezio y Andrea que es lo más prudente, sabe cómo funcionan estas mentes lucrativas.

Pero comienza a desconfiar de su decisión al acercarse al espectáculo del puerto, allí donde se congrega toda la operación naval. Más lejos la gente amarronada está hurgando la tumba marina, sorbiendo moluscos y corriendo detrás de los cangrejos, que parecen estar en su mejor momento. Bautista observa a una mujer limpia, parada sobre "chatitas", vestida de turquesa aguamarina, detrás de unas vallas metálicas que la separan de la gente. Parece que los policías reportan, sin sacarse los anteojos de reglamento que esconden la mirada teledirigida, solo a ella. Dispuesta a contar las bajas del día, está parada en un sector adoquinado del puerto que han mangueareado, y el asfalto húmedo brilla. Se acerca todo lo que le permiten y se sorprende de su aspecto vacuno, de sus mofletes. Los ojos delineados, el pelo gastado y una cierta gordura esconden su dureza idiota. Le parece conocida, es posible que haya sido una secretaria del astillero que ayudaba a los torturados que blanqueaban y retornaban al trabajo. Era mítica, y se hablaba de su fisonomía dulce que escondía entonces sus maniobras valientes. Es la misma mina, dice Bautista. En una mutación horrible.

Se acerca al edificio, es allí donde llevan el registro de los utilitarios y también la dieta del gobierno para las distintas castas. Tal vez desde ese mismo día, él será un jornalero que trabaja a cambio de su vida. Extraña la isla aunque ya no haya agua sobre la que orillarse. Muchas veces se preguntó qué lo obligó a finalizar el Liceo Naval, qué lo retuvo viviendo en un régimen militar. No tiene la respuesta, pero recuerda el sentimiento que corría por los cuarteles: si abandonabas, eras un fracasado, y eso se te metía en la cabeza. Pero al egresar

comenzó a juntar información y entonces sufrió un trauma. Tal vez en parte fue que vivía solo por primera vez. Sin escuchar la diana, fuera de la hermandad militar.

En cuanto el marino lo ve acercarse a su oficina, le hace un gesto imperioso y lee una orden escrita: lo espera un remolcador de apoyo para las maniobras de los buques mercantes.

Bautista desobedeció sus instrucciones. Ahora tendrá que bambolearse entre los temibles gigantes, que pueden provocar accidentes y destruir a los pequeños remolcadores mientras los empujan, o tiran de ellos con unos cabos gruesos. Oyó de uno que al cortarse el calabrote —la soga con alma de metal— se dio vuelta por la desproporción de las naves.

Debe presentarse en el muelle de inmediato y allí le completarán las órdenes.

Al regresar al puerto le señalan cuál es su remolcador: se llama *Tábano*. Sube a su nave pintada de negro, que es puro motor. El casco viejo defendido con gomas de autos atadas para protegerse de los topetazos de las naves monumentales. La escalera de proa lo lleva al puente de gobierno y allí toma el mando. La rada es un caos demencial, cientos de barcos esperan atracar en Nueva Ensenada.

Recibe la última instrucción antes de dejar el muelle: no podrá abandonar el remolcador. Estará disponible de manera permanente. Le llevarán la comida por agua. Será su nueva vivienda y no podrá volver a pisar tierra firme hasta nueva orden.

Antes navegar significaba libertad, ahora está preso en un barco, algo que Bautista nunca hubiera podido imaginar.

Delante de la luz del día reluce el cansancio y la decepción. Dalezio se esfuerza al intentar para Andrea un resumen de la vida con Juana, pero el desgarramiento lo interrumpe con múltiples heridas que se le descosen, sangran y debe atenderlas. Se levanta, va al baño repetidas veces. De pronto, tiene una sospecha que enseguida comparte con Andrea. Le pide que se quede en la casa, él puede demorarse porque va a buscar información de una alumna fanática, podría ser quien se llevó a Juana.

Llega al Museo y busca el informe: una carpeta que ahora lee detenidamente y que describe a Clara, más que como una fanática, como una demente. Pero se lleva una gran desilusión: el domicilio que figura de la alumna está tachado porque ya no le pertenece. Y no hay una nueva dirección. Consulta en el registro de viviendas al que tiene acceso alguien como él, bien encasillado, y en ese domicilio está registrado un hombre que fue destinado a las fuerzas de seguridad de Nueva Ensenada, en la zona marginal.

Recorre la biblioteca, como tantas veces ha hecho, mientras resuelve sus próximos pasos. Contiene estanterías con libros anticuados de teorías caducas y enloquecidas. Escritas con el mismo fervor del buscador de oro que vive en Dalezio, y que son capas arqueológicas de conocimiento. Son palabras pero han sido descubrimientos, algunos fueron verdades y luego, mentiras descomunales. Hombres que dejaron la tripa para adelantarse, estar en boga, tener brillo y gloria. Ensayos extravagantes que hipnotizaron a las masas de su tiempo. Gente indomable, trepanadores de viejas ideas que extirpaban la anterior, pero pronto sus teorías podían ser una falsedad. Algunos pocos escribieron el futuro, la mayoría eran sobrepasados más o menos rápido. Sin embargo, en todo ese movimiento isocrónico se fueron

esculpiendo también tumores indestructibles: columnas vertebradas de teorías enfermas, graves, que se extendieron en carnicerías humanas.

Allí mismo, en esas estanterías, Dalezio podía encontrar volúmenes de frenología que relacionan la forma del cráneo y los rasgos con las tendencias criminales. Un libro de White sobre poligenismo sostiene qué lugar ocupan los negros en la "gran cadena de los seres": insensibles al dolor, cerebro más chico y órganos sexuales más grandes; su ensayo la da permiso al caucásico. Y las teorías de Darwin, que confirman que las razas humanas pertenecen a especies diferentes, ya que algunas están destinadas a extinguirse a manos de otras en la lucha por la vida.

La insatisfacción bíblica había lanzado a estos investigadores al progreso despiadado. También está el libro de Prichard que sustenta que el ideal de la belleza física busca el apareamiento con los tipos menos pigmentados para lograr pieles más claras. Dalezio piensa en los pies de barro, en los hombres y mujeres hacinados, cubiertos de arcilla.

Estos libros exculpan y glorifican el imperio del más fuerte. Igual que ahora, igual que en Nueva Ensenada, como un cáncer, esas teorías devoran cualquier idea de simbiosis benéfica —como la que él sostiene —, extendiéndose a todas partes.

"Podéis confiar, mis oscuros amigos negros, que los más simples sirvan a nosotros, o solo penas y desengaños les esperan, hasta que se sometan a la ley del Mundo", escribe Carlyle. Así el piadoso asesino disfruta del consuelo de las leyes de la Naturaleza. Y el maridaje entre el racismo y la doctrina de la lucha por la existencia es la excrecencia de guerras nacionales y de clases.

Hechizaban a la *inteítígentzía,* los hijos pródigos de la interpretación racial y la competencia. Querían despellejar a la iglesia, pero endiosaron al hombre blanco.

Malthus, con su ensayo demográfico, fue el *pater noster* de Darwin, hizo aceptable lo que los políticos sienten oscuramente: "Hay grandeza en esta visión de la vida. De la guerra de la Naturaleza, del hambre y de la muerte surge lo más excelso, las formas más bellas". Y por supuesto, declaraba la "lucha sexual". La "lucha por la existencia" era

el pastel que había cocinado; quería conservarlo y a la vez comérselo.

A pesar del malestar que le causaban estos libros, Dalezio había reservado días atrás uno acartonado, de Spencer, que afirmaba que las células de la mente y las células del sexo compiten por los mismos materiales. Aunque la conclusión lóbrega era que a más inteligencia, menos sexo y la feliz consecuente disminución de la población, Dalezio cree que es un acierto vincular el sexo y la inteligencia, pero un error limitar el sexo a la fertilidad.

La imponente biblioteca en todo su volumen, donde no faltan los dorados en los bordes de los libros monocromáticos; el polvo que acumulan le completan un sentimiento de repulsa que nunca había sentido por los textos escritos que justifican los más destructivos pensamientos, una herida de flecha lanzada al corazón hace mucho tiempo.

Juana, especula Dalezio, puede estar en manos de Clara, atrapada en la clasificación que describe uno de estos libros; y tal vez allí encuentre su muerte.

Se inclina sobre la vitrina donde la Tabla descansa protegida. Busca el hacha para emergencias sujeta a un precinto; la hubiera arrancado con los dientes, pero finalmente logra que se suelte. Alza el hacha roja sobre el vidrio, ve allí su reflejo nocivo, lo quiebra y estalla en esquirlas, e imagina que algunas volaron hacía los estantes y se clavaron en los lomos de los libros. Está solo en el enorme museo, la obra macabra de Perito Moreno donde se exhiben los mismos cráneos de los indios que asesinaron. Es un cementerio de calaveras nuestras, de monos y momias de civilizaciones antiguas. De fósiles marinos y restos de dinosaurios, pero sobre todo de esas horrendas teorías escritas. Saca la Tabla de su resguardo, la recorre una vez más. Con una simple birome sobreescribe los últimos doscientos años. Ninguno gana, todos pierden, afirma Dalezio.

Y completa la tarea agregando la simbiosis, para conjurar la Naturaleza roja en diente y garra. Somos todos simbiontes; no podemos vivir sin los otros, aunque no lo sepan.

Hay languidez en los miembros, sin embargo, ejecutan sus cometidos. Clara guía a Juana hasta el jardín frondoso, y se sientan debajo del Árbol del Viajero. Enseguida el vecino se asoma y duplica su deseo, le parecen mellizas, aunque a Clara no le gustaría saber que sus ojos inspeccionan más a la bailarina que satisface sus impulsos. El gato se sienta cerca. Los olores se multiplican. Hace mucho que Juana no es una porción de un jardín.

Los visitantes de un jardín no son espectadores de un escenario, están dentro, son actores del espectáculo vivo.

Se produce un despliegue de pétalos compartidos, se despiertan conexiones olfativas. Sentadas, casi de noche, liberan sus notas de salida —las flores despiertas de Clara ya no le cierran la garganta—, son fragancias frescas y volátiles, bellas recompensas florales para este mundo amargado.

¡Vengan todos a pasar la noche con ellas! ¿Se evaporan rápido los perfumes o son sólidos, y las notas de corazón son el verdadero fondo? ¡Acerquen sus narices cerradas que estas chicas se despliegan bien sahumadas!

La casa no ofrece comodidades, las camas no están en habitaciones, hay sí entre los vestuarios algunos colchones viejos. El gato marcó como suyo uno de tela rayada y se acurruca sobre un vestido de otros tiempos. Clara acuesta a Juana al lado de ella. Obtiene un sueño profundo que agranda su universo y atraviesa casilleros.

¡Juana, estás entregada y no participás en el juego. Tu cuerpo está dispuesto y puede que esta mujer lo quiera! ¿Sos un apéndice de las pasiones y pueden extirparte inútil o vas a magnetizar los sueños?

Existen coreografías míticas que excitan, y Clara comienza a soñar entrelazamientos. No sabemos si los ejecutan o solo sueñan deseos

junto con pensamientos, si las caricias suceden, si gimen o es que roncan pesadamente. El gato anduvo nocturno buscando su porción de caricias y tal vez las obtuvo porque Eros suelto puso a bailar hasta la ropa de los percheros.

En su extravío del paquete mortal, que puso en entredicho la indivisibilidad del cuerpo y los pensamientos, Juana se acaba de topar con la floresta. La circunda toda la energía botánica y ella también es una porción de muchos jardines en donde es posible perderse, pero por el momento ningún hombre chico se asoma esquivo entre las plantas. Juana se acerca al claro final sin retroceder.

¡Juana, exhalás vapor de fruta jugosa. Apestás a jazmines maduros, y tu corola amarillenta se desarma sobre el colchón! Y la semilla está despertando carnosa, viva.

Llega otra noche y Clara prepara la manta dupla, así la llama porque su madre unió con costuras dos abrigos largos de lana verdadera, algo apolillada, que fueron parte de su vestuario desenfrenado. Allí encontró alguna vez consuelo. Clara aprieta la manta y huele el perfume que persiste en la grasa de la lana.

Ha notado una vivacidad eléctrica que agita la respiración de la fémina, y abrigar calma. La manta es un poco pesada, así doble y de lana, y Clara tiene una complexión menuda pero se las arregla para que la mujer entre en la pupa, en esa misma bolsa de lana donde muchas noches esperó su propia transformación, la que debía producirse al despertar: convertida en algo más maduro. Su madre esperaba eso de ella. De pupa hasta el *imago*, como sabe ahora por sus estudios. Pero la madre murió diciéndole que estaba cruda, aniñada, una larva estúpida. Clara entraba en la manta doble de lana para encontrar su madurez sexual al mudar de nuevo en lo que duraba la noche. Pero nunca alcanzó su imagen completa o la que aguardaba su madre enfurecida con ella cada mañana.

¡Te observan, Juana! Puede que te prensen para extraerte el aceite odorífico y vendan cada gota o que te animes al juego. No pierdas de vista el claro final de la floresta...

Clara, que alguna vez quiso salir de esta casa-telaraña, llena de tejidos de todas las procedencias, va a observar en qué se transforma esta mujer. En ese momento decidirá su lugar en la Tabla y si merece

vivir hasta completar su estadio *imaginal* completo.

La fémina cierra los ojos. Clara se sienta cerca.

Las acompañan otras mujeres que surgen de valvas, con chorreaduras de frutas y guirnaldas.

¡Juana envuelta en olores rústicos! ¡No es una excursión al campo y tampoco es seguro que a esta mujer le gustes!

Es temprano en la mañana y Dalezio busca al hombre que tiene su domicilio en la que, según el registro, fue la casa de Clara. Camina en dirección opuesta a la de la procesión de los pies de barro. A ellos se les escapa la vida bajo los pies. Caminar en la isla había sido siempre una acción extraña, pero ahora ese fragmento de la humanidad levanta polvo seco en el camino recto a las industrias. Sobrepasan las casas de los asentamientos, donde se apiñan los inmigrantes procedentes de Nordelta y Villanueva, hasta que comienzan los mejores edificios. Llegan al astillero donde la mayoría trabaja y recién allí pueden vislumbrar algo de agua a la distancia. En la isla, el agua dulce moldeaba todo lo que existía; aquí todo parece detenido: falta la fluidez de los ríos que los rodeaban entre sus brazos. Y mientras suenan las horas largas en sus puestos fabriles, gastan los días.

Dalezio no viste de blanco blanco pero no se ve amenazante o simpático como un dirigente político. Es un civilaco un poco extravagante, aunque nadie lo mira al cruzarse con él. Los árboles tronchados marcan una triste hilera: que nada crezca, tampoco los hijos. Al finalizar la fila de troncos gruesos cortados en el flujo de savia que se extendería en las ramas, comienza un alambrado y luego está la entrada vigilada, por la que salen y entran los utilitarios.

Es el pastel de Darwin que alguno se está comiendo, piensa. Pero nada puede enturbiar más el ánimo del investigador, mientras Juana se le escurre de las manos, y calcula la frecuencia del alimento que va a faltarle, además de cremas y caricias.

El hombre que busca está de guardia, y presentarse no reviste ningún problema. Le confirma nombre y domicilio. Qué más puede preguntarle a ese sujeto de uniforme, un hombre barato para las clasificaciones, alguien que logró su puesto por contar con un domicilio. Un jefe de la Marina los observa desde su altura jerárquica,

analiza a Dalezio pero no los interrumpe.

Querría alejarse de estos rostros inexpresivos, de esta vida de castas por origen. Pero no olvida que los registros dicen que él vino de Tigre y que, como a los árboles tronchados, pueden cortarle la savia de los alimentos cuando lo decidan. Aún así, Dalezio descubre unas hojas valientes que despuntan en los muñones y se agitan avisando que están vivas.

El superior se aleja aburrido y enseguida un mínimo gesto del guardia lo intriga. Nota cómo, a pesar de mantenerse firme, todo en él se ablanda. Queda el uniforme —la cáscara— pero los hombros han caído un centímetro y la expresión es la de un isleño parado en su muelle mirando el río. Tiene la suposición y la pregunta, no sabe cómo hacer para que la verdad se transparente. Debería esperar a que el sol se retirase o atreverse, como esas hojas nacientes, a agitar alguna clave insigne del Delta. El silencio se hace real, toma a los hombres y los incomoda, porque si se miraran de verdad, la barrera social se debilitaría exponiéndolos al peligro. Pero Dalezio seguirá allí plantado porque ha perdido de vista a su mujer y a su hija, y no está viendo el filón que lo anima. Buena parte de todo eso debe notarse, y el guardia tampoco es ciego, aunque si habla se imagina muerto. Intuyen más y más según pasa el rato. El guardia debe dejar que pase el tiempo sin hacer otra cosa que verlo pasar hasta que los utilitarios vuelvan.

Dalezio nota algo sencillo: este hombre pudo tener un perro con quien compartió su comida, un gesto que traspasa las barreras alimenticias del comensalismo estricto, de la dieta de hambre cocida según las reglas de las distintas castas. Los perros son solo un recuerdo vivo, en Nueva Ensenada todos sucumbieron. Es algo poderoso, y ya no puede ocultar su simpatía ni su propia procedencia. Dalezio le roza apenas un brazo: el hombre abre grandes los ojos en signo de reconocimiento. Y con un movimiento de su cabeza en dirección a la salida, Dalezio entiende que debe esperarlo afuera a que finalice su turno.

Llega la noche, los utilitarios ya han vuelto, se apagan las luces, todas a la vez como en un presidio. Dalezio espera sentado en el suelo,

en el silencio oscuro.

Se ha quedado dormido extrañando la cercanía de la mujer luminosa que nunca se apaga a pesar del abandono de su propio cuerpo. Sueña, como otras veces, que alcanza un laberinto de cemento liso en el que vive ella, y que en el codo siguiente la vislumbra y llega a una zona abierta. Es la mente de Juana: descubre en ella una actividad sobresaliente. Es una fiesta en donde los brazos se estiran para alcanzar a los que llegan. Él no puede ingresar a esa zona, aunque lo intenta ridículamente. Se siente incómodo al ver las composiciones en las que no participa; los bailes se multiplican, intercambian parejas, hay destellos y más retoños de brazos que crecen para acoplarse a otros en abrazos sabrosos. Y como un voyeur de la mente de Juana, se deleita y excita con tanto movimiento magnético.

El guardia ha finalizado su turno y lo sacude. Dalezio se resiste a abandonar esas vistas de agrupamientos eróticos. Cuando abre los ojos se sujeta la entrepierna para ocultar la erección que le sucede a ese sueño repetido.

Se alejan juntos del asentamiento. El hombre no dirá nada pero dirá mucho: hace el gesto de dormir con las palmas juntas, señala con el índice el fachinal y exhibe un pie como signo compartido. Sus manos frotan las axilas seguido del signo del silencio: dónde se bañan es un secreto que guardan. Y finaliza formando un techo con las manos: es allí, en el fachinal, donde duermen. Dalezio imagina que han pinchado algún caño para conseguir agua limpia.

Este lenguaje certero, enmudecido por el miedo, es la esfera oculta que revela una sucesión de planes de supervivencia entre la gente. Confirma sus sospechas acerca del destino de Juana, podría estar en la misma dirección que el guardia dio como propia para conseguir trabajo, pero es en esa casa donde efectivamente vive Clara.

Andrea continúa sola en la casa de su hermana. La noche avanza sin noticias.

Cierra los vidrios amarillentos a causa de la grasa volátil, para que no ingrese el olor consistente de los pucheros. Bautista no ha vuelto. Espera a Dalezio permaneciendo allí, como le ha pedido.

Se sienta en el sillón de los sucesos, sucesos que ella no conoce y quiere intuir, apoltronada en el lugar de su hermana. Cuando se deambula horas en redes seguras, piensa, o buceando en redes oscuras, los cuerpos se abandonan hasta que atraviesan las pantallas. Andrea pulsa una tecla pero nada cambia en la luz de la computadora. Supo que su hermana trabajó en una network; siempre envidió su mente bilingüe. Cuando eran chicas, Juana no movía la lengua delante de Andrea, pero de pronto, un día, escuchó que hablaba dos, la lengua materna y el inglés tan necesario que a ella nadie le había enseñado.

Al rato, en la demora de respuestas, comienza a olvidarse de su cuerpo. Su anatomía encajada como si fuera solo el sostén de la creatividad humana, aquejada, fundida a la brasa de su cabeza caliente. Hay otra computadora, que supone de Dalezio, centrada delante de una silla estricta, que se despierta con su sola cercanía, iluminando un texto que se titula: “Bioamor”. Lee para encontrar a Juana entrelíneas. El escrito abre con una pregunta: “¿Podré lidiar con la palabra Bioamor, resultará muy simple o demasiado compleja? También es cierto que mi intimidad con Juana no resulta la vestimenta más adecuada para presentarme, ni siquiera para una charla en el museo vacío. Puede que tenga que apretar las mandíbulas cuando me pregunten por ella. Lo corriente, la gente que corre disciplinada en Nueva Ensenada, se pasmaría con un gesto de asco. ¿Son mis camisolas demasiado leves para que sean mi armadura? O por el contrario, el Bioamor se divulgará como una ráfaga, y desnudos de los trajes de género, correrán al barro a acariciarse como en una canción

peruana donde *caen las gotas más fuertes sobre la celulosa de nuestros corazones*. El Bioamor es la simbiosis, la huella de origen, y no la lucha sangrienta".

Andrea vuelve al sillón de Juana, alarga una mano para entrar al fondo del misterio, franquear la pantalla para ver si su hermana está del otro lado de esa luz que embelesa y atrapa.

El cuero negro del sillón comienza a pegarse a sus piernas; contiene un relleno mullido, y las costuras que le molestan moldean el diseño. El respaldo se inclina cuando su espalda se pone pesada, y extiende sus piernas largas. ¿Por qué Dalezio tendría que apretar las mandíbulas si le preguntan por Juana?

Andrea se despierta con sabor a jazmín blanco en su boca. Una vez masticó un pétalo al ver que su hermana lo había agregado, con un dibujito, a la lista de sus alimentos blancos. Sabía que era ella quien los arrancaba del arbusto del jardín para comerlos, dejando los cabos y hojas sin sus maravillas perfumadas.

Si tan solo fuera Juana por un instante, como desea mientras perdura el regusto de las flores, entonces sabría que en ese sillón que Dalezio se ocupó de subir a la chata, allí mismo, comenzó el parto de la hija de Juana, anunciado por el derrame del líquido en el que crecía. Y también fue la nave desde donde exilió su mente, abandonando los huesos y la carne.

La luz blanca de la pantalla ilumina frío. Ya no puede malentender: Juana fue abusada repetidamente. No va a evadir la historia como una fantasía de su hermana pequeña. Y luego su mudez. Y la suciedad en su cama. Fue una experiencia privada y no podrá compartirla, pero sí compartieron el juego de familia. Ahora la sorprende cómo Juana no perdió el ingrediente de la belleza: la última vez que la vio no había sido adulterada.

Andrea siente que dejó que partes oscurecidas de la historia de las dos emigraran como una bandada de pájaros negros a otro continente.

Pero los pájaros siempre vuelven.

La pantalla iluminada delante del sillón de Juana está extrañamente vacía, no hay íconos, ningún archivo. No hay dibujos de mundos o brújulas azules para presionar e ingresar a las dimensiones planas. Es

una computadora silente, sin imagen. Recorre las teclas, cierra su mano sobre el mouse, sopla su aliento sobre la pantalla: nada la despierta, pero miles de puntos de luz la mantienen activa. Andrea se desespera, no hay a qué aferrar la vista, ni ruta alguna. Titila vacía.

Ansía estar con ella, abrazarla, porque ahora está segura de que, como esa pantalla que parece deshabitada, Juana destella en miles de puntos luminosos y solo hace falta acoplarse para que vuelva. ¡Dónde estás, hermana!

Bautista se bambolea en aguas muertas. La agitación que producen las grandes embarcaciones en el umbral entre el río y el mar es tal que ya no se puede distinguir el cambio por el olor del agua, como lo hacía antes, aun en cruces nocturnos. Lo dulce, escaso y concentrado, se enreda con lo salado. Los peces estallan aturdidos, el bagre de mar o el mimoso ingresan reptando para desovar en el río hasta encontrar allí la asfixia, y las aves ya no advierten esas aguas muertas desde el cielo y caminan carroñeras en el lecho barroso.

Bautista acarrea un buque granelero, no sin riesgo, desde el mar hasta la rada, y en su nave esmirriada ve al capitán que controla la maniobra desde enorme altura. Le parece reconocerlo y lo saluda por la radio, que no le permite conectarse con los civilacos, pero sí con otros barcos. Le pide al maquinista que se haga cargo del remolcador, y desde el buque lo izan en un chinchorro de emergencia. El buque ya descargó su mercancía y zarpará a aguas abiertas en unas horas más. Comentan el desastre. Se sabía que sin el dragado permanente era imposible navegar por el Mar Dulce o el Jordán, como lo llamaron al Plata antes de Solís. Y un gobernante estúpido como el Rey del Agua condenó el paso por aguas argentinas al abandonar las dragas como un chico aburrido que ya no juega con ellas. Pero todo cambia muy rápido, y saben que pronto alguien más derrumbará las barras y volverán a trepanar la isla. Sin embargo, Bautista le dice al capitán que el avance de la isla nunca se detuvo: es la marcha subacuática por toneladas. El capitán comparte sus noticias de que el río Uruguay lleva ahora el Paraná en sus espaldas y corren juntos por su lecho arenoso y profundo. De quién es el agua y de quién la plataforma será la pelea que recién comienza.

Mientras discurre la conversación, Bautista comienza a sentirse distinto, son breves pero fuertes impresiones de la casa vieja de su familia transformada en un hotel en Mar del Plata. Fuera de

temporada jugaban con sus primos. Habían repartido en las habitaciones los cuadros de su abuelo. Y también, la foto de la abuela indígena fumando en pipa. Cuando estaban vacías, corrían a iluminar sus ojos con las pinturas.

Vuelve a sentir la serpiente en el estómago como cuando tenía doce años y se embarcó por primera vez en medio de un fuerte oleaje. La serpiente quiere salir por su boca.

Mira el paisaje: de un lado, desnudo de agua con los naufragios a la vista; del otro lado, el mar brillante alzando olas suaves pero insubordinables. Se quiere ir de Nueva Ensenada, de la cárcel que fue su adiestramiento cuando era apenas un impúber pueblerino. Aun habiendo recorrido por mar gran parte del mundo abierto, vivió arrinconado por la Fuerza. Decide que no puede ser su carcelero y un prófugo al mismo tiempo.

Tiene órdenes, pero pierden consistencia ante la urgencia de su serpiente que ya asoma para preguntarle al capitán mercante —que Bautista sabe que son todos un poco piratas— si puede esconderlo y largarse de allí cuando se vaya.

Todo parece detenerse, incluso la respuesta, cuando el viento franco deja de soplar. Piensa en Andrea al escuchar un cierto griterío que llega desde el puerto lejano, pero reconoce que él ha sido apenas un fragmento del derrotero de Andrea y no todo el recorrido; le cuesta dejar una tarea inacabada desde el viejo punto de vista. No haber cumplido qué reglas, se pregunta. Se sacude de encima los libros dominantes y tiembla mientras se desprende del milico: es el cambio de piel de la serpiente. Escupe la piel seca y sigue al capitán a esconderse en su camarote. Lo van a dejar en Mar del Plata.

Tal como Clara esperaba, la mujer va mudando su apariencia. Ha salido sola de la pupa y está sentada en el suelo con su traje de bailarina puesto. Al principio fue una asociación incómoda, pero van interactuando con naturalidad.

¡Juana, cabeza de pájaro! ¡Tenés una cabeza de fantasía en tu pechera que mira con ojos esféricos! Tu mirada perdida en escenarios vacíos cansó hasta a las ilustres mujeres con las que conversabas en tu juego. ¡Atención! ¡Hay olor a vestuarios! ¿Y si la bestia asoma entre la ropa y quiere ponerte otra vez a repasar tu cubículo?

O es la vuelta al mundo donde las ciudades ocultas engullen lo indeseable, pero ahora que la Naturaleza está desnuda, ofrece a la vista toda la basura. Tampoco los sueños descansan. Tomar drogas y anestesiarse. Salirse del cuerpo, saltearse el sueño y despertar un poco idiota. Sin embargo, hay trances y eventos. Y ahí están las chicas grotescamente sentadas con sus trajes de vestuarios.

Clara ha comenzado a cantar mientras entibia la leche que guarda para el gato. A ella la leche le asquea, pero ahora tiene dos mascotas y debe alimentarlas. Una es la gata; la otra, la Belleza. Cada una lame de su plato. Clara canta ilusionada porque empieza a sentir que la Belleza no es una cualidad única. Ella también puede compartirla y no tiene que matarla para obtenerla. No gana nada. Su vida o la de ella le parece ahora un aturdimiento.

Decide, sí, que va a deshacerse de toda esa ropa maloliente.

Se convence de que la fortaleza de la Belleza, que ahora comparte, no se va a disipar aunque la devuelva; tan a la mano de quien quiera oler estos cuerpos aromáticos.

Pasan juntas delante de los enjambres polvorientos que comen el

pan, que es solo cáscara que se desmiga junto a gérmenes esparcidos. Sin agua no crece ninguna planta comestible. No es una racha de poca suerte, es la historia malsana de siempre. El cuadro sombrío —como Clara lo advierte ahora— le desbarata los casilleros; ya no será su Tabla de salvación. En la mayor cantidad de entierros que de nacimientos, no hay causas religiosas ni misteriosas, hay matemática pura, y Clara decide que ya no le dan las cuentas.

Juana ha comenzado a escuchar la voz de Clara, sumada al coro de mujeres que se ha encendido. La sigue con su traje de gasas manoseadas, guiada también por otros sentidos que comienzan a despertarse.

La cabeza de pájaro del disfraz de Juana se sacude y deja que caigan en las baldosas fotografías viejas en cada paso. Se le van desprendiendo los planes de picarse ella misma el hipotálamo, de ser su propia cirujana para extirparse los recuerdos. Corretea adelantando unos pasos y apoya sus brazos sobre los hombros de Clara, como una ciega que se sujeta para saber que hay otro cerca.

¡Juana, volvés a participar en el gran juego! Habrá en este mundo algunas conversaciones idiotas, pero el silencio te desbarata. ¡Desplegá flores, convidá el néctar, una palabra gota que encierre toda tu Belleza! ¡Contemplás tus propias flores de pétalos mixtos, Juana; son tu sistema nervioso que se abre y que se cierra con pétalos móviles de todos los colores!

Dalezio toca la puerta de la casa de Clara golpeando con la mano, también el timbre que suena repetidas veces como un pequeño martillo sobre una campana. Empuja con toda su fibra, busca un palo una barra un pedazo de piedra, echa mano a todas las cosas tiradas en el suelo, cascotes y puños, hace mucho escándalo.

Le abre el vecino, el voyeur encantado conserva la expresión beatífica de su deseo sexual satisfecho después de la contemplación de las chicas. Le han devuelto el rostro.

Le dice que suba con él, y al entrar, Dalezio sortea toallas y papeles higiénicos. El vecino le explica cómo descolgarse por la ventana. Lo ha hecho muchas veces.

Lo recibe un jardín precioso, con especies extrañas y solitarias, y no puede dejar de mirarlo antes de gritar, pero no grita porque sabe que Juana no va a responderle. Entra a la casa por las puertas vidriadas y se encuentra en medio de los montones de ropa, calcula que se la sacan a los que sobran en la cuenta de los cubiertos. Están clasificadas para los pies o para los torsos, lo desconciertan los sombreros y las corbatas. Teme estar parado en medio del residuo de pies de barro muertos por la dieta del gobierno. Esquiva valijas abiertas con cinturones que se ondulan como víboras. Ropas huecas registradas en alguna lista. El horror de toda esa vestimenta vacía aumenta mientras recorre cada uno de los cuartos. El olor rancio de células muertas adheridas a los vestuarios. Casi vuelca uno de los cuencos de leche fresca. Aparece un gato que se refriega en su tobillo. Allí no hay nadie. Ninguna.

Clara ya no quiere intervenir desde ningún casillero, controlar la Tabla ha sido un gran esfuerzo. Correas trabas tientos que sujetan a todos por el cuello. Nadie quiere romper las divisorias por miedo al desmadre y a que algún hijo salte del cuadradito.

Sin nadie encasillado, es la revolución de la demencia, de la interacción libertaria, de todos los cruzamientos diagonales.

Ahora la ocupan otras cosas: quiere devolver a la cabeza de pájaro, regresar a su casa y tirar los vestuarios de la madre, aunque tal vez guarde alguna pieza preferida, como el delantal que lleva puesto.

La mujer que las recibe en la casa de Juana es alta y en otra ocasión le hubiera temido por su buen tamaño, pero le parece amigable y conoce a la Belleza. Ninguna menciona a Dalezio, mejor así, podría estar enojado, y ella no tiene explicaciones para dar.

Clara se aleja para volver a su jardín y sentarse debajo del Árbol del Viajero. Cuenta con la mirada suculenta del vecino que la acompaña.

Andrea había bajado la escalera corriendo ágil pero atenta de no caerse y sumar otra catástrofe. Serían Bautista o Dalezio llegando con noticias frescas. Pero cuando abrió la puerta de calle, el sol la golpeó de frente y solo vio caras en sombras. Dos figuras de mujeres menudas, casi una réplica.

Tuvo que atravesar de cabeza el sol radiante para poder ver del otro lado del muro dorado. En el pasado, lo brillante y lo oscuro velaron su entendimiento de igual manera, y Andrea se sintió impedida. Temió que el haz refulgente la hiciera trastabillar y quisiera iniciar otro desplazamiento. Sin embargo, durante la caminata, el barro cubrió su cuerpo para esculpirla de nuevo, y las noches a cielo abierto la convencieron de que bajo los techos no había lugares seguros para ella. De manera que sobrepasó las figuras y se dio vuelta.

Quedan las dos bajo el sol que ahora cae recto: las hermanas ya no se hacen sombra.

El primer movimiento de Juana intenta un abrazo, que es algo muy complejo, sigue llena de torpezas y de temblores y miedos que se arrían en su cabeza. No hay memoria para lo que le sucede, pero la cercanía de Andrea suaviza sus movimientos aunque le falte alguna pieza. Aún mantiene un pie fuera del rompecabezas, del mundo industrioso que va a ir cuesta abajo, y de la Naturaleza que podrá zamparse a sus hijos en un par de conmociones, pero hoy Andrea completa el abrazo.

Dalezio vuelve a su casa impaciente, tiene la impresión de que Juana sigue viva. Que podría haber despertado con alguien más, en otra vida doméstica. Él no es particularmente especial, como no lo es nadie, aunque a todos les gustaría. La va a buscar hasta saber de ella.

Reconoce en el largo delantal blanco la figura menuda y el pelo muy corto de su alumna, que se aleja plácida envuelta en un espiral de polvo caliente.

Enseguida, en el camino de lajas sueltas, vislumbra un único contorno: son las hermanas cubiertas de sol. Se leyeron lejos una de la otra, piensa, pero no era una cuestión de distancias. Siente la emoción agradable de la verificación de la verdad: el Bioamor, la Belleza olvidada, nuestra huella de origen que tal vez las mujeres recuerdan. Esa es la verdadera historia y no la lucha sangrienta. Es un mundo de relaciones, antes que de personas, y es ahí donde existen estas dos mujeres.

Dalezio las contempla extasiado, también los ojos de los utilitarios que suspenden sus movimientos maquínicos y desvían la revisión de las mercancías. El viento cargado de marismas se arremolina abrazado al viento húmedo del norte. Todo el cielo de Nueva Ensenada respira sobre ellas.

Juana enfoca a su compañero despertando en él una gran sonrisa, un florecimiento abierto que se multiplica.

Al entrar en la casa, Juana se dirige como una autómata hacia el sillón. Andrea, sin estar segura de por qué lo hace, la detiene. Juana torna remota la mirada, tiende a ovillarse en su interior para refrendar la muñequita. Le sobreviene una oleada de baba que le engarza la memoria silenciada como una enfermedad crónica.

¡Juana, es el fin de la lucha! ¡Dentro del juego! ¡Juana Juana Juana, no te retires al paredón de las mujeres estampadas en el empapelado de flores muertas! Canto tu efectivo secreto, lo dicto ahora mismo: ¡Inflorescencias abiertas con flores grandes y globosas como la magnolia o el lirio de agua. Los visitantes con ojos para las flores no pueden vivir sin ellas... y el mundo respira en consonancia...!

Las hermanas están muy cerca pero sin las notaciones que impregnaron sus vidas desde siempre. En la inmersión erótica, Juana sintió los pensamientos y su flor se acopló a tejidos inteligentes que ahora comparte. Su lengua se distiende pero no va a usar palabras como martillos ni instrumentos de deslinde. Mira, rota su vista para mirar de cerca, y allí está su hermana. Enseguida le asoman notas sentidas, y Juana oye venir su propia voz que retoma el recitado: ¡Inflorescencias abiertas con flores grandes y globosas como la magnolia o el lirio de agua! ¡Los visitantes con ojos para las flores no pueden vivir sin ellas!

Existen flores visitadas por sus fuertes olores y colores claros; otras labiadas de apertura nocturna para los visitadores crepusculares. Visitan los ojos flores de perfumes penetrantes en busca de néctar, abiertas para consumo comunitario. Vienen con sus larguísimas trompas y consiguen llegar a profundos nectarios. Algunos rechonchos y peludos son expertos chupadores, bucales suctores famosos por sus actividades. Los himenópteros visitan las primeras flores. Hay

consumo individual pero también en complejas sociedades. Las lenguas llegan subrepticias de noche y entran en flores de aromas intensos o colores vivos que se abren para que las visiten. Estallan en polen en todas las direcciones.

La flor no existe sin el ojo que la mire. Y la arquitectura del ojo nació con las flores.

Esas primeras palabras de su hermana sumergen a Andrea en un concierto fragante. Ahora le cuenta acerca de sus conversaciones con otras mujeres:

—Compartimos una sola inteligencia dentro de un mismo jardín —dice Juana, mientras con las manos húmedas le palpa la cara y se detiene en la lengua.

Andrea entiende la caricia: el lenguaje y sus silencios fueron el enemigo, pero, en el concierto de su voz fresca, el dolor de las diferencias finalmente se diluye. ¿Vivimos siempre en un mismo jardín?

Andrea mira el fondo de la corola abierta de su hermana, lo mismo que el ojo de Juana descansa en la flor accesible de ella…

Agradecimientos

A mi editora, Julieta Obedman.

A Juan Diuzeide.

A Leila Guerriero y Alan Pauls.

A Luis Chitarroni, Ariana Harwicz y Edgardo Scott, por sus comentarios de los primeros trazos.

A Sofía Moras.

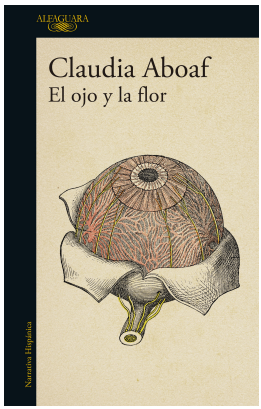
A Eugenio Carutti.

A Cófreces y Muñoz, por *Tigre*.

A Miguel Albornoz, por *Biografía del Paraná*.

Al colectivo feminista Nosotras proponemos literatura.

Escribí esta novela a la luz y a la sombra de la música de Nick Cave.



«La Belleza olvidada, nuestra huella de origen que tal vez las mujeres recuerdan. Esa es la verdadera historia y no la lucha sangrienta.»

Juana y Andrea, hermanas enfrentadas, habitan un mundo futuro donde el agua dulce se ha retirado. Los ríos están secos y los canales, llenos de barcos varados. Estamos en el Delta de Tigre y la falta de agua origina el éxodo de los pobladores.
Juana será quien se exponga al revelar el abuso sufrido en su infancia, tropezando con el silencio, pero será Andrea quien haga la travesía con los pies en el barro para encontrarla, sorteando la basura y los despojos que ahora quedan a la vista.
Las protagonistas de esta novela se lamentan por el tiempo perdido en luchas de garras y dientes y por haber olvidado que compartimos una sola inteligencia dentro del mismo jardín. Una utopía encarnada en la visión amargada del capitalismo extremo y el drama de los migrantes.

«Un lenguaje riquísimo, envolvente, que resulta tremendamente perturbador precisamente por su ferocidad lírica y que recuerda al de Marosa di Giorgio y Agota Kristof.»

CLAUDIA ABOAF

Nació en Buenos Aires. Es escritora y astróloga, investiga y dicta cursos acerca de la relación entre la literatura y la astrología. Es autora de las novelas *Medio grado de libertad* (2003), *Pichonas* (2014) y *El Rey del Agua* (Alfaguara, 2016). Participó de las antologías *Narrativa de las dos orillas* (Uruguay, 2015), *Mañana será diferente* (2018), y en el concurso Cuentos a la calle (2018). Colabora con artículos literarios y feministas en revistas nacionales e internacionales. Actualmente vive en Tigre, provincia de Buenos Aires.

Foto: © Daniel Mordzinski

Otro título de la autora en megustaleer.com.ar

Aboaf, Claudia
El ojo y la flor / Claudia Aboaf. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfagura, 2019.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-738-577-9

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

© 2019, Claudia Aboaf
© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: marzo de 2019
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-577-9

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El ojo y la flor
Dedicatoria
El libro de Juana
El libro de Andrea
El ojo y la flor
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otro título de la autora
Créditos